



# EDITORIAL-AMÉRICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

Apartado de Correos 117. Madrid (España).

## PUBLICACIONES:

I

**Biblioteca Andrés Bello (literatura)**

II

**Biblioteca Ayacucho (historia).**

III

**Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.**

IV

**Biblioteca de la Juventud hispano-americana.**

V

**Biblioteca de obras varias (españoles é hispano-americanos).**

VI

**Biblioteca de historia colonial de América.**

VII

**Biblioteca de autores célebres (extranjeros).**

*De venta en todas las buenas librerías de España y América*

---

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29.—Teléf. 14-30.—Madrid

CAPITULOS DE LA HISTORIA  
COLONIAL DE VENEZUELA

No. ....

BIBLIOTECA "AMÉRICA"  
DE COMPOSTELA

Donante *Guillermo Pinto*

de *Buenos Aires*

## Últimos tomos publicados:

VIII.—*Apostillas á la Historia colombiana*, por Eduardo Posada.—3,50 pesetas.

IX.—*El Washington del Sur. Cuadros de la vida del Mariscal Antonio José de Sucre*, por B. Vicuña Mackenna.—4 pesetas.

X.—*Leyendas del tiempo heroico. Episodios de la guerra de la independencia americana*, por Manuel J. Calle.—4 pesetas.

XI.—*Los últimos virreyes de Nueva Granada (Relación de mando del virrey don Francisco Montalvo y Noticias del virrey Sámano sobre la pérdida del Reino)*, por Francisco Montalvo y Juan Sámano.—3,50 pesetas.

XII.—*El almirante don Manuel Blanco Encalada.—Correspondencia de Blanco Encalada y otros chilenos eminentes con el Libertador*, por Benjamín Vicuña Mackenna.—3,50 pesetas.

XIII.—*Junín y Ayacucho*, por Daniel Florencio O'Leary.—4 pesetas.

XIV.—*Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay*, por Carlos Pereyra.—3,50 pesetas.

XV.—*Rosas y Thiers. (La diplomacia europea en el Río de la Plata)*, por Carlos Pereyra.—3,50 pesetas.

XVI.—*Bolívar y las repúblicas del Sur*, por Daniel Florencio O'Leary.—3,50 pesetas.

XVII.—*Diario de un tipógrafo yanqui en Chile y Perú durante la guerra de la independencia*, por Samuel Johnston. (Introducción de Armando Donoso).—3,50 pesetas.

XVIII.—*Gran Colombia y España*, por Daniel Florencio O'Leary.—4 pesetas.

XIX.—*Capítulos de la Historia colonial de Venezuela*, por Arístides Rojas.

a-2796

**Biblioteca de la juventud hispano-americana**

---

**ARÍSTIDES ROJAS**

**CAPITULOS DE LA**

# **HISTORIA COLONIAL DE VENEZUELA**



**EDITORIAL AMÉRICA**

**MADRID**

**1919**

—  
CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:

**SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA**

**FERRAZ, 25**



I

EL ELEMENTO VASCO EN LA HISTORIA  
DE VENEZUELA



## I

Introducción.—El pueblo vasco.—Su antigüedad.—Su historia.—El elemento vasco en la historia de Venezuela.—El tirano Aguirre.—Historia de este loco.

Hay un pueblo cuya historia remonta á la noche de los tiempos; cuyos hábitos, tradiciones y lenguaje no se han perdido al través de los cataclismos humanos; cuya nacionalidad, como un fuero de los antiguos privilegios, se ha conservado en el transcurso de los siglos, después de luchas sangrientas y de episodios sublimes que los anales del mundo registran, como los puros blasones de la raza primitiva que pobló en remotas épocas el suelo ibero.—Ese pueblo es el vasco.

Indómito, guerrero, generoso y altivo, con sus tradiciones seculares, con sus costumbres austeras, con sus luchas escritas con la sangre de sus hijos en las rocas de sus montañas, él representa en todos los tiempos de la historia, á la luz ó á la sombra, la nacionalidad por excelencia,

la independencia sin trabas, el espíritu de la libertad civil y de la voluntad popular.

Al levantarse los Pirineos, límite de los dos pueblos á quienes por muchos años debía pertenecer el imperio del mundo, formóse el Golfo cantábrico, donde el Océano Atlántico está rechazado por una masa de rocas que se opone desde entonces á la conquista de las aguas. La Naturaleza parece que destinaba esta región inaccesible, poblada de picos almenados, de riscos y sitios escondidos, para último baluarte de la raza oriental que, en sus excursiones al Oeste, debía poblar, en los primitivos días de la historia del hombre, el suelo ibero. En aquel baluarte de trincheras inabordables debía reposar el vasco indómito, después de su peregrinación de siglos para fundar los gérmenes de esa civilización única que se conserva aún á pesar de la labor de los siglos.

¿Cuál es la cuna de ese pueblo sin mezcla que ha resistido á la acción absorbente del tiempo, que domina la Nación española, que combate desde su origen, y que altanero levanta su erguida frente á la altura de sus Pirineos para decir á cada generación que viene:—«Soy tan antiguo como el mundo»? Buscadlo en las regiones del Cáucaso donde vivieron los antiguos iberos del Asia; seguidlo en sus excursiones de Este á Oeste en las regiones de Europa, y contempladlo finalmente en los declivios del

Pirineo Occidental á orillas del mar Cantábrico, su última estación. Ahí está, después de haber rechazado el yugo de Cartago y de Roma. Cuando Pompeyo lo somete en parte y Augusto lo abandona; cuando la Europa sucumbe ante la ciudad del Tíber, el vasco se inclina aparentemente ante el vencedor, como para rendir su homenaje á la gloria. Lucha después con el celta, con el visigodo, con el sarraceno, y orgulloso de sus triunfos tramonta sus cordilleras y se establece en el antiguo país de Ausai, donde funda la Gascuña francesa y domina pueblos extranjeros. Desde entonces, está solo, incrustado en el suelo de España, é independiente y libre, porque antes que español el vasco es vasco. Cuando llega el derrumbe de los antiguos privilegios y la pluralidad de los reyes desaparece como fantasmas que se evaporan; cuando cada reino de la España caballeresca se hunde en el polvo con sus fueros, sólo el vasco, que tiene sus montañas por broquel y el Océano inmenso que le pertenece por campo de sus conquistas, se pone en pie para conservar en toda su plenitud su historia de siglos.—«Debéis saber que nosotros datamos de mil años atrás», decía un Montmorency á uno de los vascos.—«Y nosotros, respondió el vasco, nosotros no datamos.»

Pero lo que más sorprende no es tanto su amor á la libertad, su altivez, su carácter, como su lengua, que ha podido conservar después de

tantos siglos. Con raíces semejantes en todos los pueblos de uno á otro extremo de la tierra, la lengua vasca es única; y derívase de las lenguas célticas, de las tártaras ó de las fenicias, ella es el tormento de los etnólogos, que aun no han podido descifrar el enigma. La lengua vasca, como el pueblo que la habla, parece ser un elemento extranjero en el suelo de España.

El vasco es la nacionalidad triunfante: es el Araucano de los Pirineos, siempre vigilante, siempre atento al rugido de la tempestad. No hay aldea, no hay roca, no hay árbol que no haya sido testigo de sus proezas desde las más remotas épocas. Diez y nueve siglos han pasado, y ahí está como atalaya del mar Cantábrico, inmutable, sereno y temible en su lucha, si ve en peligro su nacionalidad y sus fueros, que él está dispuesto á sostener á costa de la sangre de sus hijos. ¿Quién nos contara la historia de aquella madre que prefiere sacrificar á su hijo antes que dejarle prisionero en las garras del romano? ¿Quién nos relatara la historia de aquel padre que ordena la muerte de uno de los suyos para salvar á sus primogenitores encadenados? Cuando en Aljubarrota el rey don Juan se ve cercado de enemigos y en momentos de sucumbir, un vasco se apea del caballo que monta y se lo presenta al Soberano para que escape, y poniéndose de blanco á los enemigos y ofreciéndose como víctima, salva con su vida la del Monarca.

¡Cómo podríamos multiplicar los ejemplos de heroísmo patrio y de abnegación sublime de este pueblo sin rival, para quien su independencia es su talismán y su glorial

Cuando suena la trompeta guerrera y el estandarte de Castilla flamea en las altas cimas, todas las aldeas echan á vuelo sus campanas, y como hilos telegráficos, el sonido va anunciando de pueblo en pueblo la hora del peligro, Entonces las familias se aprestan al combate, estremécense las montañas y vense desfilar, por los collados inaccesibles, legiones humanas que solicitan el sacrificio; el movimiento bélico es entonces la vida de esos pueblos del mar Cantábrico; y los apóstoles de la nueva cruzada, como los antiguos vascos reunidos bajo la sombra del viejo árbol de Guernica, evocan los recuerdos de lo pasado y alientan con su ejemplo la falange joven que deja el arado por los arreos del militar.

¿Quién ayudará á los nuevos combatientes? ¿quién los socorrerá en sus horas de peligro? Están solos; pero tienen por escudo la gloria de sus progenitores, por divisa su nacionalidad, y por retirada sus montañas. La memoria no los abandona, y al registrar las páginas inmortales de España recordarán que el vasco pertenece á todas las glorias y á todos los lugares. Recordarán que estuvo en las Navas de Tolosa, y en el Salado, y en Lepanto. Vasco es el que vence

á Carlo-Magno en Roncesvalles, y vasco el que conduce la enseña gloriosa en el puente roto de Castilla. El vasco figura en los muros de Gibraltar y en los de Granada; vasco, en fin, es el que hace prisionero á Francisco I en los muros de Pavía.

Sacadlo del campo de batalla, y lo encontraréis como el primer explorador de la ballena en los mares de Groenlandia y de Terra-Nova, y conecedor de todos los océanos. Dueños del mar Cantábrico, fueron ellos los que inspiran á Colón el descubrimiento de América, y cuando el célebre genovés endereza sus naves en dirección del Nuevo Mundo, vascos le acompañan. Bien merecían seguir en solicitud de América los dominadores de las olas, los roedores del mar, como los llama Michelet. Otro habría sido el destino de aquella *armada invencible* de Felipe II, si los almirantes vascos que la mandaban no hubieran sido retirados para confiarla á un almirante de Castilla. Cuentan que cuando éste, consternado y abatido, se presenta delante del Monarca, «Duque, le dice el Rey, yo os había enviado á pelear contra los ingleses y no contra los elementos».

El pueblo vasco ha tenido hombres notables en todos los episodios de España en todos los países del globo. Vascos hubo en el descubrimiento de América, y en las conquistas de España en Asia; vasco, finalmente, es aquel Sebas-

tián de Elcano, el primero que da la vuelta al mundo. Compañero de Magallanes, á él solo estaba reservada la gloria de llevar en sus armas aquella divisa que le concedió el Rey: PRIMUM ME CIRCUNDEDISTI—FUISTE EL PRIMERO QUE ME RODEASTE. Ninguna gloria más completa para España que ser la primera en dar la vuelta al mundo que ella acababa de complementar con el descubrimiento de América.

¡América! Hemos escrito este nombre tan glorioso en toda época. ¡Cuánta honra para España y cuánta honra para los vascos que tuvieron parte en la conquista y continuaron después en la colonización del continente! No es sólo en el Perú y en Méjico donde el vasco se inmortaliza con sus hechos. Existe también una hermosa sección del continente donde á las aventuras dramáticas se hermanan las ideas civilizadoras; donde numerosas familias de origen vasco se conservan como herederas de grandes virtudes cívicas y privadas, y donde la más pura gloria irradia sobre España de una manera admirable.—Nos referimos á Venezuela.

He aquí el tema de este estudio:—el elemento vasco en la historia de Venezuela, en nuestra conquista y en los días de la Colonia; la virtud austera en el corazón de nuestros hogares; el elemento vasco como heredero de los grandes hechos, contribuyendo á la emancipación de Venezuela, á la celebridad de sus hombres, á la

independencia y sostén de la Patria y á la gloria inmortal del primero y más grande de sus hijos.

Antes de entrar en la parte sublime de este cuadro, antes de estudiar el elemento vasco en nuestras familias, narremos la historia de aquel ser *legendario*, incomprensible, feroz, á quien la tradición conoce con el nombre de *El Tirano Aguirre*, que aparece en América pocos años después de la conquista. Todo en la historia de este hombre original, sin religión y sin ley, que obedece á una voluntad inexorable y á instintos de hiena, le hace aparecer como el prototipo de los aventureros dramáticos de aquella época llena de episodios que abre la historia moderna del género humano.

Eran los días en que el espíritu de conquista, después del descubrimiento de América, apoderado de todos los ánimos, fraguaba nuevos países que descubrir y nuevos seres que atar al carro de la insaciable codicia humana. Entre todas las fábulas inventadas entonces, ninguna más halagüeña y que inspirara más ardor que la existencia del famoso El Dorado, con palacios fabricados del precioso metal. Fuese que los indígenas, para internar á sus enemigos, inventaran historias maravillosas, ó que los jefes españoles, dueños de los tesoros que habían recibido de los caciques de Venezuela, quisieran in-

dagar dónde estaba la mina inagotable y escondida, norte de todas sus fatigas, es lo cierto que la epidemia se apoderó al fin de todos los aventureros, y que por todas partes se solicitaba la tierra prometida de El Dorado. La Guayana venezolana, regada por uno de los tres grandes ríos del continente, con numerosos tributarios, fué desde muy al principio el lugar designado como sitio de la ciudad de Manoa y del lago encantado de Parima. Fijábase el imperio de los Omaguas entre el Amazonas y el Orinoco, como lugar de predilección, y á este punto, por lo tanto, era adonde se dirigían las miradas de todos los conquistadores, aun de las regiones más distantes.

Gobernaba en aquel tiempo el Perú (1557) el virrey Andrés Hurtado de Mendoza, quien víctima de la epidemia del oro, resolvió formar una expedición para conquistar el país de los Omaguas; y ya sea que quisiera deshacerse de un gran número de aventureros y hombres perdidos, resto de las conquistas de los Pizarros, que le servía de estorbo en su gobierno, ó que lleno de codicia quisiera premiar á uno de sus más distinguidos tenientes, Pedro de Ursúa, célebre ya por sus conquistas en la antigua Cundinamarca, la expedición llegó á realizarse. Componíase la escuadra, que debía seguir las aguas del Amazonas, de varios bergantines con una tripulación de cuatrocientos infantes y sesenta caba-

llos, á las órdenes del futuro gobernador de los Omaguas y de El Dorado, el famoso Ursúa. Todo listo y presto para hacerse á la vela, zarpa la expedición del río de los Motilones á fines de Septiembre de 1560; favorable fué el tiempo y alentado aparecía el ánimo de los navegantes. Larga y penosa debía ser, por otra parte, la travesía del gran río, sobre todo para marinos bisoños y hombres ignorantes que por primera vez iban á contemplar este mar interior, este mediterráneo de agua dulce, que desprendiéndose de los Andes ecuatoriales, corre hacia el Este, majestuoso y potente, para vencer el Océano; pero en pechos valerosos no cabe temor pueril cuando el espíritu de aventuras excita la sonrisa de la codicia, siempre astuta y pérfida.

Un fatal elemento acompañaba á los expedicionarios, y era que entre ellos había hombres turbulentos, corazones menguados, almas depravadas, acostumbradas al crimen y absorbidas por el crimen; fatal principio para poder conquistar países lejanos y poblados de inmensas muchedumbres que nunca perdieron el sentimiento innato de la nacionalidad. Ursúa no ignoraba esto; pero confiado en su buena fortuna, creyó que podría dominar el espíritu de revuelta que se opusiera á sus designios. ¡Cuán lejos estaba de pensar que él sería la primera víctima de tan descabellada conquista!

Así sucedió en efecto, y tan luego como la flotilla navegó en las aguas del Amazonas, principiaron los motines, y sembró la cizaña sus granos, y el odio y la desobediencia obraron á ocultas, cual sierpes escondidas que aguardan el instante de caer sobre su víctima.

Sobresalía entre la falange de revoltosos un hombre de pequeña estatura llamado Lope de Aguirre. «Su persona fué siempre despreciada por ser mal encarado, flaco de carnes, gran hablador, bullicioso y charlatán; en compañía ninguno más temerario, ni solo más cobarde; de ánimo siempre inquieto, amigo de sediciones y alborotos» (1). Así pinta el historiador de Venezuela á este monstruo de la conquista, cuyos hechos no ha podido aún borrar de la memoria la acción del tiempo.

Era Aguirre natural de Oñate, en la provincia de Guipúzcoa, y aunque de noble origen é hijo de buenos padres, quiso su suerte que desde su llegada al Perú, por los años de 1539 á 1540, se dedicara á domar potros y después á ser jefe de motines, por lo cual fué condenado á muerte, desterrado, y últimamente conocido con el nombre de Aguirre *el loco*. Tal es el hombre que va á realizar uno de esos episodios legendarios y que logrará con su osadía y crueldades poner

---

(1) PEDRO SIMÓN: Primera parte de las noticias históricas de las conquistas de Tierra-Firme.—1627.

en alarma una gran parte del continente americano.

Dueño Aguirre de la voluntad y confianza de sus secuaces, despierta la ambición de un tal Fernando de Guzmán, á quien después de hacerle cómplice en sus planes, le promete un puesto de honor el día del triunfo. Así obraba la perfidia, pues no bien habían caminado como setecientas leguas, cuando Aguirre y sus cómplices matan en cierta noche á puñaladas, en un pueblecillo de la provincia de Machijero, al valiente Ursúa y á su teniente Vargas. En el espanto que sobrecoge á los buenos expedicionarios, á la vista de crimen tan alevoso, Aguirre y los suyos se apoderan al instante del armamento, y sin dar tiempo á los partidarios de Ursúa para reaccionarse, nombran en medio de la confusión á Fernando de Guzmán como jefe de la expedición, quedando Aguirre como maestro de campo. En la ridícula exposición que hacen de aquel hecho los conjurados, Aguirre se firma «Lope de Aguirre, traidor». Desde aquel instante Aguirre es el jefe de la escuadra, domina á los soldados, manda, y todas las voluntades, rendidas al capricho del osado aventurero, obedecen. Aguirre excita entonces á los expedicionarios á retornar al Perú y conquistarlo de nuevo para poner al frente del virreinato á Fernando de Guzmán; pero esto no es sino una treta del tirano para engañar á su primer cómplice, quien será á su

turno otra de sus víctimas. Pasados algunos días, á los tres meses de salida la expedición, Aguirre ordena la muerte de ocho de sus compañeros, inclusive la esposa de uno de los expedicionarios y del cura de la armada; y no satisfecho aún con tanta sangre, manda finalmente dar muerte atroz á Fernando de Guzmán, terminando de este modo la farsa con la cual se había burlado de su cómplice.

¿Qué idea, qué plan tiene este hombre feroz que con tanto cinismo dispone de la vida de los suyos, y hacia dónde le conducirá su fatídica estrella? Testigos de tantos y tan repetidos crímenes y sin voluntad para obrar, las tripulaciones aparecen como autómatas que obedecen al más pequeño gesto del tirano; y éste, orgulloso de sus triunfos y satisfecho como la hiena en su charca de sangre, bautiza la expedición con el nombre de *Nación Marañoña*, lo que según los historiadores de Venezuela quería significar las marañas de que se había valido para realizar sus deseos. De aquí el nombre de Marañoñ dado al gran Amazonas, visitado antes de Aguirre por el célebre Orellana.

Con la voluntad del hombre tenaz y osado sigue *El Traidor* el curso de las aguas: nada lo detiene: suyo es el campo, la victoria suya, y cuando en visperas de abandonar las aguas del río, una tempestad violenta hace zozobrar sus débiles esquifes, él solo parece dominar los ele-

mentos, y después de mil peligros alcanza por fin el Atlántico. Semejante navegación puede reputarse como uno de los prodigios de aquella época de aventuras, pues hasta entonces sólo Orellana había hecho otro tanto. Una escuadra de frágiles bergantines; hombres que nunca habían navegado por el río; los primeros motines de la expedición; la inesperada muerte de Ursúa; los crímenes que se suceden, y los contratiempos, y las necesidades, y mil episodios aún ignorados: todo contribuye á dar á esta expedición de aventureros que no tienen por jefe sino un hombre tan feroz como osado, cierto sello de grandeza y de miseria de que ofrece pocos ejemplos la historia de la conquista castellana.

Al llegar á la desembocadura del Amazonas, Aguirre señala rumbo al Norte, y después de diez y siete días de viaje llega, en medio de otra tempestad, á las costas de la Margarita, en el extremo oriental de Venezuela. La tormenta dispersa los bergantines y el de Lope de Aguirre arriba á la ensenada de Paraguachí, en cierto lugar de la costa que ha conservado hasta hoy el nombre de puerto de *El Traidor*.

Nuevo teatro de crímenes es la Margarita para Aguirre, quien sediento siempre de sangre, hace dar garrote á dos de sus secuaces antes de desembarcar. Había resuelto dejar sus tropas escondidas á bordo, mientras que con algunos de su comparsa pisaba el suelo de la isla. Tan luego

como se encuentra en ésta, despacha un comisionado en solicitud del bergantín que la tempestad había separado del séquito y otro al gobernador de la isla para informarle de su llegada y pedirle al mismo tiempo socorros.

Al saber la llegada de los huéspedes, los naturales, llenos de curiosidad, se trasladan á las playas de Paraguachí, y en medio de la sorpresa y la compasión, oyen de boca de Aguirre las muchas desgracias y necesidades sumas que con fingida aflicción les describe el tirano. Apresúranse entonces los unos á solicitar para los náufragos todo género de comodidades y de alimentos, mientras que los otros se adelantan á salir en busca del gobernador para interesarle en la suerte de aquellos compatriotas desgraciados. Aguirre, al verse objeto de tantas atenciones, se hace todavía más humilde, ofreciendo regalos que despiertan la codicia de los pacíficos isleños. Al fin, después de algunas horas, el gobernador, señor de Villandrando, se presenta acompañado de pequeño séquito de cortesanos. No era sólo el deber lo que le traía á aquel lugar, sino también el deseo de lucro, suponiendo que los náufragos tenían á bordo tesoros escondidos, sospecha que nacía de las dádivas con que Aguirre había obsequiado á los naturales.

Al divisar éste el séquito del gobernador viene á su encuentro, y lleno de cortesía y de bajezas logra cautivarle. Inocente de la perversidad del

tirano, Villandrando escucha con interés la relación del viaje, y movido á compasión, ofrece sus servicios á los náufragos. Pídele Aguirre permiso para desembarcar las tropas, lo que concedido con gusto, hace que al instante se traslade á las embarcaciones y haga salir de sus escondites la gavilla infernal. Excítalos de nuevo á la traición, y saltando con ellos entierra se presenta delante de su protector, no como náufrago sino como dueño de vidas y propiedades. Al instante Aguirre revela ser ellos la *Nación Marañoa*, á cuya pujanza nada resiste, y declara prisioneros al gobernador y su séquito. Cual noble caballero, Villandrando lleva la mano á su espada para responder á semejante osadía; mas acometido por todas partes, de una manera súbita que le impide defenderse, es víctima del furor del tirano. Pero no es este hecho tan oprobioso lo único que hiere la dignidad de aquel magistrado de honor, sino la vejación que pone término á semejante aventura, cuando Aguirre, al montar el hermoso caballo de Villandrando, coloca á éste en el anca del animal y parte á la capital de la isla acompañado de sus marañones. En la travesía tropieza con el maestre de campo del bergantín perdido, que en unión de algunos marineros venia al encuentro de su jefe, y todos, llenos de entusiasmo, llegan á la capital á los gritos de *libertad, libertad, viva Lope de Aguirre!*

Lo que sigue á este entusiasmo salvaje es la licencia desenfrenada y el pillaje escandaloso. Aguirre, sediento de oro, destruye las cajas reales, roba los tesoros del gobierno y ordena el saqueo general de la población. A semejante mandato, sus soldados se dispersan en el poblado, y las familias son víctimas de toda especie de atropellamientos. Como el virus infectivo de una epidemia violenta, algunos habitantes depravados de la capital cooperan á las órdenes de *El Traidor*, é incorporándose á la gavilla de salteadores, descubren á éstos los lugares donde los moradores habían escondido sus prendas y ahorros. Desde aquel momento no hay hogar sagrado, y la población, llena de pavor, queda sometida á los caprichos de la famélica turba. Todos fueron robados, y Aguirre dormía sobre sus laureles, cuando á los pocos días una noticia inesperada turba el deleite de aquella orgía infernal.

«Por aquel tiempo—dice un historiador—se hallaba en la costa de Maracapana Fray Francisco de Montesinos, provincial de Santo Domingo, asistiendo á la conversión de los indios, y tenía consigo un navío de razonable porte, bien provisto de todo y artillado. Súpolo Aguirre, y como sus bajeles se hallaban maltratados de resultas de la navegación, le pareció conveniente privar del suyo al provincial, prendiéndole de paso. Para lo cual, aviando de prisa uno de sus

bergantines, lo envió á Maracapaná, tripulado con diez y ocho hombres que puso á cargo de uno de su confianza; pero éste, lejos de cumplir la comisión, se quedó con el fraile, y puso en su noticia los crímenes de Aguirre. Sin perder la cabeza el religioso, al ver tan cercano y tan terrible el peligro, procedió á lo más urgente, que era desarmar á los desertores, recelando alguna traición en su arrepentimiento. Después embarcó los marañones y toda la gente que tenía, y guiando por la costa abajo, dió la alarma en Cumaná, en el Collado y en Borburata. Hecho esto, volvió sobre Margarita, con intención de hacer un reconocimiento y por si lograba oportunidad para favorecer en algo á sus vecinos.

»Pintar el furor de Aguirre al saber la deserción de su navío, y cuando vió el del buen religioso acercarse á toda vela á Margarita, sería cosa imposible. Ya antes de esto había mandado degollar á varios de sus soldados y oficiales por chismes ó por sospechas de traición; pero en general había respetado la vida de los vecinos y se contentaba con oprimirlos y robarlos. Mas no bien hubo divisado la nave del provincial, cuando dejándose arrebatado del furor que le sacaba con frecuencia fuera de sí mismo, ordenó que se diese garrote á Villandrando y á cuatro vecinos que con él estaban presos. Seguidamente metió el pueblo en la fortaleza y se dispuso

para recibir de guerra á Montesinos. Este, después de algunos dimes y diretes de su gente con la de Lope, no creyéndose con fuerzas suficientes para bajar á la playa y atacarle, se retiró, dejándole, en respuesta de otra suya, una larga carta llena de consejos. Surtieron ellos tanto arrepentimiento en el corazón de aquel inhumano, que, como si lo hiciera de propósito, se mostró más implacable y cruel que nunca, degollando sin distinción á sus soldados, á los vecinos, á sus mujeres, y también á un religioso que no quiso absolverle de sus enormes culpas» (1).

Ya para esta fecha, fines de Agosto de 1560, gran parte de Venezuela era sabedora de las aventuras y crímenes de Aguirre. Un terror pánico se había apoderado de las poblaciones, sobre todo de los espíritus supersticiosos de la época, que creían ver en el tirano no un ente humano, sino un agente del infierno, que era el azote de los pueblos. Apresúranse por todas partes los capitanes valerosos de la conquista á salir al encuentro de Aguirre, y el primero que logra presentarse en la Margarita, cerca de la capital, es el célebre Francisco Fajardo, el que fundaba en aquella época la villa de San Francisco, villa que precedió á la de Caracas. Sábelo Aguirre, y temeroso de los suyos y de los bríos

---

(1) BARALT: *Historia Antigua de Venezuela*.

y fortuna de su contendor, encierra sus soldados en la fortaleza, acelera los preparativos de marcha, y sin dar á conocer á sus tropas el temor que lo asaltaba, por medio de una escalera hace bajar á las orillas del mar á cada uno de sus soldados, mientras que él, constituido en vigía, observa por todas partes los movimientos de Fajardo. Un postrer asesinato en la persona de su almirante debía sellar la última noche del tirano en aquella tierra desgraciada. Cuando Fajardo supo lo ocurrido, ya Aguirre navegaba en las costas del continente en compañía del cura de la Margarita, único prisionero que llevó consigo.

Cuando Aguirre se hizo á la vela, sólo quedaban ciento y cincuenta expedicionarios, de los cuatrocientos que habían salido bajo las órdenes de Ursúa; los más habían sucumbido á las iras y venganzas del tirano. Sin plan fijo que lo guíe y animado de sueños irrealizables sobre la conquista del Perú, llega al puerto de Borbura-ta, que era en aquel entonces uno de los lugares más notables de la costa de Venezuela. Al desembarcar sabe que toda la población, de la cual estaba ausente su gobernador, había huído á los montes vecinos; aguarda sin embargo algún tiempo, suponiendo que podría sucederle lo que en la Margarita, y cuando se cerciora de que nadie viene á su encuentro, ordena el saqueo del puerto. Nuevo campo de devastación

se presenta á las tropas de Aguirre para satisfacer su hambre de rapiña. Al apoderarse de todo cuanto en aquellos sitios encuentra, despacha comisiones para recoger cuantas bestias lleguen á las manos; mientras que el gobernador de Borburata, desde el Tocuyo, al saber todo lo que pasaba en la costa, llamaba en su auxilio á varios jefes de armas para oponerse al torrente devastador. Entre éstos descuella otro de los conquistadores de grande aliento, Diego García de Paredes, que desde las tierras lejanas de Mérida se aprestaba para venir en solicitud del temido invasor.

¡Cuántos asesinatos, cuántos crímenes cometidos por Aguirre marcan con sello de sangre y de oprobio su entrada al continente! Cual otro Cortés, quema sus naves y otra embarcación que se hallaba en el puerto de Borburata, y alentando á sus soldados da las órdenes de marcha en dirección de las orillas del lago de Tacarigua. Por primera vez el tirano y su gavilla experimentan todas las angustias de una difícil y penosa travesía: las armas y bagajes que tienen que llevar sobre sus hombros, lo fragoso del camino, agudas espinas vegetales clavadas por los habitantes de la comarca para hacer mal al invasor, el cansancio de las tropas y lo inseguro de la retirada, todo contribuye á hacer más penosas aquellas siete leguas de tránsito, que se convierten para la expedición devastadora en

siete siglos. Aquel camino, que se recorre en pocas horas, fué el calvario de Aguirre; desmáyanse sus soldados, póstranse las fuerzas, el mismo jefe cae exánime y sus cómplices tienen que cargarle. Horribles horas, precursoras de la justicia divinal...

Conducido en hombros de sus soldados y pidiendo la muerte á grandes voces, llega Aguirre á Valencia, donde al restablecerse continúa en su camino de crímenes y de desafueros. Allí hubiera permanecido como dueño de la ciudad, si el aviso oportuno de uno de sus secuaces no le hubiese advertido de los refuerzos que de todas partes debía recibir el gobernador de Borburata. Resuélvese dejar su nueva mansión á los quince días de haberla conocido, y tomando dirección hacia Occidente se interna en el país de los Girajaras, en camino de la Nueva Segovia; pero antes de abandonar á Valencia envía á Felipe II por medio del cura de la Margarita, á quien puso en libertad, aquella famosa carta que es un proceso de su vida y una acusación contra los conquistadores de América. Todo en ella revela una organización desnaturalizada, un hombre de aventuras, un espíritu satánico, sin freno y sin ley (1).

---

(1) La carta de Aguirre á Felipe II que inserta el historiador Oviedo y Baños en su *Historia de la conquista de Venezuela*, es un documento incompleto, y es de extrañarse cómo el académico español don Cesáreo Fer-

En esta su última correría comienzan á abandonarle sus soldados. Raptos de furor le acometen por instantes; vacila, recobra de nuevo el ánimo abatido, y vuelve á hundirse en el desaliento, sin dejar por esto de ser cruel y feroz. Después de algunos días de marcha llega á la ciudad de Barquisimeto, á la cual entra con banderas desplegadas y repetidas salvas de mosquetería. Era la cuarta ciudad de Venezuela que debía aquel monstruo poner á saco, y aquella en la cual debía encontrar el castigo de todos sus crímenes. La ciudad estaba sola, pues no había lugar que no hubiera sido abandonado por sus moradores á la aproximación del temible invasor; mas al dejarla, sus habitantes habían regado en los caminos cédulas de perdón á todos los que desertaran de Aguirre. Provechosa fué la treta, que llenó á éste de cólera é hizo que desde entonces principiara la gran deserción de sus cómplices. Casi desamparado y cercado de tropas que se proponían cogerle, llegó para Aguirre el último momento de su vida.

Asistamos á la postrera escena de este drama sangriento.

Dos mujeres han acompañado á Aguirre des-

---

nández Duro, que tan exacto ha sido al hablar de la literatura de la historia referente á este hecho, no haya reproducido en sus ilustraciones alguna de las copias que se conocen de tan famosa carta.

de el instante de su salida del río de los Motilonés en el Perú. La una es su hija única, testigo de todos sus crímenes, y consuelo de todos sus dolores; la otra es una compañera de su hija que ha sabido igualmente compartir con ésta todos los suplicios del corazón. Sólo uno de los marañones acompaña al tirano en su momento postrero, Antero Llamozas, que desde el principio le ha jurado fiel amistad, como queriendo revelar que la virtud no abandona por completo al hombre culpable. Aguirre está estrechado por soldados que se acercan cada vez más á la casa de la ciudad que le sirve de refugio. En presencia de una muerte inminente, *El Traidor* se dirige entonces al aposento donde su hija, acompañada de su amiga, cuenta los instantes de aquel día terrible, y colocando sobre ella la cuerda del arcabuz que lleva, la excita á morir, ya que á sobrevivirle quedaría infamada siendo la hija de un traidor. Entonces comienza una lucha terrible entre aquellos tres seres: la hija que implora, la amiga que se interpone valerosa y resuelta, el padre que ordena; y sacando Aguirre la daga que lleva al cinto, la clava por repetidas ocasiones en el corazón de la víctima. La hija expira... En seguida sale del aposento turbado y sin aliento, y al divisar á los soldados de Paredes que le estrechan, aguarda que lleguen. Uno de éstos al entrar en el dormitorio le intima la rendición, á lo que contesta el tirano

con brusco ademán: «No me rindo á tan grandes bellacos», y conociendo á Paredes por las insignias de su clase, le pide permiso para hablarle. Paredes se inclina con respeto, pero dos de los marañones, temerosos de que el tirano revelase la historia completa de todos sus crímenes, disparan sus arcabuces sobre el pecho del jefe. Aguirre, que observó la puntería del primer marañón, dijo: «Mal tiro»; y al sentir el segundo sobre el corazón, exclamó: «Este tiro sí es bueno», y cayó exánime. Muerto, pertenecíale á otro de los marañones cortarle la cabeza, la cual fué presentada á las tropas de Paredes. Instantes después flameaban en las cercas de la casa las banderas del tirano, mientras que sus despojos mutilados fueron colocados en los caminos públicos y conducidos á las ciudades de Venezuela.

Así desapareció esta figura legendaria de la época de la conquista. Más de tres siglos han pasado, y todavía el recuerdo de sus crímenes no se ha extinguido. Cuando en las noches oscuras se levantan de las llanuras y pantanos de Barquisimeto y lugares de la costa de Borburata fuegos fatuos, y copos de luz fosfórica vagan y se agitan á los caprichos del viento, los campesinos, al divisar aquellas luces, cuentan á sus hijos ser ellas el alma errante de El Tirano Aguirre, que no encuentra dicha ni reposo sobre la tierra.



## II

Fundación en Caracas de la Compañía Guipuzcoana.—  
Historia de este monopolio.—Su influencia.—Sus triunfos.—Decadencia y fin de la Compañía.

Abandonemos las tristes ideas que despiertan estos relatos tan llenos de sombras, para ocuparnos en ideas más consoladoras. Si á un vasco cupo por suerte ser el verdugo de sus semejantes y dejar su nombre infamado en las páginas de la historia patria, no por eso será menor la gloria de aquellos vascos compatriotas suyos que fundan más tarde en Venezuela el principio de una época inmortal. Queremos referirnos á la creación de la célebre Compañía Guipuzcoana, que á principios del pasado siglo siembra los gérmenes de la riqueza venezolana é interviene durante media centuria, como principio político, en la suerte de Venezuela.

No fué sino en los días del reinado de Felipe V cuando Venezuela, saliendo del triste estado en que yacía después de la conquista, co-

menzó á ser el pueblo agrícola á que estaba destinado por la Naturaleza. Hasta entonces las producciones de sus ricas zonas no eran conocidas de la madre patria sino de una manera indirecta, y un tráfico ilícito establecido desde mucho tiempo atrás por las colonias extranjeras, contribuía á mantenerla en un estado de notable incuria de que eran causa única las erróneas ideas políticas de aquella época, pues aparecía sin elementos productores, sin aliciente de ningún género que atrajese á sus costas la corriente de inmigración que desde el principio tuvieron los países de Méjico y el Perú.

En los países donde Naturaleza ha prodigado sus ricos dones, un simple empuje basta, en la generalidad de las veces, para convertir una región al parecer improductiva en tierra de promisión. Regada por millares de ríos caudalosos; poblada de selvas vírgenes desde las orillas del Atlántico hasta las inaccesibles alturas coronadas de nieve; con dilatadas pampas que hacen horizontes; con extensas líneas de costas que la acercan á los pueblos más comerciales de la tierra; con todos los climas de ésta y con todas las producciones de América, Venezuela no fué, á pesar de tantas ventajas geográficas y naturales, un país que llamara la atención de los conquistadores. Faltábale el oro que desde el principio de la conquista solicitaron con ahinco todos los exploradores del Nuevo Mundo; faltábale ese

poderío indígena de los antiguos imperios de América, donde el rico metal amasado en sus templos y palacios hizo de cada aventurero un gran capitán, y de cada aldea un emporio de riqueza. Sin embargo de todo esto, fecunda y más que fecunda, poderosa, aguardaba solamente el instante propicio, cuando el desarrollo de una idea civilizadora viniera con aliento de vida á exhibir esta tierra virgen que ocultaba en su seno tesoros inagotables. Nadie hasta entonces había soñado que podía extirparse el contrabando sostenido por los colonos holandeses, que habían formado de nuestras costas un patrimonio y de nuestros pueblos manadas de ovejas. La impotencia de los gobernantes para evitar el contrabando, la ninguna protección del Gobierno de la Península para abrir al comercio extranjero sus colonias, la negligencia de los habitantes y la costumbre que hace, al fin, del crimen necesidad social, contribuían á sostener un estado incompatible con las justas exigencias del país.

¿A quiénes debía pertenecer la gloria de destruir semejante estado de atraso? ¿Quiénes debían ser los varones fuertes, los emprendedores esforzados que abrieran para Venezuela el principio de una época venturosa? La historia será siempre justiciera para conceder á los vascos establecidos en Venezuela la gloria de haber sido los primeros innovadores y los verdaderos

creadores de la industria agrícola. A impulso sólo de su constancia Felipe V concedió el permiso de fundar una asociación de comercio que, dando impulso al desarrollo material del país, abriera las puertas de la madre patria, extirpando así el monopolio del extranjero en perjuicio de la Colonia y de la Metrópoli. La *Compañía Guipuzcoana*, así llamada desde su origen porque tal gracia no fué concedida sino á la provincia de Guipúzcoa, tenía el deber de enviar cada año á La Guaira y Puerto Cabello dos navíos de cuarenta á cincuenta cañones con producciones de España, pudiendo venir el resto de mercancías en embarcaciones menores destinadas á Cumaná y á las islas de Trinidad y la Margarita. Jamás habían firmado los monarcas españoles una real cédula más explícita y honorífica que aquella que crea la Compañía de los vascos en la tierra venezolana. Exoneración de algunos derechos; rebaja de otros en beneficio de los nuevos introductores; la libertad de servirse en los primeros tiempos de buques de cualquiera nacionalidad; todas las franquicias, en fin, prerrogativas y favores que colocaban á los factores de la Compañía al nivel de los oficiales de la real armada española, daban á esta asociación mercantil un carácter de respetabilidad imponente hasta entonces desconocido en los países de América. Todavía más: era un mérito de honra, nuevo é ilustre blasón servir di-

recta ó indirectamente al sostenimiento y ensanche de aquélla, según concluye la real cédula firmada por Felipe V. Era la primera aristocracia mercantil fundada en el Nuevo Mundo.

Mas no era esta licencia un privilegio único, pues quedaba la Corte de España en libertad de conceder iguales franquicias á cada uno de sus vasallos, lo que estimulaba á la Compañía para obrar en consonancia con sus intereses. Obligábase aquélla por su parte á resguardar por mar y tierra las costas de Venezuela, extirpar el contrabando extranjero y contribuir al desarrollo y progreso de la agricultura.

Medida tan sabiamente concebida como ejecutada debió al instante despertar la codicia y el odio de los contrabandistas antillanos; así fué que tan luego como se establecieron las primeras factorías en Caracas, La Guaira, Puerto Cabello, Barquisimeto y Coro, en 1730, los holandeses de las islas vecinas al continente trataron de fomentar la sublevación de partidas de hombres ignorantes y corrompidos, como medio único que les era dado oponer al curso libre del comercio y á la paz de las poblaciones. Pusiéronse en juego todos los resortes, y al fin y al cabo una asonada de mal carácter llegó á prender en las cercanías del río Yaracuy. Durante algún tiempo no se habla sino de robos, de asesinatos, de vejaciones y de tropelías cometidas por las autoridades en aquellos lugares. Afortu-

nadamente, la actitud del Gobierno y la protección inequívoca que le prestó la Compañía pusieron fin á tantos desmanes, con la muerte dada á sus autores. Desde ese instante todo entró en el orden normal, desaparecieron los temores y la Compañía continuó en su grande obra de civilización.

Al hacha de los vascos quedan derribados los árboles seculares testigos de la conquista, y aparecen las sementeras en relieve á impulso del arado generoso, y sobre los surcos corre el agua que debe fecundar el grano confiado á la tierra. Por dondequiera, el aire de vida y el trabajo, que es el alma de los campos, invitan á la faena, y los pueblós, saliendo de la apatía, se visten con los colores de Flora. De uno á otro extremo de la colonia, familias vascas, al frente de cada factoría, obedecen al impulso dado, y la tierra selvática desaparece en grandes porciones para transformarse en ricas y pingües arboledas, donde prosperan los frutos de la zona tórrida. El cacao, generoso don de los dioses á la tierra venezolana, centuplica á poco sus frutos al impulso de la mano amiga que lo beneficia; desarróllanse los primeros árboles del rico café, mientras que el tabaco y el añil silvestres aguardan el momento de entrar en los mercados de la madre patria; y en tanto que aquél cuaja el grano, y el paternal bucare ostenta su copa coronada de corales, muge el buey en el establo y

el rebaño pace en la dilatada sabana, tierra feudal que le concedió Naturaleza.

Seis años de trabajo bastaron á los vascos para que la Corte de España les permitiese enviar á los puertos de Venezuela no dos, sino todos los navíos que quisieran. Y ya para 1742 tenían el privilegio exclusivo del comercio de la provincia de Caracas, que fué aumentado para 1752 con el de Maracaibo.

Pero no fué sólo en el cultivo de la tierra y en el incremento del rebaño donde ostentó el vasco su pujanza. Puerto Cabello, refugio de los piratas, sitio de chozas de pescadores, por donde se efectuaba el comercio clandestino, se transforma de pronto, y el vasco, construyendo hermosas casas y almacenes espaciosos, hace de un lugar despreciable el primer puerto de Venezuela; desde entonces data su importancia mercantil. Con sus ventajas topográficas, con su clima sano, con su comercio activo, su incremento actual y las bellezas con que lo han decorado sus pacíficos moradores, continúa satisfecho en el camino del progreso en que lo colocaron los vascos, sus fundadores. No fué Puerto Cabello el único pueblo que éstos levantaran: en los ricos y pintorescos valles de Aragua, las aldeas ascendieron al título de villas, y caseríos que apenas eran chozas pajizas, en la dilatada zona de bosques que se extiende desde el lago de Valencia hasta las orillas del Portuguesa y del Apu-

re, recibieron el impulso asombroso que debía convertir regiones selváticas en centros de movimiento y de lucro. A orillas de los ríos y de los lagos, al pie de los Andes y en el centro de los bosques seculares, por todas partes la misma animación; mientras que las costas, purgadas de filibusteros vulgares que las infestaban, aparecían con los arreos del comercio, que anunciaba al mundo la fertilidad y riqueza del suelo venezolano.

Durante veinte años Venezuela se transforma, y ella misma no puede explicarse tan repentino progreso. Los vascos se habían adueñado no sólo de la agricultura y del comercio, sino que, hombreándose con los mandatarios, como poder influyente y pecuniario que obraba sobre las clases sociales y aun más allá de los mares, acabaron por tenerlos á sus órdenes. Esto, unido á otras causas, contribuyeron más tarde á desacreditar la Compañía, la cual había comenzado á hacerse odiosa á los mismos á quienes había favorecido. El monopolio que ejercía, si es verdad que en los primeros años de su instalación había cosechado abundante fruto y estimulado el trabajo, facilitando los capitales para el cultivo de la tierra y el desarrollo de los pueblos, más tarde se convirtió en poder verdaderamente dictatorial y arbitrario. Como todo monopolio en las sociedades incipientes, fué regenerador; más cuando los pueblos pasaron de su

estado infantil á una juventud precoz, desarrolláronse nuevas fuerzas, naturales exigencias, aspiraciones al comercio libre, manifestaciones de todo país que lleva en sí la savia de la vida.

Una tempestad de maldiciones se desató entonces sobre la Compañía Guipuzcoana: era la reacción de nuevas ideas contra un orden de cosas ya incompatible con las necesidades del país. Sordos los vascos al clamor público, continuaron impasibles, porque estaban garantidos por la fuerza y por la ley; mas debía llegar el día en que la protesta moral armada pusiese en conflictos la capital de Venezuela; y es el caso que, en 1749, 6.000 hombres, al mando del capitán León, entran en Caracas y piden la expulsión de la Compañía. Ante aquel poder mudo, pero imponente, la autoridad transige, haciendo falsas promesas. La fuerza se retira, y al instante se embarca para España de una manera sigilosa el capitán general de la Colonia, señor Castellanos. Impotente para obrar de una manera cónsona con las necesidades sociales, creyó más prudente presentarse al Monarca para pintarle una situación que no podía considerarse sino como el principio de nuevas ideas. Los factores de la Compañía representan la farsa de embarcarse, y todo parecía en buen camino, cuando se divulgó la partida de Castellanos. Por segunda vez vuelve León á Caracas con sus miles de hombres; mas en esta ocasión el capitán general in-

terino recibe al jefe de los protestantes de una manera belicosa, y se suceden nuevas promesas. León, hombre débil y timorato, había quedado vencido.

A estos sucesos sigue un juicio ruidoso en el cual todas las corporaciones y los individuos notables del país declararon en contra de la Compañía: la opinión social compacta y justa había dado su fallo. Era esto lo suficiente para extinguir aquélla; pero el poder del oro y la intriga triunfan, en la generalidad de los casos, de la justicia humana; y corriendo los días llegó e brigadier Ricardos con nuevos poderes y quedó victoriosa la causa de los vascos. León, fugitivo, es condenado, sus hijos presos y su casa arrasada y sembrada de sal.

No obstante el triunfo de la Compañía, ésta recibió algunas modificaciones que en algo contribuyeron al desarrollo del comercio, y así continuó hasta que veintiséis años más tarde, en 1775, dejó de existir para ser substituída con la de Filipinas, la cual á su turno desapareció en 1778. La libertad del comercio se anunciaba para los países de América, y las ideas liberales, abriéndose paso, debían marcar con sello de justicia el reinado de Carlos III.

A pesar de tantos males como se imputan á la Compañía Guipuzcoana, produjo bienes inestimables. Los escritores que tan mal la juzgan no se remontan á las causas políticas y naturales

que imposibilitaban á España á entrar de lleno en el camino de las sabias reformas. Separada de América por el Océano, temiendo el espíritu de conquista extranjera no agotado entonces, y acosada por los intereses personales de sus vasallos, no podía aceptar de pronto esas ideas modernas que son el resultado de la práctica, del desarrollo material y de las necesidades sociales. La historia, para ser verídica al juzgar los hechos, debe despreocuparse de toda influencia contemporánea y apreciarlos en la época en que fueron consumados. ¿Qué mucho que el monopolio siguiera al contrabando y las medidas restrictivas se opusieran al desarrollo del comercio libre, si por todas partes existían temores, y el espíritu nacional estaba lleno de trabas y de errores inveterados?

Al juzgar el elemento vasco durante los cincuenta años que dominó á Venezuela, participamos del juicio formado por uno de nuestros más distinguidos publicistas:

«La Compañía Guipuzcoana, á la que tal vez podrían atribuirse los progresos y los obstáculos que han alternado en la regeneración política de Venezuela, fué el acto más memorable del reinado de Felipe V en la América. Sean cuales fueren las increpaciones que dirigió la opinión del país contra este establecimiento, no podrá negarse nunca que él fué el que dió gran impulso á la idea que planteó la conquista y organi-

zó el celo evangélico. Los conquistadores y los conquistados, reunidos por una lengua y una religión, en una sola familia, vieron prosperar el sudor común con que regaban, en beneficio de la madre patria, una tierra tiranizada hasta entonces por el monopolio de la Holanda» (1).

Cuando desaparece la Compañía Guipuzcoana, ¿qué se hace aquella colonia de vascos que había fundado la agricultura y dejaba un gran número de haciendas cultivadas, el trabajo sistematizado, el hogar con todas sus virtudes en armonía con los intereses sociales bien entendidos?—Continúa en su labor civilizadora, no como asociación, sino como individuos; repártense en los valles de Aragua, á orillas del lago de Valencia, en las llanuras del Cojedes, de Portuguesa y del Orinoco y en las costas de Caracas, patria del primer cacao del mundo. A los vascos débese el poderío de los valles de Aragua. Han corrido largos años de la fundación de los primeros establecimientos agrícolas, y todavía se conservan muchos de ellos: el tiempo no ha destruído los primeros campanarios de la aldea, y aun quedan restos del antiguo torreón que anunciaba con sus espirales de humo el movimiento de los campos; todavía el árbol secular levanta al cielo su ramaje, mientras que las ge-

---

(1) ANDRÉS BELLO: *Recuerdos de la Historia de Venezuela*.

neraciones del pasado descansan en perpetua paz en el suelo de la selvática capilla. Fueron los vascos los que al desaparecer como centro comercial introdujeron en Venezuela el añil de tinte, que cultivaron con buen éxito; fueron los primeros plantadores del algodón y de la caña de azúcar y los que continuando en su labor civilizadora hasta el fin de sus días, dejaron á sus hijos, por herencia provechosa, las virtudes del hogar y el amor al trabajo y á la patria.

Hay algo más grande que la riqueza y el cultivo de la tierra, y más que la gloria y las vanidades del mundo: ese algo es la familia. La familia en el sentido general: la patria; y la familia en el sentido íntimo: el hogar: éstas las grandes virtudes del vasco en todo tiempo y país. Así la mayor parte de las familias que tienen entre nosotros tal origen, conservan las costumbres austeras de los tiempos pasados, la tenacidad en el cumplimiento del deber, la honradez en el trato y hasta rigidez en sus opiniones, herencia de sus mayores. ¡Qué lejos estaban de pensar los vascos, cuando eran dueños de Venezuela, que pocos años después sus hijos y nietos continuarían su obra en nuestra guerra magna, en nuestros comicios y asambleas, en nuestras luchas por la libertad y el progreso!

Entre las diversas ramas de la nacionalidad española de que se origina la población de Venezuela, ninguna con más justos títulos á la gra-

titud nacional que la de los vascos. Que se estudie el elemento andaluz, el castellano, el catalán ó el isleño, y encontraremos que el único que ha podido conservarse, á pesar de la acción del tiempo, y que ha dejado obras imperecederas, es el vasco; y que ninguno como éste desempeñó en la historia de la Colonia un papel tan fecundo en beneficios como útil en sus tendencias.

Después de la desmembración de Colombia en 1830, la inmigración vasca es casi nula en Venezuela. Reducida, por decirlo así, á individualidades, unas han formado familias hacendosas que se han fundido en el país, y otras, después de un trabajo constante y honroso, han regresado al suelo patrio. De las actuales repúblicas de origen español, sólo las del Plata gozan del envidiable privilegio de ver establecida una corriente constante de inmigración originaria de las provincias Vascongadas. A orillas de aquel caudaloso río es donde los vascos modernos, hace ya treinta años, han querido fundar su patria americana (1).

---

(1) En 2.000 estima un escritor distinguido el número anual de vascos, españoles y franceses, que emigra á las regiones del Río de la Plata; y según Martín de Moussy, el número de vascos que había en la República en 1868 no bajaba con sus descendientes de 50.000 almas.—RÉCLUS: *Les Vasques, un peuple qui s'en va.*—*Revue des Deux Mondes.*—1868.

sabanas de nuestros llanos? ¿Acaso en nuestras montañas andinas y en nuestros bosques cálidos, á la vera de nuestros lagos y en la dilatada cinta de nuestras costas, no tienen ellos la imagen de las cimas pirenaicas y del mar Cantábrico? ¿Por qué no venir al suelo que cultivaron sus antepasados, donde la variedad de climas y de tierras, donde la riqueza vegetal, ceñida de luz, y el gran número de descendientes vascos, les atestiguan que aquí estuvo en no remotos días su centro americano?

¿Por qué esta predilección á las márgenes de Plata? ¿Acaso las pampas de Buenos Aires les brindan más atractivos que las dilatadas y ricas



### III

Comienzo en Caracas de la revolución de 1810.—El patronímico Bolívar, desde el primer Bolívar en 1588 hasta nuestros días.—Sitios geográficos que lo llevan en ambos mundos.—El último Simón Bolívar.—Grandeza de este varón.—Resumen histórico de su vida.—Familias venezolanas de origen vasco.—Conclusión.

Quando se estudia la Historia, hasta en sus más íntimos pormenores, es cuando podemos comprender, en el encadenamiento admirable de los sucesos, la voluntad de una Providencia siempre justa. Las dos grandes revoluciones del último siglo: la emancipación norteamericana de 1776 á 1783 y la gran Revolución francesa de 1789 á 1795, al parecer distintas en sus fines y tendencias, fueron dos acontecimientos perfectamente enlazados. Al favorecer España á la primera, prestándole su mano poderosa, hiere de muerte la existencia de sus colonias en el continente; pero semejante acto en nada hubiera contribuído á nublar el horizonte político, si los sucesos de 1789, sorprendiendo el mundo, no

hubieran originado el primer crepúsculo de las nacionalidades modernas.—Celosa y solícita por la conservación de sus colonias, España hace cuanto puede para aislar á Venezuela de las chispas de aquel incendio, castigando con severas penas la difusión de las ideas nuevas. Olvidaba que había contribuído á derribar un gobierno legítimo en América para coadyuvar á los deseos de un pueblo, y que la Revolución francesa era la voluntad suprema de otro pueblo para echar por tierra toda realeza, odiada é impotente. Pero las naciones no obran como los individuos: si es lícito á éstos decidir con la razón y transigir en las situaciones difíciles, las naciones, por el contrario, quieren siempre vencer ó ser vencidas por la fuerza.—Tal sucedió á España respecto de sus colonias americanas, después de los grandes episodios del siglo pasado. Mientras más severa fué para estorbar la importación de las nuevas ideas, más propicios se encontraron los espíritus para recibirlas; por esto todas las persecuciones políticas son contraproducentes si ellas no están basadas en la opinión.

No era tanto de los pueblos de Venezuela, arraigados en sus antiguos hábitos, de quienes podía temer España, como de los círculos ilustrados, siempre atentos á toda innovación provechosa. Por muchos años no pudo la metrópoli evitar que cundiesen en la Colonia las ideas re-

volucionarias: los deseos de un cambio de gobierno confirman las ideas de aquella época admirable. Mientras que la idea estuvo en gestación, España venció todos los movimientos presentados desde los últimos años del pasado siglo hasta 1810. Pero sin preverlo atizaba con este procedimiento el incendio, alentaba los espíritus timoratos, daba calor á las ideas revolucionarias. Hay un hecho general en la historia de las colonias españolas en América, y es que en todas comienza el fermento revolucionario de 1808 á 1810. ¿Fué todo esto casual? No: era el momento propicio que todos, sin hablarse, aguardaban: aquel en que, destronado el monarca de España, cundiera el desaliento, apareciese la anarquía y un caos político transitorio viniera á dar entrada á todas las evoluciones americanas. Tal es el encadenamiento de los sucesos: sin la Revolución de 1789, no hubiera aparecido Napoleón; sin la invasión de éste á España, no hubieran surgido los sucesos de 1808, y sin las Juntas gobernantes, no se hubieran precipitado los acontecimientos de América.

Menos de dos años de este estado indefinido bastaron á los pueblos de la América española para dar el grito revolucionario y lanzarse en el camino de los hechos. Cúpole á Venezuela ser la primera, y el 19 de Abril de 1810, precisamente á los sesenta años de haberse pedido en la misma fecha en Caracas la expulsión de la Com-

pañía Guipuzcoana, fué derribada la autoridad peninsular. Con un vasco, el mariscal Emparan, termina en aquel memorable día la larga serie de capitanes generales que, desde Dalfinger en 1528, se habían sucedido sin interrupción por el espacio de tres siglos. Preso Emparan momentos antes de asistir con todo su séquito á la solemnidad de Jueves Santo, no le faltó astucia y talento para defenderse en la sala del Ayuntamiento, adonde lo llevaron los conjurados. Con sus promesas ó insinuaciones había ya vencido, cuando un tercer actor corona la jornada pacífica de aquel día inmortal: queremos referirnos á la entrada á la sala capitular del canónigo Madariaga, de origen vasco: carácter definido, audaz, hombre de acción, que deshace con su palabra todas las promesas de Emparan y lleva á feliz término los acontecimientos iniciados. Así comienza la revolución de 1810.

¿Quién será el adalid de la revolución sangrienta que durante quince años va á segar la flor de la juventud americana, á turbar la paz de los campos y á convertir en charcas de sangre el suelo de nuestros pueblos? ¿Quién será el alma de los combates y el faro de salvación hacia cuya luz se dirijan las miradas de los naufragos en la noche del peligro? Cuando el incendio devore hombres y cosas, y los osarios blanqueados por el sol sean los testigos mudos de la nueva carnicería, ¿quién será el varón fuerte que

vendrá á revolver las cenizas, para sacar de ellas la chispa que deba encender de nuevo la conflagración general? Cuando cunda el desaliento y todo sea imposible; cuando á fuerza de ser vencido se pierda el hábito de levantarse; cuando el clamor de los pueblos ruja contra los nuevos innovadores, y el vencedor, compasivo, se ría de las quimeras republicanas, y el hambre y las necesidades y la miseria, con cara de hidrófoba, pidan cuenta de tanta sangre, ¿quién, como los héroes bíblicos, blandirá la espada redentora, y sacando soldados del polvo se sobrepondrá á las muchedumbres rendidas de cansancio? ¿Quién será el nuevo Aníbal que debe conducir sus legiones á los Andes inaccesibles y llevar el estandarte tricolor, para clavarlo en los picos encanecidos por los siglos? ¿Será algún descendiente de los Incas el que se levante de las ruinas antiguas para hacer cargo á los conquistadores del Nuevo Mundo de la muerte de Atahualpa y de la destrucción de los fabulosos imperios prehistóricos? ¿Será el extranjero que, lleno de ambición, querrá arrancar á la corona de Castilla la preciosa joya de su conquista americana? ¿Será el descendiente de los antiguos iberos que vendrá á completar la obra de España, emancipando el continente que ella había civilizado?

A las orillas del mar Cantábrico hay un río que, desprendiéndose de la sierra de Aranzazu

en la provincia de Guipúzcoa, sigue hacia el Norte por el valle de Lenis, llega á Escoriaza y desagua en el Deva: ese río se llama Bolívar. El mismo nombre lo lleva el fondo del valle, que entre los dos ríos está rodeado de elevados montes, sembrados de plantas útiles, que dan sustento á sus pacíficos moradores. Bolívar se llama otro lugar al Sur de Vitoria, en la provincia de Álava, donde reposa el cuerpo de aquel Segismundo mártir, guardado y venerado en rica arca por los naturales del poblado. Bolívar, finalmente, es el nombre que llevan tres pueblos de la provincia de Vizcaya. Este nombre, oriundo de las provincias Vascongadas, no se encuentra en ninguna otra de las de España.

Tal nombre geográfico no es peculiar del viejo mundo: figura igualmente en las dos grandes secciones del Continente americano, desde la región de los lagos en la América del Norte, hasta las elevadas cumbres de los Andes de Sur-América. Á orillas del gran Misisipí, «el padre de las aguas» en el lenguaje de los indios, está el condado de Bolívar, con su capital, Bolivia, de 12.000 habitantes (1). Bolívar es la capital del condado de Herderman, á orillas del Hatchee, emporio del comercio en las regiones del viejo Tennessee. Bolívar es el nombre que llevan dos

---

(1) No se debe olvidar que estas páginas fueron escritas hace años, en pleno siglo XIX. — (*Nota de los Editores.*)

pueblos del Estado de Arkansas. El nombre de Bolívar se encuentra también á orillas del Missouri, y en los Estados de Pensilvania y de Maryland, y en el poderoso Estado de Nueva York, y en el de Arkansas, y en el de Tejas, y en el de Alabama, y en el de Ohio, y en muchos otros lugares.

Más hacia el Sur, después de atravesar el archipiélago antillano, aparecen con el nombre de Bolívar dos florecientes Estados en las Repúblicas de Venezuela y Nueva Colombia. Bolívar es la ciudad del Orinoco, la capital de esa dilatada Guayana, patria de El Dorado, emporio de la raza caribe y lugar célebre por las exploraciones de Ordaz y de Raleigh, de Solano y de Humboldt.

Más al Sur todavía, y al pie de las grandes cordilleras coronadas por el Illimani y Soratá, está la más joven de las repúblicas americanas: Bolivia.

¿A quién recuerda este nombre antiguo, que está en la cuna del pueblo vasco y en las principales regiones del continente americano? A Simón Bolívar, el hijo de Caracas, y el último y más grande de los descendientes vascos en ambos mundos. Heredero de aquellos que en el mar Cantábrico fundaron la república, cúpole la gloria de ser el genio que emancipara á la América, después que sus antepasados habían fundado la Colonia y dado á la gran causa conquistadores, pobladores, pacificadores, hombres de

progreso durante la existencia de la América española.

Los anglo-americanos lo llaman el Washington del Sur, mientras que sus compatriotas de uno á otro extremo del Continente le conocen con el título de EL LIBERTADOR. Su nombre está en el templo de los grandes hombres, sus hechos inmortales en las páginas de la historia, y monumentos del arte escultural perpetúan su memoria desde las orillas del Orinoco y del Hudson y desde las costas del Atlántico y del Pacífico hasta las nevadas cumbres de los Andes.

El primer Bolívar, natural del Señorío de Vizcaya, que llega á Venezuela, es Simón de Bolívar en 1588. Preséntase con las ínfulas de su origen: hidalgo, dueño y señor del solar y casa infanzona de la Rentería, en el lugar de Bolívar, en Vizcaya. Antes de llegar á Venezuela había estado algunos años en la Isla de Santo Domingo, donde había desempeñado empleos de alta importancia. Establécese en Caracas junto con el gobernador Osorio. Nombrado por éste Procurador y Comisario general ante el Rey, consigue del Monarca, en beneficio de la Colonia, reales cédulas que favorecían el adelanto material y moral de Venezuela. Regresa al cabo de dos años y trae por Real orden el empleo de Procurador general de la ciudad, primer encargo de este rango que se concedía después de la fundación de Caracas.

Desde entonces data en Caracas esta antigua familia de Vizcaya, la cual da hombres útiles á la Colonia por el espacio de dos siglos.

Entre todos los de este nombre sobresalen después del Procurador de Caracas, Simón de Bolívar, hijo de éste, Antonio, Luis, Juan el fundador de San Luis de Cura, en los Llanos de Caracas, y últimamente Juan Vicente, el padre del Libertador Simón Bolívar, nacido en 1783, el cual no debía tener sucesores y corona esta familia ilustre que desempeñó en la historia de la Colonia los más altos destinos políticos y militares y ha contribuído con sus luces y tesoros al adelanto y progreso material de las poblaciones (1).

Pero la familia Bolívar no se había hecho célebre en la historia de Colombia tan sólo por los méritos de sus fundadores y los de sus descendientes; estaba íntimamente enlazada con la de los célebres Villegas, originaria de Burgos y de

---

(1) En 1718 dase principio al Señorío de San Luis de Cura, en los Llanos de Venezuela, el cual fué confirmado por Reales cédulas de 25 de Mayo de 1722, 24 de Diciembre de 1735 y 22 de Marzo de 1760. No fué este Señorío el único que poseyó la familia Bolívar. Ya por Real cédula de 21 de Agosto de 1663 se había concedido al señor don Francisco Marín de Narváez, notable patricio de Caracas, con cuya familia se enlazó el coronel don Juan de Bolívar Villegas, el Señorío de Aroa, donde están las ricas minas de cobre, propiedad hoy de una Compañía inglesa.

servicios relevantes á la causa española, pues uno de sus fundadores, Pedro Fernández de Villegas, ayudó con sus deudos y amigos al triunfo de las Navas de Tolosa, y en recompensa de sus servicios le concedió Alfonso IX, entre muchos privilegios, el de llevar por orla de sus armas los castillos reales. Fueron los Villegas de los primeros conquistadores que entraron á Venezuela con Dalfinger y Spira, de los primeros pobladores y pacificadores de las tribus indígenas de Tocuyo y de Nirgua, de Maracaibo, Borburata, Laguna de Tacarigua, Nueva Segovia y esa tierra coriana que civilizaron, la primera, los castellanos del siglo xv.

Los Villegas y los Bolívar fueron los que fundaron el puerto de La Guaira, abrieron los primeros caminos de la Colonia, y rechazaron al extranjero en repetidas ocasiones. De manera que los primeros pobladores de Venezuela, los conquistadores y pacificadores de las naciones indígenas del Occidente, fueron los Villegas, Osorio, Bolívar y sus descendientes, todos de una misma familia que ha dejado por todas partes elocuentes pruebas de sus méritos. Uno solo de ellos basta para inmortalizar su época, aquel Diego Osorio Villegas que se encarga de la Gobernación de Caracas en unión del primer Simón de Bolívar en 1588. Ayudado por éste, funda puertos y aldeas, reparte tierras, facilita el comercio y pónese al frente del fomento material

de la Colonia; fundó los primeros archivos, señaló ejidos y asignó propios; firmó ordenanzas y redujo poblaciones indígenas. Fué hombre de gran talento que poseía además el don de mando y el de gentes; así lo califica un historiador.

Cuando viene al mundo el futuro Libertador de América, 24 de Julio de 1783, se presenta con la rica historia de sus progenitores: dos siglos de servicios á la causa americana española; hombres de espada y de bufete; conquistadores, pobladores, pacificadores y altos empleados en todos los ramos del servicio público. ¡Cuánta riqueza de títulos para continuar en el camino de sus predecesores! Mas sólo á él estaba reservado coronar el edificio con la más pura gloria y reflejar sobre las generaciones pasadas y venideras la luz del genio, el brillo de sus hechos.

Bolívar no aparece en la revolución de 1810 como uno de sus principales actores; joven de veintiséis años, aunque de variada instrucción, después de haber viajado por Europa y la América del Norte, carecía de ese aplomo de los espíritus serios y reconcentrados. De imaginación volcánica, de carácter impetuoso, gozaba entre sus compatriotas y amigos del dictado de atolondrado, lo que le hacía aparecer como un espíritu superficial antes que hombre capaz de grandes concepciones. Nada tenía que envidiar

á sus coetáneos; su fortuna y posición social le habían valido ser uno de los compañeros de infancia del futuro Fernando VII. Durante su residencia en Europa había tratado con muchas de las lumbreras de la época, y observador de los sucesos, aprendió bajo el impulso que da al espíritu el estudio práctico de los hombres y de las cosas. Así regresó á Venezuela, donde debía continuar en el estudio de la Colonia y de los medios que debían contribuir al desarrollo de ésta. Cualesquiera que fueran sus ideas sobre las revoluciones y movimientos de la Colonia en los últimos años del siglo pasado y principios del actual, vivía combatido por dos aspiraciones antagónicas: la independencia, que debía crear un nuevo orden de cosas y le empujaba al porvenir, y la aristocracia, cuyas preocupaciones y hábitos descaba abandonar y que le retenía. A fines de 1810 es cuando el Gobierno revolucionario le abre su carrera política, enviándole á Inglaterra con un encargo diplomático. El marqués de Wellesley le recibe con toda la cortesía del caballero; pero, como circunstancias del momento se oponían á que Inglaterra entrara de lleno en todo aquello que fuera el reconocimiento de la revolución, hubo de regresar á Caracas. Con él llega el que debía, como militar más antiguo y práctico, ponerse al frente de las tropas venezolanas en su choque con el jefe español Monteverde, y á quien estaba reservada la pri-

mera y más costosa de las capitulaciones. Con Miranda comienza Bolívar su carrera militar, tan llena de peripecias, de contrariedades, de sacrificios, de abnegación y de gloria.

Una derrota abre la primera página de su hoja de servicios, pues cuando se subleva el castillo de Puerto Cabello, á impulso de los prisioneros españoles, Miranda, que en los Valles de Aragua se retiraba perseguido ya por el general Monteverde, se encuentra en la necesidad de capitular. franqueando al español las puertas de Caracas. Entretanto Bolívar, al frente de sus tropas, lucha tenaz contra la retaguardia de Monteverde; mas después de una defensa obstinada y ante fuerzas numerosas, abandona al fin el campo y se embarca para regresar á la capital, cuya situación ignoraba.

Sigámosle en esta carrera de reveses y de triunfos que se inicia con la rota de Puerto Cabello, pero que terminará con la emancipación de todo el continente, cuando se rindan, después de quince años de horrible matanza, los dos últimos baluartes del poder español en América: el ejército de Ayacucho á fines de 1824, la fortaleza del Callao á principios de 1826.

Dejemos á Miranda preso después de rota la capitulación por el jefe español; tristes días le aguardan en la Carraca, la que será testigo de su prolongado martirio, cuando con cadena al cuello cuente los últimos instantes de su agitada

vida, siempre meritoria y digna. —¿Quién salvará mientras tanto á Bolívar en el naufragio de la revolución, cuando sus hombres huyan de los campos, se oculten á las persecuciones, giman en los calabozos y sientan por todas partes la venganza armada que los impele á dar severa cuenta de sus hechos? Allí está el vasco que salvará á Bolívar en los momentos del peligro: Francisco de Iturbe se presentará á Monteverde y exigirá el pasaporte para el vencido de Puerto Cabello. Era Iturbe uno de aquellos espíritus rectos, pacíficos y pundonorosos, de nobilísima alma y para quienes la amistad es culto. Amigo del padre de Bolívar, continuaba su tributo en obsequio al hijo á quien desde su nacimiento acariciaba. En los primeros momentos el jefe español rechaza la petición del joven vasco; mas éste, con carácter sostenido, insiste y ofrece sus propiedades y aun su vida por el descendiente de su compatriota. Monteverde, ante tanta generosidad, cede, y Bolívar logra así salir del continente.—Tanta hidalguía de parte de Iturbe tuvo más tarde su recompensa. Cuando después del triunfo de la revolución, en 1826, el Congreso de Colombia confisca las propiedades de todos los españoles, Bolívar, al saberlo, dirige una nota desde el Perú en la cual ofrece sus bienes para salvar los de su protector. El Congreso entonces declara que sólo una excepción tiene la ley, y es en la persona del digno Iturbe,

por haber salvado en 1812 la vida del Libertador.

¿Quién salvará á Bolívar más tarde en medio de las peripecias que le aguardan, de los peligros y orgías del campo de batalla? No habrá ya vascos que vengan en su auxilio; pero sí encontrará la buena estrella de los genios, siempre propicia á los que ascienden al Capitolio.

Sin amigos, sin recursos, sin nombre, llega Bolívar al suelo extranjero (isla de Curaçao), para aguardar allí el instante oportuno en que debía abrir su memorable campaña de 1813. La inquietud que le domina le precipita, y, enemigo de la inercia, parte con la tea de la revolución en la mano y la idea en la frente. El 14 de Noviembre de 1812 está ya en Cartagena, que le nombra á poco coronel en la comandancia de Barrancas. Para fines de Diciembre ha tomado por asalto la fortaleza de Tenerife á orillas del Magdalena, y artillería y buques caen en poder del vencedor. Habla entonces á la Nueva Granada y se ofrece para libertarla. En Enero de 1813 vence á los españoles en Mompox y Chiriguana, y para el 28 de Febrero está en los valles de Cúcuta. Desaloja al jefe español, recibe el grado de brigadier que le concede el Gobierno revolucionario de Bogotá, y se prepara con un puñado de hombres á continuar sobre los Andes de Venezuela. En 13 de Abril entra en La Grita, el 10 de Junio en Mérida y el 15 del

mismo en Trujillo lanza á la faz del mundo su célebre decreto de guerra á muerte.

Al llegar á San Carlos, á orillas del Cojedes, la opinión le acompaña, y sin perder tiempo marcha contra el jefe realista Izquierdo: alcánzale en la sabana de los Pegones y le deja herido; todo cae en poder del vencedor, y tan sólo puede escaparse el oficial que lleva la triste nueva á Monteverde. El 2 de Agosto entra en Valencia, y para el 7 está en posesión de la capital Caracas, que de antemano han evacuado las autoridades españolas para ir á refugiarse bajo los muros de Puerto Cabello.

Por todas partes ha cundido el incendio durante esta marcha victoriosa de Bolívar: sus tenientes han triunfado en Oriente y Occidente, y han vencido en Margarita y en Cumaná, y en Maturín y en Güiria, y en Aragua y Niquitao.

Bolívar anuncia en Caracas el establecimiento de la República el 8 de Agosto de 1813, y sin perder tiempo sale á poner sitio á Puerto Cabello. Fuerte el español, se sostiene contra los ataques de Bolívar y aguarda ser reforzado. El 30 de Septiembre vencen las tropas republicanas en las alturas de Bárbula; el 3 de Octubre en Las Trincheras, el 14 en Mosquitero. Para esta época Caracas ha aclamado á Bolívar su Libertador.

Después de esta campaña de 1813, paseo triunfal desde las orillas del Magdalena hasta los

Andes de Venezuela y costas de Puerto Cabello, ¿cómo seguir á Bolívar en su portentosa epopeya durante el espacio de quince años? ¿Puede acaso sintetizarse en cortas líneas esa vida tan llena de peripecias, esa serie de hechos admirables que llenan los anales de América? ¿Cómo pintar esa existencia múltiple, siempre entre el fuego y la muerte, esa voluntad inexorable que se sobrepone, esa constancia que se sublima con las desgracias? Nada puede compararse con el joven genio de América durante los primeros años de la guerra á muerte, cuando los ejércitos, españoles, á semejanza de una hidra de fuego lo circundan.—Bolívar es entonces el centro de todos los odios, de todas las evoluciones enemigas y también de todas las esperanzas. Por todas partes sufre reveses y por todas partes alcanza victorias. Si pierde en Barquisimeto, es para vencer en Araure; si sucumben sus legiones en San Marcos y en La Puerta, es para salir victoriosas en Ospino y La Victoria, y en Charallave y los Pilonés, como había salido más antes en Niquitao, en Bárbula y Las Trincheras. San Mateo es la aurora de su gloria, Carabobo el iris precursor de sus triunfos. Mas por segunda vez La Puerta es la tumba de sus ejércitos.—Hay en la historia de los pueblos lugares propicios y lugares fatídicos. Cuando en el curso de la lucha vuelva por tercera vez en 1817 á ser vencido en el sitio de La Puerta, será para sellar cuatro años

más tarde la libertad de Venezuela en el glorioso campo de Carabobo.

¡Cuán prolongados los días de la gran carnicería, cuando el incendio de las pasiones se convierte en un incendio físico, y los campos se tiñen de sangre, y hay patíbulos y cadalsos! De uno á otro extremo de Venezuela cruzan los ejércitos vencedores y vencidos, despuéblanse las ciudades, arden las sabanas con fúnebre resplandor que se alimenta con carne humana, y cuelgan de los árboles las víctimas acompañadas de un solo ser viviente, el buitre; mientras que en las ciudades aparecen las picotas coronadas por las cabezas disformes de los jefes prisioneros en los combates, y las aguas ensangrentadas de los ríos conducen fragmentos humanos de las orgías nocturnas. ¡Cuánto desastre y cuánta orfandad! Todos se estremecen, todos sufren y sólo Bolívar en medio de la hornalla parece invulnerable! ¡Cuán gran figura en todos los siglos y en todas las naciones!—ha dicho un escritor chileno—. Durante sus días de grandeza americana, que se prolongan por el espacio de veinte años cumplidos, el cielo del continente está enrojecido de luces ardientes, y un estremecimiento volcánico se siente en todos sus ámbitos. Bolívar está á caballo! Por todas partes se cruzan los ejércitos! Los caminos de los *Llanos* marcan en espesas polvaredas movilizadas el avance de los jinetes, mientras que los

agrestes desfiladeros repercuten el eco de las dianas militares que anuncian el alba en todas las montañas. Los campanarios de todas las aldeas echan á los vientos los anuncios de las victorias de la tarde y de la mañana, y las ciudades populosas siembran de flores el tránsito de los que llegan en su rescate, al paso que todos los campos se blanquean con los huesos de los que han muerto en la demanda... Todos tiemblan y todos esperan. *Bolívar!* Esta palabra es el grito de salvación en el naufragio de la América, y las madres, en las noches de pavor, cuando trueña á lo lejos el cañón de la batalla, apartan sus convulsos senos del labio de los hijos para enseñarles á balbucir aquel nombre de redención: *Bolívar, El Libertador!*» (1).

¿Cómo seguirle si está en todas partes? Si abandona las ciudades, es para conquistarlas de nuevo, para entrar después en triunfo en medio de las muchedumbres que atónitas le aclaman. Si huye, es para rehacerse; si torna, es para triunfar. Cuando á fines de 1814 abandona á Caracas, después de haber agotado todos los recursos y perdido todas las esperanzas, quince mil fugitivos le acompañan. Son las familias con sus ancianos, madres y niños que huyen de las turbas salvajes de Boves, y se precipitan por los caminos escabrosos para salvarse del incendio. Sólo Bolívar marcha sereno en medio de estas esce-

(1) VICUÑA MACKENNA: *San Martín y Bolívar*.

nas de desolación y de llanto; y sólo Bolívar se salva, porque tiene destinos que cumplir y días de gloria que presenciarse. Su inspiración le acompaña y nada le arredra. Si pierde, nuevos ejércitos sacará del polvo, y cuando en dos ocasiones huya de las rivalidades de sus émulos, será para volver al frente de sus célebres expediciones de Oriente. Por tres veces en la historia de su carrera se escapará del puñal homicida, porque él debe contemplar como Moisés desde las alturas de Nebo la tierra prometida. No le tenía reservado la Providencia para morir como César, sino para extinguirse como Colón, víctima de las ingratitudes humanas.

La campaña de 1813 fué la ilusión que alentó los pueblos de Venezuela; la de 1814, la tumba en que ésta se sepulta. Cuando en 1815, después de tantos desastres, se presenta la formidable escuadra del *pacificador* Morillo, ya nadie aguardaba, y la revolución aparecía como quimera de una imaginación delirante. Morillo deja á Venezuela en paz y sigue á Nueva Granada: todo parece perdido, y durante un año el espíritu revolucionario no existe.—¿Dónde estaba Bolívar? ¿Reaparecerá sobre las playas del continente como el visionario de la fábula para robar el fuego al cielo, ó dormirá sobre los placeres de Capua en la tierra del extranjero? Cuando suena el cañón republicano en las costas de Oriente anunciando el arribo del Libertador, ya

éste había despertado á la Esparta del Nuevo Mundo (la isla de Margarita), que tremolaba el estandarte de la República; y en las llanuras del Apure las legiones de Páez traían á la memoria la época de los Titanes. Bolívar reaparece y levanta el espíritu abatido. ¿Qué le importan los ejércitos de Morillo, vencedores del coloso del siglo? ¿No ha luchado contra los ejércitos salvajes de Boves y de Morales, contra las tropas disciplinadas de Ceballos y de Cajjal? No le arredra ni el número, ni el valor, ni la disciplina: lo que desea es la lucha que debe conducirle al triunfo final. Nueva gloria es sostenerse, no ya contra las turbas, sino contra los veteranos vencedores en Bailén y en Zaragoza.

Cuando regresa Morillo de Nueva Granada, Bolívar había ya puesto en conflagración á toda Venezuela. Con la campaña de 1816 comienza la época inmortal de los grandes reveses y de los grandes triunfos. Es la época de los centauros y de los combates olímpicos, de las admirables retiradas, de las grandes sorpresas, de las defensas heroicas: es la época en que Bolívar decreta el primero en el continente americano la abolición de la esclavitud, y establece el segundo Congreso de Venezuela en la capital del Orinoco.

De esta peña de la gloria sale el rayo de la guerra que debe cruzar las llanuras y las ciudades y vencer la tempestad: es la época de 1814,

desesperada, terrible, pero con enemigos más humanos y civilizados.

En aquel caos de las pasiones sólo brilla un centro de luz y de esperanzas: es Bolívar, que con su genio domina, atrae, triunfa. «Nada es comparable—ha escrito el general español Morillo, su hábil contendor—á la incansable actividad de aquel caudillo. Su arrojo y sus talentos son sus títulos para mantenerse á la cabeza de la revolución y de la guerra; pero es cierto que tiene de su noble stirpe española, y de su educación también española, rasgos y cualidades que le hacen muy superior á cuanto le rodea. Él es la Revolución.»

Pero en la inquietud de Bolívar un solo lugar no le bastaba para realizar su legítima ambición de gloria: necesitaba multiplicarse, señorear el campo inmenso, en solicitud de nuevos horizontes.—Como el águila que domina el espacio y la tempestad, Bolívar abandona las llanuras y se remonta á las regiones andinas para saludar en medio de las nieves su estrella y buscar el fuego de los combates. Apenas instala á orillas del Orinoco el Congreso que le nombra primer presidente de la República, tramonta los Andes con un puñado de hombres. ¿Qué Italia busca ese visionario de Venezuela que no tiene las legiones de Aníbal ni los recursos de Bonaparte? Tal es la pregunta que se hacen sus te-  
nientes, asombrados de semejante audacia.

¡Cuán escabrosa aquella ascensión á los Andes! ¡Cuántas privaciones cuando el cansancio, el frío, la prolongada subida desalienta los soldados que van á luchar contra los frescos escuadrones del gallardo Barreyro! ¡Pero adelante...! A los veintidós días de marcha vence en Paya la vanguardia de Bolívar, y éste exclama:—*Lo más está hecho, pues hemos vencido la Naturaleza.*—No era esta frase inspiración del momento, sino la síntesis de prolongados años de pruebas y de decepciones. Refiere un historiador español que, durante el cataclismo de 26 de Marzo de 1812, en los momentos en que venía al suelo una gran porción de la ciudad de Caracas, Bolívar, animado de ideas filantrópicas, se presenta en el templo de San Jacinto para socorrer las víctimas. Era aquel día aniversario de la revolución de 1810, Jueves Santo. En los momentos en que se presenta Bolívar, un sacerdote español pintaba aquel suceso á la muchedumbre atemorizada como un castigo del cielo, por tanta deslealtad al monarca de España. Bolívar, indignado, hace descender de la cátedra al orador fanático, y como inspirado dirige á uno de sus antagonistas políticos que á su lado estaba la siguiente frase:—*Si la Naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca.*—Estos conceptos, al parecer sacrílegos, principiaban á ser confirmados con el triunfo de Paya, 27 de Junio de 1819.

Veinte días después triunfaba en Vargas; el 3 de Agosto abandona Barreyro sus posiciones, y el 7 vence Bolívar en Boyacá. Barreyro cae prisionero con todo su ejército; y Bogotá, abandonada por el virrey Sámano, abre en seguida sus puertas al vencedor. ¡He aquí una campaña admirable!

No se detiene, ni el entusiasmo del triunfo lo embriaga. De nuevo desciende solo la cordillera y solo se presenta en la capital del Orinoco para declarar ante el Congreso la libertad de la Nueva Granada y la fundación de Colombia, tema de todos sus deseos.—Desde este momento la revolución se hace general, y España, que desde lejos observa, atisba el momento para hacer proposiciones de paz al vencedor. El 17 de Junio de 1820 el jefe español decreta una suspensión de armas y propone al Gobierno republicano y á los jefes del ejército su sometimiento á la metrópoli bajo el Gobierno constitucional. Bolívar rechaza toda proposición que no esté basada en el reconocimiento de la República. Entonces el jefe español propone un armisticio, á lo que accede el Libertador: era un medio honroso que permitía al jefe Morillo ausentarse del teatro de la guerra, sin perder el lustre de sus servicios á la causa española. El 25 de Enero de 1820 empiezan las negociaciones; á poco se abrazan emocionados aquellos dos hombres que tanto habían luchado en el campo del deber. Aquel

armisticio era tan sólo un respiro, y antes de cumplirse el plazo estaba roto: ya Morillo había partido.

Escúchase de nuevo el cañón republicano, y los contendores comienzan el acto final de la revolución venezolana. Cuatro meses más tarde, 24 de Junio de 1821, el ejército español, al mando del general La Torre, sucumbe en el campo de Carabobo. Carabobo fué la última batalla campal que debía sellar la independencia de Venezuela.

Dejemos los restos del ejército español del centro refugiarse en los muros de Puerto Cabello, y á los tenientes de Bolívar maniobrar en las regiones de Occidente, y sigamos al genio de América en su nuevo paseo triunfal por las alturas de los Andes. ¡Con cuánta rapidez se suceden entonces los acontecimientos! Bolívar llega á Caracas á los pocos días de haberla evacuado el ejército español; apenas se detiene en ella y sale para abrir su heroica campaña del Ecuador y el Perú. Todo Sud-América es un campo de batalla. El 11 de Octubre se rinde al general Montilla la fortaleza de Cartagena; el 21 de Febrero de 1822 las avanzadas del Libertador ocupan la ciudad de Cuenca, en el centro de los Andes ecuatoriales; el 7 de Marzo vence Bolívar en Bomboná; el 22 de Abril el general Sucre en Riobamba, y el 24 de Mayo Aymerich y su ejército se rinden al pie del Pichincha. Una nue-

va capital se incorpora á los triunfos de Bolívar, la Quito, de los antiguos Incas, que lo recibe en triunfo. El 24 de Julio de 1823 es vencida en el lago de Maracaibo la escuadra española á las órdenes de Laborde, cuando todas las ciudades del Occidente de Venezuela estaban en poder del ejército republicano. El 7 de Septiembre de 1823 hace Bolívar su entrada triunfal en la capital del Perú. Dos meses después, el 7 de Noviembre, toma Páez por asalto el castillo de Puerto Cabello. No hay ya combatientes españoles en Venezuela. El 6 de Agosto de 1824 vence el Libertador en Junín, y el 9 de Diciembre todo el ejército español, y con él el virrey La Serna, son hechos prisioneros en la memorable batalla de Ayacucho, alcanzada por el general Sucre. Apenas queda un punto en toda la extensión del continente donde flamea el estandarte de Castilla: la fortaleza del Callao, que resiste con orgullo el sitio del ejército colombiano. Diez y siete meses y medio de combates constantes no la hacen ceder; mas un día llega, 22 de Enero de 1826, en que el estandarte de Colombia ondea sobre las viejas torres, anunciando la emancipación completa de la América.

Han sucumbido todos los ejércitos enemigos, se han abierto al vencedor todas las capitales, se han rendido todas las fortalezas, y los restos de los viejos veteranos de Bailén y Zaragoza han partido, y con ellos los oficiales distinguidos y

valerosos que debían figurar más tarde en las civiles guerras de España. Honor al vencedor y honor al vencido, que en esta lucha sangrienta los laureles y cipreses se confunden en honra y gloria de un mismo pueblo.

He aquí la obra imperecedera de Bolívar, el genio de América, hijo predilecto de Caracas, el descendiente de aquellos vascos ilustres del señorío de Vizcaya, que durante tres siglos dieron á Venezuela conquistadores y pacificadores, pobladores y hombres notables, que contribuyeron al desarrollo de la colonia. Al coronar la obra de sus antepasados de una manera inmortal, al realizar la independencia de América, inmortalizaba su familia y su patria é incorporaba á lo presente todo el brillo de lo pasado: había fundido dos épocas para su propia gloria.

Veámosle subir aún, no ya con la espada reudentora, sino con el ramo de oliva, para saludar desde las altas cimas de los Andes, en nombre de su gloria, el resto de América ya emancipada. Sobre las cumbres de Bolivia tomará el estandarte de Pizarro, y uniéndolo con el de Colombia simbolizará de esta manera la epopeya americana en sus dos grandes actos: la Conquista—la Libertad; timbres gloriosos de un mismo pueblo y de una misma raza.

¿Qué ha hecho? «Ha destrozado virreinos; ha borrado todas las líneas de las demarcaciones geográficas: ¡ha rehecho el mundo! Quitá su

nombre á la América y da á la parte que ha hecho suya el nombre de Colón, y más adelante decreta el suyo propio á su última conquista. Su caballo ha bebido las aguas del Orinoco, del Amazonas y del Plata, las tres grandes fronteras que dió la creación al Nuevo Mundo. Pero él las ha suprimido en nombre de la gloria, esta segunda creación de la Omnipotencia» (1).

He aquí el más grande de los descendientes vascos en ambos mundos.

Entre las familias de origen vascongado que hay en Venezuela la más antigua parece ser la de Bolívar (1588). En la lista de patronímicos vascos con sus significados, que á continuación insertamos, se encuentran algunos que datan de los siglos XVI y XVII y muchos del siglo XVIII, en los días de la Compañía Guipuzcoana, 1730 á 1780; otros pocos pertenecen á la primera mitad del siglo actual. Al publicar esta lista debemos dar nuestras más cordiales gracias al señor D. J. M. Echeverría, vicedónsul de la nación española en Puerto Cabello, quien ha tenido la cortesía de corregir y ensanchar la lista que sometimos á su examen. Conocedor profundo de su idioma nativo, el *éuskaro*, ninguno como él para proporcionarnos la satisfacción de embellecer estas páginas con la traducción de un gran número de patronímicos vascos, pertenecientes á familias venezolanas.

(1) VICUÑA MACKENNA: *San Martín y Bolívar*.

Ojalá nos hubiera sido posible publicar la nota exacta de todos los apellidos de origen vasco que se encuentran en Venezuela; pero un trabajo semejante necesita de tiempo, pues no hay lugar de la República donde no se tropiece con alguno de aquéllos.

Los patronímicos que llevan un \* indican nombres de lugares en alguna de las tres provincias Vascongadas, y sólo el de Bolívar se encuentra al mismo tiempo en Vizcaya, Guipúzcoa y Álava.

Llama la atención en la lista que publicamos el origen vasco de muchos de los compañeros de Bolívar en la guerra magna, como Arismendi, Urdaneta, Anzoátegui, Ibarra, Ustáriz, Lecumberri, Arguindegui, Aramendi, Iribarren, etcétera, etc.

<i>Patronímicos.</i>	<i>Significados en español.</i>
AGUERREVERE ó Auerreverre . . . . .	Quemar eso arriba también.
* AGUIRRE ó Auerre . . . . .	Quemar eso.
ALBIZU ó Albezu . . . . .	Si le es posible.
ALTUNA . . . . .	Lo posible.
ALUSTIZA . . . . .	Parece que es así.
ALZURU (corrupción de Aitzburu) . . . . .	Cabeza de peña.
AMIAMA ó Armiamama . . . . .	Araña.
AMUNDARAI (contracción de Amaondara) . . . . .	Al lado de la madre.
ANZOATEGUI ó Aunzategui	Lugar de las cabras.

<i>Patronímicos.</i>	<i>Significados en español.</i>
* ANZOLA (corrupción de Anzuela).....	Que tenían allá.
ARAMBARRI.....	Ciruelo nuevo.
ARAMBURU.....	Cabeza de ciruelo.
ARAMENDI.. .. .	He allí el monte.
ARANGUREN.....	Antojadizo de ciruelas.
ARANZADI.....	Lugar de abrojos.
ARANZAMENDI.. .. .	Monte de espina (espinar).
ARANZAZU.....	Tú en las zarzas (1).
ARBIDE.....	Camino de piedra.
ARGUINDEGUI ó Argiende- gui.....	Hágase la luz.
ARISMENDI.....	Monte de robles.
ARISTEGUIETA.....	Lugar de robles.
ARIZA.....	Roble.
* AROSTEGUI.....	Carpintería.
ARRAMEIDE ó Arraibide...	Camino del pescado.
ARRECHEDERA.....	He ahí casa hermosa.
* ARREGUI.....	Paraje de gusanos.
* ARRIECHE.....	Casa de piedras.
ARRIETA.....	A las piedras.
ARRIAGA .....	Pedregal.
ARRILLAGA—(de Arriaga)..	
ARROBARRENA.....	Fanfarrón para adentro.
ARTEAGA... .. .	Rama de encina.
ASCUNE.....	Tiene mucho.
AURRECOECHEA.....	Casa delantera (casa de enfrente).

(1) Cuentan en la provincia de Guipúzcoa que *Aranzazu* (tú en las zarzas) fué la exclamación que profirió un pastor, á quien se le apareció la Virgen en las zarzas de un cerro que lleva el nombre de Aranzazu, con supresión de la *n*.

*Patronímicos.**Significados en español.*

* AZPARREN .....	Mediante la hermana.
BARACIARTE.....	Entre la huerta.
BARRENECHEA.....	Casa de adentro.
* BERRÍO.....	De nuevo.
BERRIZBEITIA.....	Otra vez abajo.
BERROTERÁN (Berraterán).	¿Si será el mismo?
BETESAGASTI.....	Siempre manzanal.
BOLIVAR.....	PRADERA DEL MOLINO
CEGARRA.....	¡Que llama!
COSGAYA.....	¡Qué proyecto!
CHAPELLÍN.....	Fabrica sombreros.
ECHEANDÍA.....	Casa grande.
ECHEAZU.....	A tu casa.
ECHEGARAI.....	Galán de la casa.
ECHEGARRETA.....	Casa á las llamas.
ECHENAGUCIA.....	Año de casa.
ECHENIQUE.....	No tengo casa.
* ECHEZURÍA.....	Casa blanca.
* ECHEVERRÍA.....	Casa nueva.
EGUL.....	Verdad.
EGUZQUIZA.....	Debajo del sol.
ELITZECHEA.....	Casa de la iglesia.
ELIZALDE ó Eleizalde.....	Hacia ó cerca de la iglesia.
ELIZONDO.....	Junto á la iglesia.
ERAZO.....	Bebed.
ERROTEVEREA.....	Propietario del molino.
ESCURRA.....	Bellota.
ESCUTÉ.....	Escondido.
ESPELOSÍN.....	Hecho de astillas.
ESQUIAGA.....	No es humo de palo.
GALARRAGA.....	Palo ó vara.
GARAICOECHEA.....	Casa de la victoria.
GARMENDIA (Garramen- dian).....	Llama en el monte.

<i>Patronimicos.</i>	<i>Significados en español.</i>
GASTELOARENA.....	Del castillo.
GAVARAIN (Gavaorain)...	Es de noche ahora.
GOENAGA.....	Estoy arriba.
GOGORZA.....	Rigor.
* GOICOECHEA.....	Casa de arriba.
GOITICOA.....	El de arriba.
GORI (Gorri).....	Colorado.
GORROCHATEGUI.....	Lugar para casa de sordos.
GORRONDONA.....	Lo mejor es ser sordo.
GURUCIAGA.....	Cruz de palo.
HERREQUENA.....	Del riachuelo.
* IBARRA.....	Valle.
IBARROLABURU (contrac- ción de Ibarra— <i>co-ola- ren-buru</i> ).....	Jefe de la ferrería del valle
ILLARRAMENDI.....	Monte de las arvejas.
INSAUSTI.....	Nogal.
INSUZARRI.....	Hágase con frecuencia.
IRADI.....	Tu pariente.
IRAEGUI.....	Verdadera ciudad.
* IRIARTE.....	Hasta la ciudad.
IRIBARREN ó Uribarren. ..	Urbano.
* IRIGOYEN ó Urigoyen...	Ciudad de arriba.
ISAVA.....	Tía.
ISTURIS ó Ish.....	
ITURBE (por Iturrigabe)...	Sin fuente.
ITURBIDE.....	Camino de la fuente.
* ITURRALDE.....	Hacia la fuente.
IZTUETA.....	Y tiene palabra.
JÁUREGUI ó Jáunegui.....	Demasiado señor.
* LANDA.....	Heredad.
LANDAETA.....	A las heredades.
* LARRAIN.....	De las zarzas.
LARRALDE.....	Hacia la zarza.

*Patronímicos.**Significados en español.*

LARRAISCAIN.....	Oferta de zarza.
LARRAZÁBAL.....	Zarza ancha.
* LECUMBERRI ó Lecuberri.	Lugar nuevo.
LEGUNA.....	Buen lugar.
LEGÓRBURU.....	Cabeza seca.
LEIZIAGA.....	Casa de Leiza.
LIZARRAGA.....	Rama de fresno.
LOINAZ.....	Soñoliento.
* MADARIAGA.....	
MARTIARENA.....	De Martín.
MENDÍA.....	Monte.
MENDIRI.....	Al monte.
* MICHELENA.....	De Miguel.
MIQUELARENA.....	De Micaela.
* MUJICA (Muxica).....	Durazno.
OLAECHEA.....	Casa de madera.
OLAISOLA.....	Así es la palabra.
* OLAVARRÍA.....	Tabla nueva ó ferrería nueva.
ORTIZ (Ortie).....	De ahí.
* OTAMENDI.....	Monte de ágroma.
* OYARZÁBAL ú Oyazábal.	Cama ancha.
SAGARZAZU.....	Toma la manzana.
SALABERRÍA.....	Sala nueva.
SARRÍA (contracción de Suarria).....	Pedernal.
SISTIAGA.....	
SORAZÁBAL.....	Herencia ancha.
SORONDO.....	Junto á la herencia.
* UCELAY—Urcelay.....	Pradera con agua.
UGARTE.....	<b>Isla.</b>
UNDA—Nundal.....	¿Dónde está?
URBINA.....	De dos aguas.
URDÁNETA.....	En todas las aguas.

*Patronimicos.**Significados en español.*

* URIARTE.....	Hasta la ciudad.
* URIBE (por Urigabe)....	Sin agua.
UROSA.....	Agua fría.
URRECHEAGA.....	Casa de avellanos.
URRISTAZU.....	Agua de mar.
* URROZ (Uroz).....	Agua fría.
URRUTIA.....	Lejano.
* UZCÁTEGUI.....	Lugar en que se niega.
* UZTÁRITZ.....	Abundancia de yugos.
VEITÍA.....	Abajo.
VERACOECHEA.....	Casa de abajo.
VIZCARRONDO.....	Junto al hombro.
ZABALA.....	Ancho.
ZABALETA.....	Y es ancho.
* ZALDÚA.....	Vendido.
ZÁRRAGA.....	Palo viejo.
ZUBIBURU.....	Cabeza de puente.
ZUBILLAGA.....	Puente de ramas.
* ZULOAGA.....	Huevo de la rama.
ZULOETA.....	A los agujeros.
* ZUMETA.....	Al lugar de mimbres.

¿Adónde seguirá este Bolívar, Conquistador, Libertador; este mortal afortunado, que corona é ilustra con grandes hechos la historia de tres siglos? Veámosle ahora descender; que no hay sol sin ocaso ni gloria sin infortunio. El torbellino de las pasiones va á envolverlo, y aquella alma templada por las desgracias va á encontrarse á merced de todos los vientos. Dejémosle descender en solicitud de la roca solitaria, donde el mar tiene para los grandes infortunios ecos

y notas de consuelo. No irá como Alejandro en solicitud de Babilonia, para decretarse en medio de la crápula ser hijo de Júpiter, ni confiado como César irá al Senado romano, donde le aguarda el puñal de Bruto, ni como Napoleón pisará el bajel enemigo que debe conducirlo á la roca de Prometeo. No: él irá como el peregrino á quien sorprende el huracán, y que perseguido por la onda vertiginosa, no encuentra sitio seguro ni reposo á sus fatigas, y empujado por la gavilla de los vientos alcanza la playa para exhalar en ésta su último suspiro.

¿Qué quedaba en el continente americano después de haber salido el último soldado español? Quedaba una civilización incompleta, defectuosa, es verdad; pero con la savia que debía nutrirla y desarrollarla en el porvenir: quedaban las ciudades y pueblos fundados por España durante tres siglos; quedaba la riqueza y el campo libre para las especulaciones del comercio; quedaba la hidalguía castellana y el amor á lo grande en el corazón americano, y el valor heroico y la constancia, patrimonio de nuestros mayores, probados en los desastres y victorias del campo de batalla; quedaban las hordas indígenas, civilizadas por aquellos misioneros que triunfaron con su mansedumbre y constancia é hicieron lo que no habían podido realizar las

armas castellanas; quedaban los trabajos científicos de los exploradores españoles, que debían servir de sólida base á las lucubraciones de Humboldt y de la ciencia moderna; quedaba la bondad de los pueblos, que no es virtud adquirida en un momento, sino rica herencia de lo pasado; quedaban los hombres ilustres, educados al calor de la Colonia, y el hogar y la familia; quedaban con todas sus virtudes, como timbres gloriosos de la conquista castellana.

No eran pueblos esclavos que se emancipaban ni una escisión violenta de la familia, sino la emancipación natural de una porción de ésta, que con ideas más avanzadas quería constituirse y entrar en el número de las naciones, en obediencia á la ley del progreso. De un pueblo de esclavos no salen los hombres de la revolución de 1810 á 1830, ni los ingenios que figuraron al frente de nuestros comicios y asambleas, ni los adalides que lucharon y vencieron en los campos de batalla. Ni el odio ni la venganza debían interponerse entre España y América, sino el Océano, límite natural entre dos pueblos que conservan para uno y otro mundo iguales tradiciones, lenguaje, costumbres y comunes glorias. Lo que España había realizado en el siglo xv lo completaban sus descendientes en el siglo xix; elocuente corolario de aquella época inmortal. La familia era la misma, pero en regiones distintas. Para el equilibrio del mundo

era necesario que España perdiera sus colonias, sin dejar por esto de ser grande, que no necesitaba ella de América para conservar ante la historia su antiguo poderío y sus anales de siglos. Había hecho por América cuanto había podido hacer en una época general de oscurantismo, llena de trabas y de ideas supersticiosas, en que el espíritu vivió encadenado porque aun no había aparecido el elemento regenerador que debía cambiar por completo la faz de la civilización universal.

Grande gloria para España la conquista de América; mucho más grande todavía la emancipación de América. No es el extranjero quien le arranca sus dominios, sino sus descendientes, que noble y heroicamente los conquistan. Por esto, Bolívar, el genio de América, es también gloria de España. Al calor de la Colonia se desarrolló su espíritu, y al calor de la Colonia trabajaron sus progenitores. Su aparición en los campos de la idea no es un incidente del momento, sino una de esas síntesis brillantes de la historia en sus evoluciones necesarias y armónicas.

Bolívar es también gloria de España. Mengua hubiera sido entregarse al extranjero, á nuevos invasores que hubieran ahogado el trabajo de tres siglos, haciendo desaparecer raza, costumbres, lenguaje y tradiciones. Pertenece á América continuar la obra y conservar la historia de

la familia. Cuando en América espíritus todavía apasionados recuerdan la historia de la Colonia, para pintarla como una época de abyección y de oprobio, olvidan que en el progreso humano no es sólo el deseo la fuerza que empuja, sino el curso de las revoluciones que abre siempre al espíritu humano nuevos cauces de conquista; y cuando en España espíritus intransigentes tachan nuestra emancipación política como un acto de rebeldía, olvidan que los pueblos no son inertes como la roca, y que ellos tienen destinos que realizar y ambiciones y necesidades que satisfacer.

Bolívar es también gloria de España. Cuando en nuestras fiestas cívicas hemos visto la España oficial; cuando en el aniversario de Bolívar en 1872 hemos contemplado unidas las banderas de Castilla y Venezuela, y á los hijos de España hermanados con los hijos de los libertadores de América, hemos comprendido en tal grupo la unión de dos épocas: dos naciones de iguales aspiraciones que se estrechan animadas de un mismo pensamiento: la familia, el progreso. Si grande es la gloria que refleja España sobre América en los días de la conquista, á su turno América refleja también sus glorias sobre la antigua madre; y con el orgullo de raza y con la justicia de la historia, ella y nosotros podremos siempre decir:—Bolívar, el genio del Nuevo Mundo, es también gloria de España.

Al impulso de dos impresiones hemos escrito estas páginas: un tributo de reconocimiento y de admiración al Grande Hombre cuyos hechos vivirán eternamente en la historia de América: un homenaje á las pasadas glorias de España, que sembró en remotas épocas los gérmenes de una civilización fecunda y ve hoy prosperar sus colonias como naciones independientes que ni reniegan de su origen ni han perdido las nobles virtudes de sus progenitores.

Al unir nuestros comunes esfuerzos en el desarrollo del progreso humano; al conservar puro este idioma con el cual se comunica con España el espíritu de sus hijos; al sostener la idea democrática como elemento de vida para ambos pueblos, no hacemos sino estrechar nuestros vínculos naturales. América en España y España en América: he aquí nuestro encargo histórico y literario para poder conservar en ambos mundos la unidad de familia, glorias comunes, el espíritu de dos grandes pueblos, unidos para siempre en las nobles conquistas de la civilización moderna.



## II

CARACAS FUÉ UN CONVENTO



Nos llama la atención la diversidad de caracteres que distinguieron á los preladados de Venezuela desde los más remotos tiempos, desde Bastidas en 1536, hasta nuestros días. Entre ellos figuran varones eximios por sus virtudes, caracteres intolerantes y díscolos, espíritus progresistas y benévolos, corazones nacidos para el amor y la caridad, verdaderos apóstoles del Evangelio en la tierra venezolana; cada uno en obediencia á la educación que habia recibido, á la índole de su naturaleza y al influjo de la época en que figuró. Si Bastidas, joven inexperto, lleno de nobles sentimientos respecto de la iglesia venezolana, se deja arrastrar por las influencias contagiosas de los conquistadores, y favorece la esclavitud del indígena, sus sucesores, fray Pedro de Agresa y fray Antonio de Alcega, representan las más empinadas cumbres del ministerio apostólico. Tan santos varones abrieron, así puede asegurarse, el camino fructífero de la enseñanza y de la práctica de la virtud en los primeros pueblos que fundara entre nosotros el conquistador castellano. Fray Juan de Bohorques fué el iniciador de aquella lucha

secular que conoce la historia de Venezuela con el nombre de *Competencias*, y hombre indigno del sublime encargo de que había sido revestido. Había nacido no para llevar el báculo del apóstol y sí el alfanje de los conquistadores. Mauro de Tovar fué un espíritu intransigente, voluntarioso y aun déspota, pero sumiso ante sus deberes religiosos y hasta humilde en su asistencia á los necesitados. Contagiado por la epidemia de su época, las *Competencias*, é imbuído de las máximas de Hildebrando, según asienta el historiador Yanes, quiso dar á su autoridad tal preeminencia y extensión, que exigía que el poder civil le estuviese subordinado, propasándose á conocer y juzgar de la conducta y hechos domésticos de las familias, so pretexto de pecaminosos. Eran estos errores hijos de su carácter y de su tiempo, antes que de su corazón. En las épocas de lucha social, de conquistas armadas, los caracteres más humildes se convierten en solemnes tiranuelos.

Fray Antonio González de Acuña y don Diego de Baños y Sotomayor fueron apóstoles de progreso, y con ellos don Juan José de Escalona y Calatayud, corazón caritativo y espíritu ilustrado. Celosos defensores de la disciplina eclesiástica, creadores, reformadores, siempre dispuestos al ensanche de cuanto redundara en beneficio de la instrucción eclesiástica; estos y otros varones del apostolado venezolano de las pa-

sadas épocas, sembraron buena semilla é hicieron cuanto estuvo al alcance de sus facultades.

Mas al llegar á los días en que figuraron los últimos prelados de quienes acabamos de hablar, un carácter, que parece que desconocieron nuestros historiadores modernos, nos llama la atención: nos referimos al obispo don Diego Antonio Díez Madroño, que figuró desde 1757 hasta 1769. Los cronistas venezolanos nos lo presentan como protector de las fábricas del Seminario y del templo de los Lázaros, y creador de los ejercicios espirituales llamados de San Ignacio, que practican los escolares de la actual Escuela Episcopal; pero esto es nada ante la constancia de este reformador de costumbres, de este innovador religioso, monomaniaco pacífico, que supo transformar á Caracas, durante los doce años de su apostolado, en un convento en el cual sólo faltó que los moradores de la capital vistieran todos el hábito talar.

Ninguno de los obispos y arzobispos de Venezuela ha dejado en nuestra historia eclesiástica una estela más prolongada; y todavía, después de ciento veintidós años que han pasado desde el día de su fallecimiento, todavía perdura algo de su obra, á pesar de las revoluciones que han conmovido la sociedad caraqueña. Con su voluntad inquebrantable, con sus edictos, con su constancia supo imponerse y cortar de

raíz hábitos inveterados por la acción del tiempo. ¡Y coincidencia admirable! La época de este prelado que hizo de Caracas un convento, es la misma en que figuró como gobernador el general Solano, espíritu recto, liberal, que puso á raya á los nobles y mantuanos de Caracas, sabiendo, desde su llegada, emanciparse de toda influencia española ó americana, pues obraba con conciencia propia, ayudado de un criterio tan justo como ilustrado: así, y sólo así, pudo acabar con el contrabando, ensanchar la ciudad, vencer á los caciques tenaces del Alto Orinoco, y dejar su nombre bien puesto en los anales de la patria venezolana.

Quiso el obispo salvarse del influjo pernicioso de las *Competencias*, y aliándose con el gobernador, salvó el escollo como pudo, y obró con su leal saber y entender en la educación del rebaño caraqueño. A los pocos días de su llegada á la capital, conoció la índole de sus moradores, y puso por obra cuanto le sugirió su pensamiento. ¿Qué hizo durante su pontificado? Comprendió que la ciudad necesitaba de una patrona que llevase nombre indígena y creó á Nuestra Señora Mariana de Caracas; y desde entonces llamóse á Caracas *la ciudad Mariana*; vió que las calles y esquinas no tenían sino nombres de referencia, y bautizó calles y esquinas con nombre del martirologio, é hizo excavar nichos en algunas paredes, para colocar

imágenes, é impuso á todas las familias del poblado á que fijaran sobre la puerta interior del zaguán la imagen del patrón ó la patrona de la casa. Encontró que el pueblo de Caracas era partidario de bailes antiguos, conocidos con los nombres de la zapa, el zambito, la murranga, el dengue, etc., etc., y con un edicto los enterró. Quiso el prelado levantar el censo de la capital, y sin necesidad del poder civil, y con sus curas y monigotes, formó el padrón de la capital, sabiendo á poco el número de habitantes de cada casa, edades, condiciones, nacionalidad, y sobre todo, los que se habían confesado y comulgado. Un incidente inesperado, el fuerte sacudimiento de la tierra, en Octubre de 1776, lo pone en la vía de exaltar el culto á la Virgen de las Mercedes, patrona de la ciudad y de las arboledas de cacao, y la hace reconocer también como abogada de los terremotos. En conocimiento de que la mayor parte de las propiedades agrícolas vecinas de Caracas carecían de oratorios, concede la licencia necesaria, y á poco se rezaba la misa en todas estas capillas privadas. Excita á la población, tanto de la capital como de los campos, á que rezaran la oración del rosario diariamente, y no quedó familia ni repartimiento que no lo hiciera en congregación antes de acostarse. Quiso que la imagen de la Virgen del Rosario se viera con frecuencia en las calles de Caracas, y estableció que la procesión saliese de cada parroquia cada

siete días. Y para sostener la fe, hizo que se representara en los teatricos ambulantes loas y autos de fe en gloria de la Virgen celestial, con preferencia á sainetes necios y ridículos. Por supuesto, que los sexos debían estar separados en estas reuniones de carácter popular. Protegió las cofradías, las procesiones, el culto á la Copacabana, y se recreó en la contemplación de su obra. Finalmente, quiso acabar con el juego del Carnaval, y lo sustituyó con el rezo del rosario, en procesiones vespertinas, durante los tres días de la fiesta carnavalesca.

¿Qué consiguió el prelado con todo esto? Fundó la estadística, que no se conocía; levantó los cimientos del alumbrado público, costeado por los dueños de casas, favorecedores del culto católico, y sin que las rentas gastaran un centavo; acabó con el zambito, la zapa y bailes livianos; enterró, durante once años, el juego del Carnaval; impuso á toda familia el rezo diario del rosario; acostumbró á los niños y criados á que gastaran sus economías favoreciendo las procesiones nocturnas de cada parroquia, y puso, finalmente, nombre á todas las calles y esquinas de la Caracas de antaño.

La capital fundada por Losada se había convertido en un hermoso convento, como vamos á probarlo.

## LA CARACAS DE ANTAÑO

Nada más curioso en las pasadas épocas de esta capital, *Santiago de León de Caracas*, que las numerosas fiestas religiosas que, durante el año, tenían divertidos á sus moradores. Con fiestas y octavarios comenzaba Enero, y con fiestas y aguinaldos remataba Diciembre, sin que hubiera tiempo al descanso; que la sociedad caraqueña, en su totalidad, no tenía en mientes otra materia, como elemento de vida, que las fiestas en los templos y las procesiones en las calles, con el objeto de celebrar el día de alguna Virgen, ó el de algún patrono de la capital.

Quince templos tenía Caracas á mediados del último siglo, á los cuales pertenecían algunas capillas contiguas, y cerca de cuarenta cofradías y hermandades religiosas que, entre otras, llevaron los nombres de *Dolores*, *San Pedro*, *Las Animas*, *San Juan Nepomuceno*, *Los Trinitarios*, *Los Remedios*, *San Juan Evangelista*, *Jesús Na-*

*zareno, Santísimo Sacramento, Las Mercedes, El Carmen, Santa Rosalía, La Guía, La Caridad, El Socorro y Candelaria*, todas compuestas de libres y de esclavos, á manera de sociedades religiosas encargadas del culto de alguna imagen ó de la fábrica de algún templo, y dedicadas al servicio de las cosas divinas. Y como cada una de ellas, según su reglamento, vestía de una manera igual en la forma, aunque distinta en los colores, sucedía que, reunidas todas en días solemnes, daban á la población un aspecto carnavalesco, aunque se presentaban silenciosas y recatadas. Aceptaron unas el color azul, el blanco otras; y las había también con hábitos color de púrpura, morados, negros y marrones. Ya llevaban al cuello cintas de colores, ya escapularios bordados sobre el pecho, ya, finalmente, escuditos de plata ú oro en las mangas, pues era de necesidad que cada una cargase un distintivo; desde luego que todos los hermanos tenían de común el andar con la cabeza descubierta y con una bujía de cera en la mano.

Si á la pluralidad de las cofradías y hermandades se agregan los frailes de los conventos, con hábitos de color azul, blanco, y blanco y negro, se comprenderá que una fiesta religiosa de los pasados tiempos de Caracas, acompañada de las cruces y guiones de cada hermandad, y de las cruces de la Metropolitana y de las parroquias, debía aparecer como un mosaico de

múltiples colores. En los días solemnes, como los de Corpus Cristi, Jueves Santo, Santiago, etcétera, etc., y también en el entierro de algún magnate español ó caraqueño, veíanse reunidas todas estas Corporaciones, haciendo séquito al Ayuntamiento, Gobernación y Audiencia, pues en tales casos hacía gala cada Cuerpo é individuo del rango que representaba en la esfera política ó religiosa; de su riqueza y posición social; ó, finalmente, de la vanidad con que quería aparecer inflado, hueco ó sólido, según los méritos que suponía tener ó los que le concedieran sus semejantes.

Sólo una de las hermandades tenía el privilegio exclusivo de pedir limosna el día en que la justicia humana decretaba la muerte de algún criminal: era la de *Dolores*, la cual, horas antes de la ejecución, recorría las calles llevando un crucifijo y un plato, é iba de casa en casa recitando el siguiente estribillo: *Hagan bien para hacer bien por el alma del que van á ajusticiar*. A poco se escuchaban cuatro ó más tiros de fusil en la plaza de la Metropolitana ó en la de San Jacinto, y los dobles de las campanas de los templos. Con el producto de la limosna conseguida se pagaban los gastos del entierro, las misas que por el alma del ajusticiado debían rezarse, el regalillo á la pobre familia del reo y algo para los hermanos de la cofradía, pues la justicia entra siempre por casa.

Las cofradías y hermandades vivían por lo general de las economías que cada una guardaba, y también de la limosna pública, la cual se solicitaba de varios modos. Por lo común, en los días solemnes, á la puerta de los templos, donde cada hermandad tenía mesa cubierta de riquísima carpeta, en la cual sobresalía una bandeja de plata, de plomo ó de latón. Era esta operación una especie de peaje forzado, donde la concurrencia que entraba y salía del templo se veía asediada por la tropa de pedigüenos y limosneros. Y ocasiones hubo en que las diversas cofradías se disputaron la limosna de algún personaje extranjero que, atolondrado por una lluvia de gritos donde se percibían:—*para el Santísimo, para las Animas benditas, para la cofradía de los Dolores, para la fábrica del templo, etcétera, etc.*,—no sabiendo qué hacer, procuraba salvarse de aquel ataque inusitado.

La costumbre de pedir limosna tenía sus días clásicos y era siempre de carácter doméstico, puesto que no podía pasar de las puertas de cada templo; mientras que había otra, de carácter público, que se extendía hasta las últimas chozas del poblado. Queremos hablar de la compañía de santeros, delegados de las comunidades y cofradías. Eran aquéllos, por lo general, hombres ancianos, cuyo encargo se limitaba á recoger limosna, para lo cual llevaban, como divisa de su oficio, una imagen en pintura ó es-

cultura, exornada de flores naturales; una cesta ó *macuto* que pendía del brazo, y algunos rosarios, reliquias, escapularios, novenas y otros objetos religiosos que vendían á los fieles.

Con tal industria ganaban los santeros su vida, pues además de la limosna en dinero efectivo, llenábase el *macuto* á cada instante de efectos comestibles. La visita diaria de estos comerciantes religiosos al mercado público era un hecho curioso; si por una parte los compradores depositaban en manos del santero el centavo de la limosna, después de arrodillarse y de besar la imagen, por la otra, los vendedores depositaban en el prolongado cestillo huevos y verduras, pan y fritadas, que pagaba el santero con sonrisas, y también con el permiso de besar la imagen del santo ó virgen que le servía de pasaporte para llamar á todas las puertas y recibir limosna de todos los fieles.

Desde el día de la Circuncisión de Jesucristo, al comenzar el año, hasta el de la Natividad, que lo remataba; y desde el Viernes de las Llagas, primero que anunciaba la Cuaresma en el templo de San Francisco, hasta el del Concilio, en que por la tarde subía el Nazareno de San Jacinto, en peregrinación, á la colina del Calvario, y por la noche la Dolorosa de Altigracia, hasta el Domingo de Resurrección, en que remataba la pasión, Caracas vivía en estado de vértigo. Aderezábanse las señoras de pie á cabeza,

ostentando las más ricas joyas; llevaban las matronas su cola de esclavas; acompañaban las autoridades las principales procesiones, y gala hacían los batallones de sus limpias armas y bellos uniformes, en tanto que la primera autoridad de la colonia, repleta de vanidades y de ignorancia, atraía la mirada contemplativa de los necios que en una sonrisa ó en un saludo encontraban la suprema dicha.

Una de las fiestas que más entretenían á los caraqueños, durante la época colonial, era la dedicada á la *Venta de las bulas*, la cual se efectuaba cada dos años, en la Metropolitana.

Lo que en los días de las Cruzadas llamóse *Bula de la Santa Cruzada*, fué cierta indulgencia ó gracia concedida por el Sumo Pontífice á los que se aprestaban en la conquista de la Tierra Santa. Con el producto de la venta se contribuía á los gastos de la conquista, patrocinada no sólo por los que en ella figuraban, sino igualmente por toda la cristiandad. Pero tan luego como cesó el espíritu de conquista y remató la guerra de las Cruzadas, el Gobierno de España, después de emprender la destrucción de los moros y la civilización de los indios, hubo de obtener del Gobierno de Roma el permiso de continuar con la venta de las bulas de la *Santa Cruzada* contra los nuevos infieles, á la cual se agregaron la de los vivos, la *de composición*,

la de *lacticinios* y la de los *muertos*, que proporcionaron al Gobierno de España durante tres siglos cuantiosa renta. Cambió así la primitiva idea, con mayor beneficio, pues en la venta de las bulas había jerarquía de precios, desde dos reales hasta veinte pesos; y como las concesiones que dispensaba cada una de aquéllas debían de estar de acuerdo con la renta y posición social del comprador, sucedía que había orgullo en los ricos y pudientes en adquirir las más costosas; que en ellos obraba la vanidad como el principal aliciente.

Por la bula de la *Santa Cruzada* llamada de *vivos*, que compraba todo el mundo, se conseguían admirables gracias, entre otras la de ser absuelto de toda especie de crímenes; y por la de *lacticinios* obtenían los clérigos licencia para comer cada uno á sus anchas durante los días de ayuno. Por la llamada de *composición* quedaban favorecidos aquellos que poseían bienes pertenecientes á la iglesia, por obras pías, ó dueños ignorados. Si las bulas de *vivos* y *muertos* favorecían á los necios y pobres de espíritu, la de *composición* era el triunfo de los ladrones, usurpadores y avaros.

De todas estas supercherías, de cuya renta disfrutaba el Gobierno español, la bula de los *muertos* nos llama la atención. Un viajero francés que visitó á Caracas, al comenzar el siglo, después de hablarnos de las diversas bulas que

se vendían en la capital, nos dice, respecto de la de los *muertos*, lo siguiente:

«Es una especie de boleta de entrada al paraíso, pues haciéndonos salvar el fuego devorador del purgatorio, nos conduce directamente á la mansión de los escogidos; pero es necesario advertir que una de ellas no puede servir sino para una alma. Así, desde el instante en que un español expira, sus parientes ocurren á la casa del tesorero por una bula de *muertos*, sobre la cual se inscribe el nombre del difunto. Si la familia de éste no puede obtenerla por carecer de recursos, entonces dos ó más miembros de ella solicitan en la ciudad limosna con que comprarla, y en el caso de no poder obtenerla, lloran públicamente y dan gritos escandalosos, con los cuales manifiestan, si poco la pena que les causa la partida del pariente, mucho el que éste no haya ido provisto de un pasaporte tan esencial.

»La virtud de esta bula no se limita á salvar el alma del purgatorio: tiene el poder de emanciparla de las llamas, donde se blanqueaba, á semejanza del amianto en el fuego; más aún, puede designar el alma que quiera salvar. Basta inscribir sobre la bula el nombre de la persona cuyo cuerpo abandonó el alma, para que al instante las puertas del paraíso se abran para ésta. Por de contado que es de necesidad una bula para cada alma, pudiendo obtenerse cuantas bulas se necesiten, con tal que sean pagadas.

Con piedad y riquezas es, por lo tanto, muy fácil vaciar el purgatorio, que no permanecerá por mucho tiempo solitario, porque la muerte, incansable, remueve á cada instante los habitantes» (1).

La fiesta de las bulas tenía efecto en algunas ciudades de la América española en el día de San Juan, y en otras, en el día de San Miguel. Caracas pertenecía al primer grupo. Desde el amanecer todos los caraqueños se aprestaban á celebrar la solemne procesión, que comenzaba en el templo de las Monjas Concepciones y remataba en la Metropolitana. Al sonar las nueve de la mañana, las autoridades civiles y eclesiásticas, acompañadas del pueblo, salían de la plaza Mayor y se dirigían á la capilla de las Concepciones, donde se tomaban los paquetes de bulas que procesionalmente eran conducidos á la nave central de la Metropolitana, donde los colocaban sobre mesa ricamente vestida. Por razones de conveniencia no asistía á estas fiestas el prelado, pues hubiera estorbado al canónigo, comisario de la *Santa Cruzada*, que ocupaba el puesto de honor y presidía la ceremonia, que consistía en gran misa acompañada de sermón. Concluida ésta, comenzaba la venta de las bulas, tomando cada comprador la que cuadrara á su riqueza, posición social y nombradía, teniendo

(1) DEPONS: *Voyage à la partie orientale de la Terre-Ferme*, tres volúmenes, París, 1806.

todas ellas, se entiende, después de pagadas, la misma virtud.

Pero, no se crea por esto que en la Caracas llena de procesiones durante el año la humildad estaba á la altura de la devoción. No; que las autoridades civil y eclesiástica vivían como perros y gatos, queriendo cada una aplastar á la otra, pues en cuestiones de autoridad, fueros, prerrogativas y *el yo*, primero que todo, ninguna familia humana es más recalcitrante que la española y sus nietecitos de ambos mundos. Las autoridades civil y eclesiástica de Caracas, después de bombardearse con metrallas de insultos y de cometer sandeces y tonterías, acudían al rey acusándose como pupilos de escuela. Por esto dijo un monarca de allende los mares, al ocuparse en cierto día en la resolución de una de tantas necedades, que *«no tenía ya tiempo ni paciencia para resolver las tonterías y disputas entre las autoridades de Caracas»*.

La vanidad religiosa, que consistía en favorecer la fábrica de los templos, en asistir á las procesiones, tenía su complemento en los entierros y en el recibimiento del Viático en la casa de los ricos. En una capital donde no existían las carretas de la industria, que no comenzaron sino en 1778, donde no figuró el teatro, que no surgió sino en 1784; donde no había alumbrado público, el cual apareció casi al rematar el siglo, 1797, y donde las únicas diversiones consistían

en los juegos de toros y cañas y en el de pelota, en los templos y procesiones, en los entierros y bautizos, debía buscarse solaz al espíritu y entretenimiento social.

Notables aparecieron siempre los entierros de los magnates de Caracas, no sólo por las posas que hacían en cada cuadra, sino igualmente por la asistencia de todas las cofradías, cruces de las parroquias y los empleados y Corporaciones, desde el último alguacil hasta el capitán general gobernador. El espíritu venezolano no podía desarrollarse sin el aliciente de las procesiones.

No existía en Caracas, para aquel entonces, ninguna agencia funeraria, siendo peculiar de las cofradías correr con los entierros, alquilando cada una lo que tenía; y como no había coches mortuorios, los cadáveres se cargaban sobre andas. Cada cofradía tenía ataúdes para ricos y pobres, consistiendo los primeros en urnas abiertas, de graciosa forma, con esculturas doradas, semejantes á las que sirven hoy para el entierro de los canónigos y obispos. El cadáver iba descubierto ó velado con ligera gasa, y tan luego como concluían los oficios religiosos, la familia lo sacaba de la urna elegante, lo encerraba en un ataúd nuevo y era enterrado en algún sitio del templo.

Al celebrarse, en honra del difunto, los funerales de costumbre, días más tarde, se colocaba al pie del túmulo una media barrica de vino,

una cesta llena de pan y un carnero, como ofrenda á los manes de aquél, según costumbres de las épocas más remotas. Al regresar el acompañamiento á la casa mortuoria, tropezaba con dos filas de pobres de solemnidad que llenaban las aceras de la calle; y como era tanto el número de exequias fúnebres que se verificaban en Caracas, en pasados días, los mendigos más retirados del poblado tenían que saberlo, por el hábito de solicitar la limosna, que se había hecho una necesidad.

Los muertos gozaban también, como los santos y vírgenes de los templos, de su octavario, consistiendo éste en reunión general de toda la parentela del difunto, con el fin de almorzar y comer, charlar, departir acerca de los asuntos del día y convertir el triste suceso en tema de parranda. Era de costumbre y de lujo el que toda la parentela contribuyese á estos días del octavario con obsequios culinarios; y tan mona era la rigidez del duelo, que hasta los pavos y jamones aparecían sobre la suculenta mesa con las patas y el mango llenos de lazos negros. Cubriáanse las paredes de las salas con género obscuro, y se cerraban éstas después del octavario. Todos los esclavos participaban del duelo, no en el corazón, sino en los vestidos, y con éstos los retratos de los antepasados, los cuadros al óleo, las arañas colgantes, las mesas y cuanto objeto figuraba en las principales salas de la fa-

milia. ¡Cuántos contrastes se veían en estos días! Recogidos y llorosos estaban los allegados del difunto, mientras que la parentela, compuesta en casi su totalidad de epicureístas, se aprovechaba del octavario fúnebre.

En aquellos tiempos los entierros se efectuaban casi siempre de noche, y el duelo se despedía en la casa. Desde lejos se conocía un entierro en las solitarias calles de Caracas por las dos filas de acompañantes, vestidos de duelo, por el hacha fúnebre que cada uno llevaba y los farolitos blancos de papel que resguardaban la llama del viento. Pero hay un signo distintivo que ha caracterizado en toda época los entierros de Caracas, y es la conversación, que se anima á proporción que el acompañamiento se acerca al templo de la parroquia. El murmullo de la concurrencia es tal, que una persona situada en el dormitorio más retirado de la calle, puede asegurar, por el ruido que produce la conversación, que un entierro pasa.

Los cadáveres de los pobres de solemnidad no pasaban de la puerta del templo, adonde venía el cura á rezar los oficios religiosos. Les estaba cerrada la entrada á la casa de Dios por carecer de medios monetarios. Esta infame jerarquía entre el pobre y el rico, sostenida por los curas de parroquia, en una gran porción de la América, trajo el más repelente escándalo que presenciaron las pasadas generaciones. La po-

brece, las madres, al verse desamparadas por los sostenedores del culto católico, rechazaron las oraciones religiosas y colocaron sus parvulitos en cestitas llenas de flores, en las puertas de los templos, en los nichos de la fachada de la Metropolitana, en la destruída escalinata al Este de San Francisco. No hubo día en remotas épocas en que no se vieran dos y más cadáveres de expósitos en los sitios indicados.

Los entierros de los párvulos pudientes se efectuaban siempre de tarde, y sólo eran acompañados de niños. Desde remotos tiempos eran conducidos en mesitas bellamente exornadas con flores y cintas; después por medio de cordones. Al regreso del cementerio aguardaba á los niños acompañantes suculenta mesa llena de confituras. Siempre Epicuro en las casas mortuorias: tal fué la costumbre de pasados tiempos.

En la Caracas de antaño no había comparsas de llorones en los entierros; pero como el llanto, y tras éste el grito, son indicios del dolor, en muchos casos sucedía que ciertas familias escogían como hora propicia para manifestar el sentimiento aquella en que salía el cadáver de la casa.

Apenas se levantaban las andas, cuando comenzaba la gritería. Y como el llanto, así como la risa, tienen poder contagioso, sucedía que las familias que estaban ya en la casa y las que llegaban en el solemne momento, comenza-

ban también á llorar, á gritar y á participar de tan ridícula como escandalosa costumbre.

La vida caraqueña la sintetizaban, en pasadas épocas, cuatro verbos que eran conjugados en todos sus tiempos, á saber: comer, dormir, rezar y pasear. El almuerzo se verificaba de ocho á nueve de la mañana; la comida de mediodía á la una de la tarde; la siesta hasta las tres, y tras ésta la merienda; á los negocios se le concedían dos ó más horas de la tarde, y seguían los paseos, visitas, etc., hasta las once ó doce de la noche. A las siete de la noche casi todas las familias rezaban el rosario, dirigido por el jefe de la familia, pues otras lo hacían á las tres de la tarde.

A la hora de la siesta, desde que comenzaba el almuerzo hasta la hora de la merienda, se cerraban todas las puertas de la población, quedando solitarias las calles y plazas. Y tanta rigidez hubo en el cumplimiento de esta costumbre, que por haber llamado un desgraciado á la puerta de la casa de cierto intendente general, el ayudante de éste abrió la puerta y disparó su pistola sobre el pecho del inconsciente importuno. A la hora de siesta, ni se cobraba, ni se pagaba, ni se vendía.

La vida social no carecía de cierta elegancia, sobre todo, por la variedad del vestido de los hombres, que consistía en casaca redonda de varios colores, chaleco bajo, pantalones cortos, za-

patos cortos con hebilla y sombrero tricornio, desde la confección más barata hasta la más rica por la abundancia de bordados y piedras preciosas que brillaban en las hebillas. Respecto de las damas, lo que en éstas sobresalía eran las ricas mantillas españolas y los camisones de brocado, con adornos de oro y plata, de seda los más.

Era curiosa la sociedad caraqueña respecto de las visitas de etiqueta, las cuales se hacían por la tarde. En primer término era necesaria la venia de la familia obsequiada, con horas más ó menos de anticipación, con lo cual se recordaba que debía prepararse á recibir á la familia obsequiante, con confituras y bebidas, que se servían en platos y platillos de China ó del Japón, y vasos dorados. Al llegar al zaguán la visita, que se componía, por lo menos, de dos ó tres señoras y señoritas, éstas se despojaban de la saya y mantilla que traían, y las entregaban á la criada que las acompañaba. Entonces sobresalía el rico vestido bordado de pies á cabeza, y erguidas entraban, sin que ningún curioso viandante se hubiera detenido en la puerta de la casa, como observador de costumbre tan incomprendible. A la hora señalada por las visitantes tornaba la criada, que había conducido en un cesto las sayas y mantillas, trayendo los sombreros, mantos y abrigos correspondientes.

En las clases acomodadas, el uso de la capa fué siempre un distintivo social, y aunque la

temperatura no exigiera el abrigo, la vanidad lo necesitaba. Entonces comenzaron los pobres industriales á hacer uso de los capotes de variados colores, los cuales duraron hasta ahora cuarenta años. En los días de la colonia las capas triunfaron siempre; después de creada la República imperaron los capotes. Capas y capotes desaparecieron por completo de las calles de Caracas.

A falta de teatros, la noche en Caracas tenía sus diversiones, de acuerdo con la índole de los habitantes. Eran las procesiones del Rosario acompañadas de mala música y de peores cantantes. Apenas se sentía en cada cuadra, cuando las puertas de las casas se llenaban de niños y de criados, y las ventanas de rostros marchitos y juveniles. De todas partes pedían una Salve, un Avemaría, y el canto, música y rezo iba de cuadra en cuadra haciendo estaciones. Cuando la procesión se recogía cerca de las once de la noche, se habían cantado cien Salves y doscientas Avemarías, lo que equivalía á veinticinco ó más pesos, que se distribuían los cantores, los músicos, el lego recolector, los muchachos cargadores de faroles y el conductor del retablo que representaba la Virgen del Rosario.

Y tan partidaria era la población de estas diversiones de carácter religioso, que lo mismo sucedía al sentirse la esquila del Viático que se llevaba á los enfermos y moribundos. Como

movidos por resorte secreto, se lanzaban á la calle las beatas de la parroquia, los niños, los criados; abríanse las ventanas y salían á brillar las luminarias de sebo ó de cera, pues la esperanza no llegó á conocerse sino mucho tiempo después. ¿Qué solicitaban estos curiosos? Días de perdón, según acompañaran al cura con luces, faroles ó llevaran el paraguas encarnado de pesado varillaje. El sonido de una sola esquila anunciaba el Viático para los pobres ó modestos; mas cuando la esquila era doble, se presentaba el vecindario de la parroquia como para asistir á una procesión de Corpus. Acudían los amigos y parientes del difunto, movíase la muchedumbre, llenábase el templo, barríanse las calles y de flores se esmaltaban para que pasara el Viático bajo palio conducido por magnates, al son de la música y seguido de grande acompañamiento. Cuando esta procesión se efectuaba en las silenciosas horas de la noche ó de la madrugada, revestía cierto carácter imponente, pues á las armonías de la música acompañaba el repique de las campanas, que despertaba á los fieles y les hacía lanzarse á la calle en busca de novelías.

Un mismo alimento nutría á los moradores de la Caracas de antaño, y ricos y pobres solicitaban la misma comida en el mercado general. No había médicos, ni boticas, ni la química, la química del engaño y de la falsificación, había pe-

netrado en la ciudad de Losada: ni las conservas alimenticias habían turbado la salud de la familia caraqueña. La mayoría de nuestros antepasados, longevos y jóvenes, no llegó á pronunciar el vocablo *dispepsia*, que sintetiza la nutrición perdida, la digestión bajo cero, la salud triturada por este peso de las vanidades, de las mentiras y patrañas, el desbordamiento de las pasiones humanas que se llama CIVILIZACIÓN MODERNA.

## II

### LOS ANTIGUOS PATRONOS DE CARACAS

Caracas, así como las demás ciudades de la América española, tuvo también sus patronos y santos tutelares, y sus vírgenes milagrosas. Antes de ser fundada y desde que se pensó en conquistar la belicosa nación indígena de los Caracas, ya en la mente del conquistador Losada bullía la idea de ofrecer una ermita á San Sebastián, si le libraba de las flechas envenenadas en la empresa que iba á acometer. Y así sucedió en efecto, pues en 1567 se fundó á Santiago de León de Caracas y se colocó la primera piedra de San Sebastián en el lugar que ocupa hoy la Santa Capilla. Pero al mismo tiempo que se levantaba esta ermita, se daba comienzo al templo que debía servir más tarde de catedral, nombrando por patrón de la ciudad al Apóstol Santiago. ¿Y qué patrón más noble podía ambicionarse invocado siempre por el pueblo español,

que le reconoció como mensajero de Dios en todos sus aprietos, conquistas y batallas? Desde las orillas del mar hasta las cimas nevadas, jamás santo alguno llegó á alcanzar culto más grande ni proporcionó frutos más copiosos al hombre. La primera fiesta dedicada al patrón de Caracas fué celebrada el 25 de Julio de 1568, poco antes de perder Losada la conquista adquirida.

Los conquistadores continuaban con feliz éxito, y vencidas eran las tribus enemigas, cuando en 1574 visitó la langosta los primeros campos cultivados de la triste ciudad. Nueva ermita es entonces construída al norte de la de San Sebastián, dedicada á San Mauricio, nombrado al efecto abogado de la langosta. Ésta desaparece, pero el pajizo templo es á poco devorado por las llamas, logrando el patrón salvarse del incendio y encontrar refugio en la ermita de San Sebastián.

Tras de Santiago, Sebastián y Mauricio, viene Pablo el Ermitaño, como abogado contra la peste de viruela que azota á Caracas en 1580. El Ayuntamiento de la ciudad dispone levantarle un templo, y antes de que éste comenzara, se ordena que el nuevo patrón fuera festejado con fiesta anual en la Iglesia Mayor, con asistencia de los dos Cabildos. A pesar de esto las viruelas volvieron, y en el cementerio que se construyó contiguo á San Pablo fueron enterra-

das las numerosas víctimas. San Pablo ha dejado su puesto á Talía.

Tras de San Pablo debía asomarse la primera Virgen de origen indiano: la Copacabana, de la cual hablaremos más adelante.

No debía rematar el siglo décimosexto sin que Caracas enriqueciera con un santo más la lista de sus patronos. Tristes y llorosos andaban los habitantes de la ciudad por los robos que en las costas hacían los piratas, cuando de repente las sementeras de trigo aparecen, en cierta mañana, cubiertas de gusanos que en pocas horas devoran las espigas y despojan á los árboles de sus hojas. Al verse arruinados aquellos pobres moradores, elevan sus oraciones á Dios, y le piden con lágrimas y promesas les salve de aquel ataque destructor. Reúnese el Ayuntamiento, y resuelve que, antes de abrirse la siguiente sesión, escuchen los pobladores una misa dedicada al Espíritu Santo, de quien esperaban les inspirase la manera de salir de tan comprometido trance. En efecto, el Ayuntamiento abre la sesión después de rezada la misa y dispone que se inscriban en tarjetas los nombres de cien santos, y que el favorecido por la suerte sea el patriarca y abogado de las sementeras de trigo. Sale el nombre de San Jorge, y el Ayuntamiento decreta al instante que la fiesta anual de este santo pertenezca exclusivamente á dicho Cuerpo, no pudiendo ingerirse en ella

ni el gobernador ni el prelado. Desde entonces San Jorge fué celebrado anualmente en la capilla de la Metropolitana que lleva su nombre.

Al comenzar el siglo décimoséptimo aparecen en Caracas dos santos varones de mérito relevante: San Francisco de Asís y San Jacinto; y en 1636, la Virgen de la Concepción. Eran tres templos más, con sus comunidades, que venían á aumentar el cortejo religioso de la ciudad de Losada. Y no contenta todavía la población con tres templos, levanta otro en 1656, que dedica á la Virgen de Altagracia, y recibe una Santa americana, Rosa de Lima, que se pone á la cabeza del primer instituto de educación que tenía la ciudad: el Seminario Tridentino, en 1673.

En una ocasión, por los años de 1636 á 1637, los agricultores de cacao vieron desaparecer sus arboledas, devoradas por un parásito llamado entonces *candelilla*, el cual destruía la corteza de los árboles. Deseosos los caraqueños de tener una patrona que protegiera las hermosas siembras del rico fruto en las costas y valles cercanos á la capital, fijan sus miradas en la Virgen de las Mercedes, á la cual levantan un templo en 1638 y le ofrecen una fiesta anual. Rumbosa era ésta y con constancia celebrábase todos los años á la Virgen protectora del cacao, al mismo tiempo nombrada abogada de Caracas, y más tarde, en 1766, abogada de los terremotos.

Al rematar aquel siglo, en 1696, Caracas es víctima de la fiebre amarilla, que llega á diezmar la población. En medio de la más triste orfandad, una inspiración se apodera de los pocos que había dejado la epidemia. Piensan en Rosalía de Palermo, á la cual llaman con súplicas y esperanzas. La Santa acude á la llamada de los desgraciados, y éstos le levantan un templo. Era una nueva patrona que venía á sentarse en la asamblea caraqueña, donde figuraban Santiago, Santa Ana, Mauricio, Pablo el Ermitaño, Jorge, Jacinto, Francisco, varias vírgenes y Rosa de Lima, que aceptaba la capital donde era venerada su compatriota, la virgencita de Copacabana.

Durante el siglo décimoctavo, una nueva virgen, la del Carmelo, visita á Caracas en 1732 y se hace dedicar un convento. Casi en los mismos días, aparece en Caracas una virgen más, la de la Pastora, que se hace construir un templo en los extremos de la capital, y en la misma época, al norte de la ciudad, se levanta el de la Santísima Trinidad, rematado en 1783, después de cuarenta y dos años de trabajo. En 1759 llega San Lázaro á socorrer á los leprosos. Ultimamente llegaron los neristas y capuchinos, en 1774 y 1783, para levantar dos templos más, á San Felipe y San Juan, y entrar en competencia religiosa con los franciscanos, dominicos, mercedarios, y la colonia isleña que había levantado

á la Virgen de Candelaria un templo en 1708.

Hasta la época del obispo Díez Madroñero, 1757-1769, no se conocía en Caracas una patrona que llevase el nombre indígena de la capital. Ya veremos cuánto hizo el prelado al bautizar á ésta con el nombre de *Ciudad Mariana* y ponerla bajo el patrocinio de Nuestra Señora Mariana de Caracas. Otra virgen protectora debía surgir igualmente en esta época, la de las Mercedes, que llegó á figurar como abogada de los terremotos. Y tanto fué el entusiasmo del obispo por la creación de vírgenes protectoras de la ciudad, que llegó á pensar en *Nuestra Señora de Venezuela*, bautizando con este nombre la calle que está entre la Metropolitana y la Obispalía, dando el nombre de Nuestra Señora Mariana de Caracas á la que corre de la Metropolitana á la Casa Amarilla.

Pero el culto al cual se dedicó el obispo con todas sus fuerzas, fué el del rosario. No hubo, durante su apostolado, semana en que no se rezara públicamente, ni casa de Caracas y de los vecinos campos, donde las familias no cumplieren diariamente, á las tres de la tarde ó á las siete de la noche, con aquel deseo y mandato del obispo.

### III

#### NUESTRA SEÑORA MARIANA DE CARACAS

Desde el día en que fué demolido el antiguo templo de San Pablo, de 1876 á 1877, y con éste la capilla contigua de la Caridad, cesó el culto que desde remotos tiempos rindieran los habitantes de la capital á *Nuestra Señora Mariana de Caracas*, tan festejada durante los postreros años del siglo último. En uno de los altares de la capilla sobresalía cierto cuadro en grande escala, que representaba á la Virgen, la cual recibía con frecuencia la visita de los fieles; mientras que en la esquina de la Metropolitana, un retablo de la misma imagen, fijado allí desde 1766, servía de consuelo y de esperanza á los devotos de la nueva virgen. Desde el toque de oraciones hasta las diez y doce de la noche, multitud de personas se arrodillaba y oraba delante del retablo, para ganar de esta manera las indulgencias que desde 1773 concediera el obispo Martí á todos aquellos que comunicaran á la

Soberana de los Cielos sus miserias y necesidades. Durante ciento doce años permaneció el retablo de *Nuestra Señora Mariana de Caracas*, ya en la esquina de la Metropolitana, en la casa del municipio, frente á la puerta mayor del templo; ya en la opuesta, diagonal con la torre, donde los vecinos anduvieron constantes en iluminarlo durante la noche. Al dar las siete el reloj de la ciudad, la concurrencia se presentaba numerosa; comenzaba á declinar á las nueve, y desaparecía á las diez, aunque hubo repetidos casos en que corazones penitentes vieron brillar sobre el rostro de la Virgen los reflejos de la aurora.

¡Cuántas generaciones se han sucedido desde el año de 1766, en que fué colocado el retablo en la esquina de la Metropolitana, hasta el de 1876, en que fué quitado de su antiguo sitio para ser colocado en un rincón del Museo de Caracas! ¡Cuántos sucesos se verificaron durante este lapso de tiempo, y cuántas noches borrascosas, con sus horas de angustias, llegaron, en la misma época, á turbar la paz de la familia caraqueña, en tanto que la luminaria de la Virgen, cual estrella de los náufragos, atraía siempre á todos aquellos que con el pensamiento la buscaban en la soledad del desamparo! Ciento doce años de luchas sociales, de cataclismos, de sol y de agua, han pasado por el añejo retablo, que pudo al fin salvarse de la intemperie, para recordarnos la historia de pasadas épocas!

El retablo es un cuadro de 68 centímetros de largo por 49 de ancho, colocado en un viejo marco, cuyo dorado se ha desvanecido. En su parte inferior figura la ciudad de Caracas de 1766, con tres torres de las que entonces tenía; la de la Metropolitana, la de San Mauricio, y más al Norte, la de las Mercedes, derribada por el fuerte sacudimiento terrestre de 1766. En la porción superior descuella, como suspensa en los aires, María, coronada por dos ángeles. Con noble actitud, la Soberana de los Cielos extiende sus brazos hacia la ciudad, como signo de protección. A la derecha de la Virgen figuran una santa y un apóstol, y á la izquierda, dos santas. Grupos de ángeles que llevan en las manos guirnaldas y lemas con frases de las letanías, llenan el conjunto y parece que celebran á María, en tanto que un arcángel aparece frente á Nuestra Señora y le presenta un objeto. Ya veremos más adelante quiénes son los diversos actores que figuran en esta pintura, y cómo el artista sintetizó en ella la historia de Caracas durante los dos primeros siglos de su fundación:— desde 1567, en que fué levantada, hasta 1763, en que surgió la virgen con el nuevo nombre de *Mariana de Caracas*.

En los días del obispo Díez Madroñero, contaba Caracas una abogada de la peste, otra de

las lluvias, y otra de las arboledas de cacao y de los terremotos. Reconocía, además, un abogaço de la langosta, otro de las viruelas y á San Jorge como protector de las siembras de trigo. Contaba igualmente la capital con su patrón Santiago; la catedral, con Santa Ana; y el Seminario Tridentino, con Santa Rosa de Lima; pero la ciudad necesitaba de una virgen que, sin figurar en el martirologio romano, fuese, por excelencia, grande abogada y protectora de la ciudad, cuyo nombre debía llevar.

Tales sentimientos abrigaba la población de Caracas: eran ellos el norte de los fieles corazones, motivo por el cual los estimulaba el prelado, que aguardaba el momento propicio en que apareciera sin ruido y sin milagros la Soberana de los Cielos, amparando á la ciudad de *Santiago de León de Carácas*; nombre éste que debía desaparecer ante el de *Mariana de Carácas*.

Los primeros hechos referentes al nacimiento de la Virgen á que nos concretamos, datan del 25 de Agosto de 1658, época en que el cabildo eclesiástico, sede vacante, por sí, y á nombre del clero, decretó defender la pureza de la Virgen María, guardar como festivo su día y no comer carne en sus correspondientes vigiliás. Era un voto hijo de la gratitud, pues por la intervención de María, Caracas se había salvado de la cruel epidemia que en aquellos días co-

menzó á destruir la población. Caracas, protegida por María, debía traer á la capital el calificativo de *Mariana*, es decir, que rinde culto á María.

Tan noble propósito continuaba en la mente de los miembros del cabildo eclesiástico, cuando en 11 de Abril de 1763, el Ayuntamiento de Caracas elevó á la consideración del Monarca una petición que abrazaba los términos siguientes: 1.º, que todos los empleados públicos de la Capitanía General de Venezuela jurasen defender la pureza de la Inmaculada Concepción; 2.º, que el escudo de armas de la ciudad fuese orlado con la confesión de este misterio; y 3.º, que en las casas capitulares se edificara un oratorio, en el cual figurara la imagen de la Santa venerada, como Madre Santísima de la Luz.

Feliz coincidencia de fechas obraba en el ánimo del Ayuntamiento al pedir cuanto dejamos escrito; y era que Santa Rosalía, abogada de la peste, venerada en Caracas desde 1696, en que se le dedicó un templo por haber salvado la población en la capital, era celebrada por la Iglesia católica el 4 de Septiembre (1). En 4 de Septiembre de 1591 fué concedido un sello de armas, por Felipe II, á la ciudad de Caracas; y, últimamente, en 4 de Septiembre de

(1) Sábese que á Santa Rosalía se le apareció la Virgen María.

1759, Carlos III se ciñó por primera vez la corona de España. Estas y otras razones influyeron poderosamente en el ánimo del Ayuntamiento, para suplicar al Monarca que le concediera la orla mencionada, con el lema siguiente: *Ave María Santísima de la Luz, sin pecado concebida.*

El nombre de *Mariana*, dado á la ciudad de Caracas antes de 1763, época en la cual lo decretaron ambos cabildos, data desde la llegada á Caracas del obispo Díez Madroñero, acaecida á mediados de 1757. Partidario decidido y entusiasta por el culto á María se mostró desde el principio aquel virtuoso prelado, que desde 1760 fechaba sus comunicaciones en la *Ciudad Mariana de Santiago de León de Caracas*, según consta de documentos que hemos visto y estudiado detenidamente.

Por real cédula de Carlos III fechada en San Lorenzo á 6 de Noviembre de 1763, y que encontramos en las actas del Ayuntamiento de 1764: «Su Majestad se digna manifestar á la ciudad de Caracas haber diferido á sus instancias sobre que juren, los que ejerzan empleos públicos, la pureza original de María Santísima; que puede poner la orla que se expresa en su escudo, y erigir oratorio en las casas capitulares, sacándose del caudal de propios el que se necesita para su fábrica, aseo y permanencia».

Los señores del Ayuntamiento dijeron, en se-

sión de 22 de Enero de 1764: «que celebrando, como celebran, la nueva honra que debe á Su Majestad esta ciudad, y principalmente el que, para gloria del culto y veneración de la Inmaculada y Santísima Madre de la Luz, puede, desde aquí en adelante, con nuevo título, ser y llamarse *Mariana* esta misma ciudad, tan obligada á su piedad y tan reconocida á sus inmensas misericordias, á la que confiesa deber cuantos progresos ha logrado y de la que los espera en adelante mucho mayores, constituida con nueva, honrosa y distinguida marca, y el más ilustre blasón por su virtuoso pueblo...»

«Desde hoy en adelante—agrega el Ayuntamiento—deberá la ciudad titularse y se titulará así: *Ciudad Mariana de Santiago de León de Caracas.*»

Ya en Diciembre de 1763, el mismo Ayuntamiento, al acusar recibo de la Real cédula de 6 de Noviembre del mismo año, había dicho: «La amantísima ciudad de Caracas tiene ya, con razón, nuevo título, y con orgullo se llama *Ciudad Mariana*, por haberla dedicado con tamaña honra V. M...» Y á tal grado llegaron el entusiasmo, la humildad y la adulación de los miembros del Ayuntamiento, que en uno de tantos oficios dirigidos por éste al Monarca llegaron á decirle que Su Majestad poseía *un mariano corazón.*

Después de dar á Carlos III las más expresi-

vas gracias con frases más ó menos parecidas á las últimas copiadas, el Ayuntamiento pidió al gobernador y capitán general de la provincia, en vista de la Real cédula y de las actas del Cuerpo, se sirviera dictar las providencias que tuviese por convenientes para la más devota publicidad de las nuevas obligaciones que para con la gran Madre de Dios contraía esta su Mariana ciudad.

En 27 de Enero de 1764, el Ayuntamiento presenta al cabildo eclesiástico la Real cédula de Carlos III, que fué acogida con señales de satisfacción. Ofrecieron los señores del capítulo el sacrificio de sus personas á la Majestad Divina, «por la continuación del augusto patrocinio de la Madre Santísima de la Luz sobre esta su *Mariana ciudad*». Y á nombre del rector y claustro del Real Colegio Seminario y de la Real y Pontificia Universidad de Santa Rosa, de esta *ciudad Mariana de Caracas*, «ofrece celebrar las nuevas honras que ha recibido esta misma *Mariana ciudad*». En los propios términos se expresaron al siguiente día todas las comunidades religiosas existentes en Caracas (1).

Nunca concesión alguna llegó á Caracas en época más propicia que en los días de Diez Mardero. El espíritu religioso dominaba los

---

(1) Véanse las actas del Ayuntamiento y del cabildo eclesiástico correspondientes á los años de 1763, 1764 y 1765.

ánimos; quería el obispo ensanchar la obra que había comenzado, y todo llegaba á medida de sus deseos. Una virgen que llevara el nombre indígena de la capital de Venezuela, iba á colmar la ambición de los moradores de ésta, acostumbrados á reverenciar á María bajo todas sus advocaciones.

Levantóse el oratorio, y colocaron en él á María Santísima de la Luz; comenzaron las fiestas á Nuestra Señora Mariana de Caracas; discutióse el lema que debía brillar en los pendones de la ciudad, y, después de conciliarse las opiniones, quedó por lema, no el que propuso el Ayuntamiento, sino el que indicó el Monarca; es á saber: *Ave María Santísima de la Luz, sin pecado original concebida en el primer instante de su Ser Natural.*

Desde esta época aparece, ya en las actas de ambos cabildos y de las comunidades religiosas, ya en los documentos públicos de otro orden, el nombre de *Ciudad Mariana*. En unos documentos leemos *Ciudad Mariana de Caracas*; en otros, *Ciudad Mariana de Santiago de León de Caracas*.

He aquí una nueva Virgen, la que iba á figurar en el sello de la ciudad, la que iba á dar su nombre al pueblo fundado por Losada. He aquí á la patrona por excelencia, á la Virgen de nacionalidad caraqueña, que venía á sentarse en la asamblea de los patronos y patronas de Caracas,

y también en todos los templos, en todas las oficinas públicas, eclesiásticas y políticas.

Creada la Virgen, ¿cómo figurarla en el lienzo ó la escultura, para que fuese reverenciada de los fieles y reconocida de las generaciones? Desde luego era necesario que descollaran al lado de la Virgen algunos de los patronos y patronas venerados en la ciudad, y que aquélla sintetizara á Caracas en sus diversas épocas. ¿Cómo hacer esto? Opinaban unos por colocar en el retablo que representara á Nuestra Señora á San Sebastián, á San Mauricio, á San Pablo y á San Jorge, como primitivos abogados de Caracas en sus primeras necesidades; opinaban otros por darle cabida solamente á las santas y sabios doctores de la Iglesia. En esta situación estaban las cosas cuando el obispo invita á los devotos y devotas de Caracas, y presentándoles la cuestión en la sala de su palacio, les obliga á escoger el cortejo que debía acompañar á la Virgen bajo la nueva advocación de Nuestra Señora Mariana de Caracas. Debían figurar en el cuadro la ciudad de Caracas, el escudo de armas concedido por Felipe II y reformado por Carlos III, y los patronos y patronas que en diversas épocas la habían favorecido.

Después de una discreta y prolongada discusión, hubieron de triunfar al fin las mujeres sobre los hombres, haciendo que el obispo aceptara, entre los cuatro personajes que debían

acompañar á la Virgen, á tres santas de las protectoras de Caracas, y el asunto del retablo quedó decretado de la siguiente manera: arriba, en las nubes, descollaría la Virgen coronada por dos ángeles; á la derecha de María, Santa Ana, su madre, patrona de la Metropolitana de Caracas; y después, el apóstol Santiago, patrono de la ciudad. A la izquierda de la Virgen estarían Santa Rosa de Lima y Santa Rosalía: la primera, como representante de los estudios eclesiásticos, al fundarse, bajo su advocación, el Seminario de Santa Rosa en 1673; y la segunda, como abogada contra la peste, por haber salvado de ella á la capital en 1696. En derredor de este grupo se colocarían los ángeles de la corte celestial que celebran á María, debiendo llevar en las manos cintas en que estuvieran los diversos versículos de las letanías. Y para representar á la antigua Caracas, en medio de los ángeles debía aparecer un querubín que presentase á la Reina de los Cielos el escudo de armas concedido por Felipe II á la Caracas de 1591. Consistía éste, como hemos dicho alguna vez, en una venera que sostenía un león rampante coronado, en la cual figuraba la cruz de Santiago.

Arriba de todas las figuras se colocaría el lema que dice: *Ave María Santísima*, para recordar la concesión hecha por Carlos III á la ciudad en 1763, mientras que abajo estaría Cara-

cas con la fisonomía que ostentaba en esta época.

Diversos pintores dieron á luz sus obras, y fueron aceptadas. El primer retablo, cuyo destino ignoramos, estuvo en la capilla de la Caridad, contigua al derribado templo de San Pablo. El segundo fué colocado en la esquina de la Metropolitana, y está hoy en el Museo.

Así continuó el entusiasmo religioso, con más ó menos intermitencias, hasta que, para fines de siglo, casi había desaparecido el nuevo título de la ciudad. La muerte del obispo Díez Madroñero, acaecida en 1769, adormeció el entusiasmo por el culto de Nuestra Señora Mariana de Caracas. El obispo Martí quiso levantarlo y restituirlo á su prístino esplendor, pero todos sus esfuerzos fueron infructuosos, y algún tiempo después el referido culto había desaparecido por completo.

El nombre de *Ciudad Mariana de Caracas* no ha quedado sino en los documentos públicos y en las actas de los cabildos y comunidades religiosas. Igualmente ha desaparecido el de *Santiago de León de Caracas*, que durante tres siglos llevara la capital de Venezuela. Pero si Nuestra Señora Mariana de Caracas no puede ya salir de los archivos, Santiago tiene aún, por lo menos, su día: aquel en que lo celebra la Iglesia Metropolitana de Caracas.

En los tratados públicos, en las leyes, en to-

dos los documentos de Venezuela independiente, la capital de la República no figura sino con su nombre indígena, el de *Caracas*, nombre que llevó aquel pueblo heroico que supo sucumbir ante sus conquistadores.

## IV

### HABILIDAD DEL OBISPO

En una ciudad como la de Caracas durante el último siglo, la cual, sin teatros ni paseos, sólo tenía por única diversión toros y cañas, las fiestas religiosas, durante el año, eran de necesidad imperiosa. Y como ya dejamos asentado, nada más solemne, durante la época colonial, que un día de Corpus, un Jueves Santo ó la fiesta de alguno de los patronos de la ciudad, porque la muchedumbre, inspirada en un solo sentimiento, desplegaba su vanidad ó su entusiasmo aderezando ventanas y puertas con ricas cortinas; ostentando las bellas matronas sus valiosas prendas y sus numerosas esclavas; y los empleados y magnates, sus uniformes y cruces, bastones y espadas. Un octavario lleno de todo género de diversiones remataba cada una de las festividades de la Caracas colonial, que no tuvo por divisa sino *Dios y el Rey*.

La época del obispo Díez Madroñero, desde

1757 hasta 1769, puede considerarse de paz, pues había sido vencida, años antes, la revolución del capitán León; triunfo que había contribuido á sostener de una manera oficial el monopolio de la célebre Compañía Guipuzcoana, amordazando de esta manera la opinión pública. A pesar de estos y otros ataques á la libertad política y comercial, el gobernador Ricardos había dado comienzo á nuevas obras públicas, tan necesarias al ensanche de una sociedad atrasada: tales fueron un hospicio de lázaros, un cuartel de artillería, un puente y la plaza mayor, que sirvió de mercado y comenzó á proporcionar al Municipio renta segura.

La Caracas de la época de Díez Madroñero era una ciudad muy reducida. Acababan de concluir el templo de Candelaria, que dió vida á la parroquia de este nombre, centro entonces de los acomodados hijos de las islas Canarias, y el nuevo convento de las Mercedes en el sitio donde figura hoy la iglesia de este nombre y la plaza Falcón. Los puentes de la Pastora y de la Trinidad no estaban todavía rematados y la parroquia actual de San Juan era un erial, lo mismo que gran porción de las de San Pablo y Candelaria. El templo de la Pastora podía considerarse como una ermita, así como el de Santa Rosalía, ambos en las afueras de la ciudad. La Caracas de aquellos días estaba reducida á un corto número de manzanas.

A los primeros meses de estada en la capital, el obispo conoció la índole de la población y lo que podía aguardarse de sus moradores. Al instante se propuso civilizar á su manera la sociedad caraqueña, y propicio anduvo en la obra. Introducir innovaciones en su gobierno eclesiástico, reformar costumbres bárbaras y hacer de la capital un convento, fué obra de poco tiempo. Las calles y esquinas de Caracas no tenían en aquel entonces nombre alguno, y se conocían por los que llevaban los templos más cercanos, por los de algunos personajes, ó por algún suceso notable. En vista de este desorden, el obispo concibió la idea de bautizar las calles y cuerdas de Caracas con nombres que recordaran la vida y pasión de Jesucristo, poner cada casa bajo la protección de un patrón celestial, colocar en las principales esquinas nichos excavados en la pared, que contuvieran algún santo, santa ó virgen, y bautizar igualmente las esquinas con nombres místicos, para que así toda la ciudad, de Norte á Sur y de Este á Oeste, apareciera como una congregación de todas las vírgenes, mártires, protomártires, doctores y confesores del Cristianismo, desde el día en que apareció sobre la haz de la tierra.

Corrían los días de 1765 á 1766 cuando cada uno de los curas de parroquia recibió del obispo un plano de la ciudad, que tenía el siguiente título: *Plan de la ciudad Mariana de Caracas, de-*

*dicado á Dios, su Santísimo Hijo, Santísima Madre y Santos protectores de sus casas y vecinos.*

Figuraban como calles de Norte á Sur las siguientes: calle de la «Encarnación del Hijo de Dios»; «Nacimiento del Niño Dios»; «Circuncisión y Bautismo de Jesús»; «Dulce Nombre de Jesús»; «Adoración de los Reyes»; «Presentación del Niño Jesús en el Templo»; «Santísima Trinidad»; «Huída á Egipto»; «Niño perdido y hallado en el Templo»; «Desierto y Transfiguración del Señor»; «Triunfo en Jerusalén»; «Cenáculo»; «Santísimo Sacramento»; «Corazón de Jesús»; «Oración del Huerto». Y de Poniente á Oriente figuraban éstas: «Prendimiento de Jesucristo»; «La Columna»; «Ecce-Homo»; «Jesús Nazareno»; «Cristo Crucificado»; «La Sangre de Jesucristo»; «La Agonía»; «El Perdón»; «El Testamento»; «La Muerte y Calvario»; «El Descendimiento»; «El Santo Sepulcro»; «La Resurrección»; «La Ascensión»; «El Juicio Universal».

Como se ve, las calles, de Norte á Sur y de Este á Oeste, figuraban la vida y pasión de Jesucristo. Pero como cada calle tenía cuatro ó más cuadras, cada una de éstas llevaba á su turno nombre diferente, multiplicándose así el séquito de las vírgenes y de los santos. Por esto surgían en las cuadras los nombres de Nuestra Señora del Pilar, de Covadonga, de la Sabiduría, etc., etc., y las vírgenes que bautizó el obispo con los nombres de Nuestra Señora de

Venezuela y de Nuestra Señora Mariana de Caracas.

No contento con dar nombres religiosos á las calles y esquinas, Madroñero pide á las familias que acepten un patrón ó abogado de cada casa; y á poco aparecen sobre la puerta interior de cada zaguán retablos y bustos religiosos de todos tamaños, que llevaban al pie el mote de *patrono de esta casa*, después de nombrar á la imagen protectora. Al mismo tiempo figuraron en las esquinas imágenes y bustos en nichos excavados en las paredes.

Sin intervención de la autoridad civil los curas encargados del obispo inscribían en un libro de matrícula las casas que habían nombrado de antemano su patrón, sacado en suerte, para cuyo efecto llevaban en un bolsillo nombres religiosos, para imponerlos á las casas cerradas ó á aquellas cuyos dueños estuvieran remisos en corresponder á los deseos del prelado, procurando que no hubiera en la misma cuadra un nombre repetido.

Y la sociedad caraqueña, identificándose con las ideas del prelado y obedeciendo ciegamente á sus mandatos, arrióse con todos los santos y vírgenes del martirologio, comenzó á rezar el rosario al toque de oraciones, llenó las esquinas y las puertas de las casas de retablos y efigies religiosas, y entregóse finalmente á la confesión y á la penitencia.

Tras de esto quiso el obispo obtener el censo de la población, y ayudado sólo de los curas, logró conocer el número de habitantes de Caracas, sus edades, condiciones, oficios, etc., etc. Nunca rebaño más dócil baló tan dulcemente á los mandatos de su buen pastor. Pero todavía no fué coronada su dicha sino cuando en cierta noche paseó, acompañado de su clero, la ciudad Mariana. Espléndida apareció ésta á las miradas del prelado, pues toda estaba exornada de retablos, de nichos, de letreros y de centenares de farolillos que le daban aspecto veneciano. Los farolillos que iluminaron estos centenares de patronos en las esquinas y zaguanes, fueron la cuna del alumbrado público en la capital de Venezuela, donde no llegó á establecerse aquél sino á fines del último siglo, por los años de 1797 á 1798.

Después de haber hecho innovaciones importantes en el gobierno de la Iglesia y en la reforma de las costumbres; después de haber acabado con el juego de carnaval, convirtiéndolo en procesión del rosario por las calles de Caracas; después de haber exornado la ciudad con todos los santos y vírgenes de la cristiandad, el obispo Díez Madroñero quiso sorprender á su numerosa grey de una manera agradable y misteriosa. En cierto día, en esta época de santidad, al amanecer oyeron los habitantes de la capital toques de campanas en los diversos templos. La pobla-

ción se preguntó lo que aquello significaba, y nadie pudo darse de ello cuenta. Era la primera campanada del *Angelus*, que desde remotos tiempos anuncia á los cristianos en tres momentos del día la llegada del Ángel que anunció á María: ceremonia que el obispo acababa de introducir en su diócesis. Desde entonces, en el hogar tranquilo y apacible de la familia, más tranquilo y apacible mientras más reinen en él la pobreza y la conformidad, este toque de las campanas, que precede á la luz de la aurora, es como la voz del ángel que anuncia la esperanza á los corazones de buena voluntad.

Para la familia que en esa hora solemne sufre y aguarda, y ve confundirse los dos crepúsculos del día en presencia de la agonía de seres queridos, la voz de esa campana, cuyos ecos se pierden en el silencio de los campos y de las ciudades, es algo más que una promesa: es un eco de Dios que llega al corazón, y anima con celeste claridad la prolongada noche del sufrimiento.

Después de ciento veinte años transcurridos de la muerte del obispo Díez Madroñero, el toque del *Angelus* no ha podido desaparecer, mientras que están vacíos los nichos de las principales esquinas, no quedando sino una que otra luminaria y uno que otro patrón de los centenares que figuraron en los zaguanes de las antiguas casas. Desaparecieron los nombres religio-

sos de las calles y cuadras, lo mismo que los de las esquinas, no figurando hoy sino las que llevan los extremos de la población. Aun viven *San Carlos, San José, San Andrés, San Miguel, San Cayetano, San Casimiro, San Pedro, San Ramón, San Rafael, San Martín, San Roque* y también *San Francisquito*. Quedan en algunas los nombres de *El Nazareno, El Sepulcro, Jesús*—que es la antigua esquina de las Cabezas— y *El Cristo*. En otras surgen los nombres de las siguientes vírgenes: el *Carmen, la Barbanera, la Consolación, los Remedios, el Rosario, los Dolores* y la *Soledad*; mientras que del gran cataclismo—el tiempo—sólo pudo salvarse una santa: *Santa Bárbara*.

## V

### LA ABOGADA DE LOS TERREMOTOS

No hay país de origen castellano donde no exista alguno ó más conventos de Nuestra Señora de las Mercedes. El surgimiento de esta Virgen, Redentora de Cautivos, ha inspirado, desde hace ocho siglos, tal veneración, que el nombre de Mercedes se lleva siempre con orgullo. Sólo en esta orden brilla un sello de armas de los antiguos reyes de España: el de Felipe de Aragón, quien aceptó aquélla desde que fué establecida.

El primer convento de Mercedes que tuvo Caracas fué una hospedería situada, desde los primeros años del siglo décimoséptimo, en tierras de la parroquia actual de San Juan, cuando en ésta no existían pobladores, sino el camino que comunica á los habitantes de Caracas con los valles de Aragua. Estaba, por lo tanto, muy distante de la pequeña capital, que constituían limitado número de manzanas, en derredor de

la iglesia Mayor. Más tarde, en 1638, se levanta el primer convento de las Mercedes en la porción alta de la ciudad, cerca de la represa del Catuche, cuando no existían ni el puente de la Pastora ni el de la Trinidad, que aparecieron cien años más tarde. Patrocínó el gobernador Ruy Fernández Fuenmayor la fábrica de las Mercedes, quedando desde entonces esta Virgen como patrona de la ciudad, reconocida por voto y juramento de ambos cabildos. Por cuanto dejamos escrito en el cuadro precedente, titulado *Los Patronos de Caracas*, sábese que la Virgen de las Mercedes figuraba desde 1631 como abogada de las arboledas de cacao. Así continuaba, y creces y entusiasmo había tomado el culto á Nuestra Señora, cuando el terremoto de 1641 destruyó en casi su totalidad el gracioso convento. Cuarenta años permanecieron en el arruinado edificio los padres mercedarios, cuando se resolvió por la comunidad trasladarse en 1681 al sitio que ocupó después hasta su completa ruina en 1812.

Nuevo título, el de abogada de los terremotos, aguardaba á la Redentora de Cautivos, al levantarse el nuevo templo en la prolongación norte de la antigua calle de San Sebastián, hoy Norte 2. En los tres terremotos que ha presenciado Caracas, y de los cuales dos de ellos la arruinaron en gran parte, todos han pasado á la historia acompañados de algún incidente extraordi-

nario. En el de 1641 figura aquella piadosa señora María Pérez, que tanto contribuyó al ejercicio de la caridad pública y á la construcción de la catedral del siglo décimoséptimo; en el de 1812 la idea que domina y se apodera de los pueblos es la política, y el cataclismo verificado en el día Jueves Santo, á los dos años de haber sido derrocado el gobierno peninsular por la revolución de 1810, durante el mismo día, aparece para los enemigos de la causa republicana como castigo de Dios y como prueba de protección al monarca español, desgraciado en aquella época; la idea religiosa, unida á la idea política, triunfan por completo y la república desaparece. En el gran temblor de tierra de 1766, conocido con el nombre de terremoto de Santa Ursula, por haberse verificado en el día de esta santa, 21 de Octubre, la idea que domina pertenece á otro orden de cosas: se conexiona con lo maravilloso, como es la intervención de la Virgen de las Mercedes, protectora de la ciudad, que salva á ésta de inminente ruina.

La época del obispo Díez Madroñero, tan fecunda en reformas religiosas, debía serlo igualmente en milagros, hijos éstos de los pueblos creyentes. En los archivos de la Obispalía de Caracas aparece aquel prelado, no sólo como reformador de costumbres y pastor rígido en el cumplimiento de su encargo, sino también como espíritu de caridad y abnegación, inspirado y

capaz de prever los más ocultos males á que está sometida la sociedad humana. Más meritorio que el prelado, por su saber, edad y virtudes excelsas, fué el venerable cura de la Pastora, don Nicolás Bello, varón preclaro que, según la tradición, murió en olor de santidad. En los días que precedieron al gran temblor de Caracas del 21 de Octubre de 1766, el padre Bello había escrito al obispo, quien á la sazón hacía la visita pastoral de los valles de Aragua, que ordenase la traída de la Virgen de las Mercedes á la catedral, pues abrigaba presentimientos de que algo debía suceder para el día de Santa Ursula.—Si el venerable anciano expuso al prelado las razones de sus presentimientos, es cosa que ignoramos; mas es lo cierto que el obispo ordenó la visita de la Virgen de las Mercedes á la catedral, donde fué recibida por grande concurrencia, como protectora de la ciudad, sin que nadie sospechara el objeto de aquella disposición.

El padre Bello, que entretenía semanalmente con una conferencia religiosa á sus amigos íntimos, excitó á algunos de éstos á que le acompañaran á orar en el templo de la Pastora, en la noche del 20 al 21 de Octubre, manifestándoles que abrigaba muy tristes presentimientos respecto de la población, y que nada era más natural que elevar á Dios el corazón cuando se teme y espera. Dejemos al preclaro varón en el

templo, mientras que narramos otros acontecimientos.

Vivía en Caracas, en aquella época, un loco pacífico y locuaz llamado Saturnino, á quien nadie ofendía por su carácter humilde y benévolo. Desde muchos días antes del de Santa Ursula, Saturnino recitaba por todas las calles el siguiente estribillo:

Qué triste está la ciudad  
perdida ya de su fe,  
pero destruída será  
el día de San Bernabé;  
quien viviere lo verá.

Y ya en la víspera del 21 de Octubre decía:

Téngolo ya de decir,  
yo no sé lo que será:  
mañana es San Bernabé;  
quien viviere lo verá (1).

Y echándose á cuestras una pesada piedra, subió la colina del Calvario, diciendo á cuantos encontraba que al raso iba á pasar la noche, porque al día siguiente Caracas debía bailar como un trompo. Rióse la población tanto de la profecía como del profeta, al cual debía después solicitar é interrogar.

Serían las cuatro y veinte minutos de la ma-

(1) IBARRA: *Estudio acerca de los temblores de Caracas.*

ñana del 21 de Octubre de 1766, cuando la población de Caracas despierta aterrorizada al súbito estremecimiento que hace bambolear los edificios de la capital. Al acto lánzase los habitantes á la calle, y los gritos de—«Misericordia, Señor»—se escuchan por todas partes. Nadie sabe qué hacer ni adónde ir, y todo inspira temor por largo tiempo, cuando al despertar la aurora se sabe que ningún edificio notable había caído, aunque casi amenazaban ruina, sobre todo los templos. Dilatada fué el área de este sacudimiento que causó estragos en la región oriental de Venezuela.

Dos frailes acompañaban á la Virgen en la catedral en el momento del sacudimiento, mientras que el padre Bello, con sus amigos, oraba en la Pastora aguardando la hora del *Angelus*, para seguir a la catedral, donde debía obsequiarse á la Soberana de los Cielos con solemne misa. Inmediatamente fueron abiertas las puertas de la Metropolitana y demás templos, á los cuales se acogió la población atemorizada.

Nombrada por el gobernador, general Solano, una comisión de hombres entendidos para que informase acerca del estado en que se hallaban los edificios de la capital, después de un prolijo examen vióse que todos los templos exigían pronta reparación en sus muros, arcos, etc.; que era necesario rebajar el tercer cuerpo de la torre de San Jacinto y derribar por completo la de

las Mercedes. Medidas necesarias pusiéronse por obra, y á poco la ciudad quedó libre de todo peligro inmediato.

¿Por qué habían sufrido todos los templos, mientras que en las casas de los habitantes no se temía riesgo alguno? Los moradores de Caracas atribuyeron este hecho á la intervención de la Virgen de las Mercedes, que, como hemos dicho, estaba de visita en la Iglesia Mayor.

Al amanecer del 21, el loco Saturnino estaba ya en Caracas sano y salvo, después de haber pasado la noche al pie de un árbol en la colina del Calvario. Jamás este pobre se vió tan rodeado de la muchedumbre y hasta de la gente de criterio, que quería saber del loco lo que éste ignoraba y había dicho inconscientemente. Pero Saturnino se limitó á contestar á cuantos curiosos le interrogaban, con una frase: — «¿No se lo dije yo, que algo grande iba á suceder?» Obraba así, como si fuera el hombre más cuerdo.

Calmados los ánimos y realzada por un milagro la Virgen de las Mercedes, los moradores de Caracas nombraron á la Redentora de Cautivos abogada de los terremotos, dedicándole fiesta solemne el 21 de Octubre de cada año. Reparados los estragos que causó el temblor de tierra en los diversos templos, regresó la Virgen al de las Mercedes, acompañada de todos los habitantes de Caracas. Desde esta fecha quedó propuesta como patrona de los temblores la Virgen

del Rosario, que tenía tal encargo desde tiempos remotos, como lo asevera el historiador Oviedo y Baños.

Llama el cronista Terreros la atención hacia el hecho de no haber caído en Caracas ni una teja de la más humilde choza, mientras que todos los templos amenazaron ruina. En este suceso ve el cronista el pronóstico de la expulsión de los jesuitas, que tuvo efecto un año después, en 1767.

Una graciosa tarjeta de plata esculpurada, regalo del cabildo eclesiástico y Ayuntamiento de Caracas, figuró desde esta época al pie de la imagen que fué testigo de la tribulación de la capital en la mañana del 21 de Octubre de 1766. En una de las caras de la tarjeta se lee:

### SERVATRICE NOSTRÆ

DIE. XXI. OCT. A DMN, MDCDLXVI

Y en la otra las siguientes sentencias:

OMINES, ET JUMENTA SALVASTI DOMINA.

*Ex. Psalmo 67.*

TU CAPTIVORUM-REDEMPTIO, ET OMNIUM  
SALLUR.

*S. Ephren.*

TE NOSTRÆ CAUSAM SERVATRICEN QUE SALUTIS.

*Ex. Ovidio.*

NOSQUE TUOS LIBRA FAMUR ET (ÆTEMAGIS)..

*Ex. Ovidio.*

En medio del fervor religioso que se apoderó de los caraqueños hacia la Redentora de Cautivos, comenzó igualmente á apoderarse de ellos la inconstancia. Aguijoneados por la vanidad, se cansaron de la antigua imagen de Nuestra Señora, á la cual habían conducido en triunfo desde el sustito que les proporcionó el gran temblor de 1766, y resolvieron poseer una escultura de la Virgen cuyo modelo fuera caraqueño, alegando que la abogada de la ciudad, abogada igualmente de los cacahuales y de los terremotos, no podía ser reverenciada en imagen venida de España ó de Italia, sino en imagen modelada en presencia de una de las más bellas y distinguidas hijas de Caracas. Cúpole la dicha á la bella Mercedes Iriarte Aresteiguieta, quedando la nueva Virgen idéntica al modelo. Descendió del trono la antigua española, y orgullosa subió las gradas la caraqueña, á cuyos pies colocóse la tarjeta de plata. Esta Virgen es la que recibe anualmente en el templo de las Mercedes la visita de los fieles.

La inconstancia fué apoderándose igualmente

de los ricos agricultores de cacao, perdiendo su brillo la rumbosa fiesta anual dedicada á la Virgen, hasta que imperaron el olvido y el indiferentismo. Entibióse igualmente la ciudad y poco á poco fué olvidándose de su abogada la Redentora de Cautivos.

En esto llega el famoso terremoto de 1812, que echó por tierra aldeas, villas y ciudades y sepultó diez mil víctimas, dejando número igual de contusos y heridos. Arrasados fueron en Caracas los templos de la Pastora, la Trinidad, San Mauricio, Altagracia y otros más; pero sobre todos el hermoso convento de las Mercedes, tumba de los frailes y de cuantos visitaban el templo en aquella memorable tarde del 26 de Marzo de 1812. Así se vengó de la inconstancia de los caraqueños la abogada de los terremotos, la que fué igualmente abogada de la ciudad y de las haciendas de cacao. En el espacio de cincuenta años, sobre las ruinas del antiguo templo se ha levantado uno nuevo. En el área del convento figuran hoy jardines y la estatua de uno de los hijos de Marte, mientras que en su nicho de flores está la imagen de la bella y distinguida Mercedes Iriarte Aresteiguieta de Ponte.

## VI

### SALIR COMO LA COPACABANA

*Salir como la Copacabana* es frase muy conocida entre las familias de Caracas, hace siglos, queriendo significar con ello que una persona ó familia sale poco á la calle, de cuando en cuando y en determinados casos, recordando de esta manera á la virgencita de Copacabana, que, desde 1506 hasta ahora cincuenta años, la sacaban en procesión de San Pablo á la Metropolitana para que lloviera, cuando á causa de estío caluroso y prolongado se agostaba la hierba de los campos y morían los animales por ausencia completa de agua; y también cuando la langosta visitaba las sementeras de Caracas.

En la gran nación indígena de los Caiquetías, moradores del actual Estado Falcón, una tribu de aquéllos, los Cuibas, que estuvieron á orillas del Pedregal y en los volcancitos apagados de la Cuiba, cuando se prolongaba la sequía y se agostaban las cosechas por falta de agua, soli-

citábase la más hermosa doncella de la tribu, la cual á orillas del río era inmolada, para en seguida ofrecer su sangre al Sol, suponiendo que la virgen era una de las esposas del astro. Tal ceremonia, aunque perseguida por los conquistadores, continuó entre los Cuibas por mucho tiempo de una manera sigilosa, á pesar de la vigilancia castellana.

Los Cumanagotos, que poblaron la pampa del antiguo Estado de Barcelona, tenían entre sus animales predilectos á la rana, á la cual azotaban si no llovía á tiempo. Sábese que este animal representó el agua en muchas regiones americanas. En el calendario de los muizcas, la rana simboliza el principio, abundancia y decrecimiento de las aguas, durante la estación lluviosa; así como igualmente la época geológica, cuando se rompieron los diques de los lagos andinos y se inundaron las llanuras al Este de los Andes de Cundinamarca.

Después que se estableció el Cristianismo en la América española, apareció en los Andes peruanos una Virgen, patrona de las lluvias, cuyo culto se ha establecido en algunos pueblos de América y ha cruzado el Atlántico para recibir adoración también en España.

A orillas del majestuoso Titicaca, el más elevado lago de la tierra, en la región de los Andes bolivianos, existe una península que lleva el nombre de Copacabana, voz del idioma quichua.

En ésta existe el pueblecito del mismo nombre, donde sobresale el santuario de la virgen-cita de Copacabana. Un templo admirablemente pintoresco—describe un viajero moderno—sin estilo determinado, pero formando cierto conjunto que, á pesar de sus pormenores corintios, dóricos, españoles del Renacimiento; á pesar de las hendeduras que recuerdan el Partenón y de las cúpulas que traen recuerdos bizantinos, se destaca con su silueta variada sobre un cielo incomparable, produciendo en medio de miserables chozas cierta impresión llena de gracia y de elegancia que sorprende y cautiva (1). En este santuario se venera una virgen-cita que tiene de siete á ocho pulgadas de tamaño, acerca de la cual se ha escrito y publicado un libro que habla de los milagros de esta célebre Virgen y del culto que á ella tributan muchos pueblos de la América española, desde mediados del siglo XVI.

Refiere la tradición y atestiguan los cronistas que habiendo los copacabanos héchose rebeldes á las insinuaciones de los padres doctores que querían establecer entre aquéllos el cristianismo, fueron contrariados y afligidos por el castigo del cielo. Sopló sobre sus campos viento de fuego y arrasadas fueron las cosechas: vino el granizo y azotando los árboles desoló labranzas

(1) WIENER: *Perou et Bolivie.—Recit. de Voyage*, 1880.—Paris.

y praderas. Surcó de nuevo la tierra el indio indómito, y al brotar el grano, horrible plaga de langostas dejó yermos los campos y abatidos sus moradores. De repente los copacabanos se dividen en dos partidos, proclamando cada uno su genio protector. Aclaman los arinsayas á San Sebastián, mientras que los anasayas se ponen bajo el amparo de la Virgen María. A poco viéronse los campos de éstos libres de toda plaga, reverdecidos por abundantes lluvias, al paso que los campos de los contrarios continuaron estériles y roídos por la langosta. En medio de la alegría de los unos y de la amargura de los otros, las dos tribus se unen y proclaman á la Madre Divina protectora de aquellas tierras (1).

Así refieren los cronistas que fué plantado el árbol de la fe cristiana en las regiones del Titicaca, cuna del primer hombre conquistador y civilizador del Perú.

El símbolo de la Cruz fué levantado á orillas del Titicaca, y el sacrificio que ella conmemora, creído de los naturales; pero había necesidad de un busto ó imagen que representara á la Virgen María, la protectora y abogada de los copacabanos. ¿Cómo haberla, si no había medios para realizar tan apremiante deseo? Cierta indio, conocido con el nombre de Francisco Tito Yu-

(1) ANDRÉS DE SAN NICOLÁS: *Imagen de Nuestra Señora de Copacabana, portento del Nuevo Mundo, ya conocida en Europa.*—Madrid. Un vol. en 8.º, 1663.

panqui, descendiente de los incas y cristiano fervoroso, quiso construir una Virgen y de barro la formó, pero tan tosca y contrahecha, que fué rechazada por el doctrinero, produciendo hilaridad en las tribus indígenas. No desmayó por esto el novel alfarero, y repitiendo el ensayo por cuatro ocasiones, fué igualmente rechazada la obra. Impelido por secreta fuerza, Yupanqui deja el pueblo de Copacabana y pasa á los de Potosí, Chuquisaca y otros, con el objeto de perfeccionar su obra, la cual fué por todas partes desaprobada, recibiendo del obispo de Chuquisaca la orden de que fuera á cultivar los campos y abandonase el propósito de fabricar vírgenes, porque lo juzgaba más idóneo para pintar monas que para crear imágenes. Con humildad resignase el indio, y guardando el tosco barro de la Virgen, esperó que llegasen venturosos días. A pesar de la imagencita, con todo el aspecto de una rechoncha, se hizo dueña de las voluntades. Exige la muchedumbre la imagen, hácela bendecir, y con pompa inusitada la llevan al templo de Copacabana, donde entra triunfalmente el día 2 de Febrero de 1583. Al instante la tosca Virgen comienza á transfigurarse, aparece bella, acabada, radiante, terminando por conquistar con su prodigio el amor de los copacabanos.

En 1580 los moradores de Caracas, á consecuencia de la epidemia de viruelas que azotó á

la pobre ciudad, levantaron un templo á San Pablo, primer ermitaño. Diez y seis años más tarde llegó á este templo una imagen de la Virgencita de Copacabana semejante á la de Titicaca, recibiendo desde entonces hasta ahora cincuenta años fervoroso culto, pues venerada fué como patrona de las lluvias y de la langosta.

Muy diferente de la tradición peruana es la caraqueña. Refiere ésta que un indio al pasar por cierta calle de Caracas se quitó el sombrero y vió caer una moneda de plata. Admirado del hallazgo toma la moneda, sigue al primer ventorrillo y la emplea en bebida espirituosa. Inconscientemente continúa, y al sentarse en la esquina de otra calle, vuelve á sucederse la escena con todos sus pormenores, repitiéndose más tarde, y por tercera vez, igual suceso. Entonces el indio examina con acuciosidad la moneda y halla que en ella figura la imagen de la Virgen. Con veneración la coloca en un escapulario, que cuelga del cuello y oculta tras de la camisa. Pero corriendo el tiempo, el indio comete un asesinato, y se le enjuicia y es condenado á ser ahorcado. Al subir el reo al cadalso, el verdugo no le ha dado todavía el lazo á la cuerda, cuando ésta se rompe. Toma entonces otra más fuerte, la cual se rompe igualmente. En presencia del público el indio declara entonces que aquel hecho milagroso se debe á la intervención de Nuestra Señora de Copacabana,

y quitándose el escapulario lo hace abrir, encontrándose en él la pequeña moneda de plata que había crecido, y con ésta la imagen de la Virgen. El indio pidió en seguida que aquella imagen fuese depositada en el templo de San Pablo y que á ella se apelase para obtener del cielo lo que se quisiera. El asesino fué ahorcado y la imagen depositada en San Pablo (1).

Desde este día, el Ayuntamiento de Caracas nombró á la Virgen de Copacabana abogada de las lluvias, y á ella clamaba la población cuando la sequía tostaba la hierba de los campos, se hacía insoportable el calor y todo el mundo pedía á gritos la lluvia. Cuando llegaba el día fijado por el Ayuntamiento, en vista de circunstancias apremiantes, la virgencita salía en procesión del templo de San Pablo á la catedral, acompañada del obispo y Capítulo, del gobernador y Ayuntamiento, de los frailes de los conventos, demás empleados y gran número de devotos; y desde fines del último siglo, también con el Consulado, la Intendencia y la Audiencia Real. Permanecía la Virgen en la catedral uno ó más días y regresaba á San Pablo después que recibía la visita de todos los habitantes de la ciudad. Tan solemne procesión verificóse en Caracas casi durante tres siglos, desde fines del décimosexto hasta 1841 (2).

(1) DEPONS. Obra citada.

(2) El obispo Álcega, uno de los varones más piado-

Si la Copa salía para anunciar las lluvias, nada tenía de extraño, pues aquí los almanaques que llegaban de Cádiz, nunca traían noticias sobre la temperatura, etc. Todavía antes de la separación de Venezuela en 1830, jamás los almanaques anunciaron el tiempo. Esto vino más tarde, después de la instalación de la Academia militar en 1831. Pero lo extraño no es que la Copa saliera durante la colonia, después de 1606; lo admirable es haber salido después que se anunciaba el tiempo en los almanaques, desde 1837 á 1841.

«Van á sacar la Copabacana para que llueva», era el estribillo general,—«Piensan en sacar la Copabacana».—Hoy nadie dice esto, sino se ve el termómetro, se salen los más á temperar, se van al baño, y sufren los pobres desheredados ardiente calor, sequía, escasez de lluvias, etc.

Lloverá cuando deba llover.

Por supuesto la Copa salía cuando el aumento de calor y ciertos síntomas anunciaban la lluvia, á pesar de la aseveración del historiador Oviedo y Baños, que asegura que apenas se pensaba en sacar la imagen cuando se desataban las nubes en aguas.

---

Los del pontificado de Venezuela, protegió el culto de esta virgen desde el comienzo del siglo xvii, 1607 á 1608. Testigo en esta época de la horrible sequía que hacía sufrir las poblaciones en Venezuela, pensó en la Copabacana de Titicaca, hizo de una imagen de ella y publicó un edicto acerca de sus milagros.

Desde los primeros años del siglo décimo-séptimo, la virgencita de Copacabana comenzó á mostrar á los caraqueños el influjo que ella ejercía sobre la lluvia, nos asegura el cronista Don Blas Terrero; y éste mismo refiere que durante el apostolado de Bohorques, de 1611 á 1617, tuvo efecto uno de los milagros más elocuentes que ha presenciado la población de Caracas. Sacada la Virgen, en procesión, de San Pablo á la catedral, acompañada del obispo, gobernador, empleados y población de Caracas, no faltaban sino pocos pasos para llegar al último templo, cuando se desataron las nubes y cayó el agua á torrentes. Y añade: ante aquel milagro, todo el mundo comenzó á pedir perdón de sus faltas y á confesarse, desde el gobernador hasta el último de los esclavos.

En la época de Diez Madroñero, decíase que si la Virgen, al salir en los días calurosos, no efectuaba el milagro, modificaba por lo menos el calor, y que esto contribuía en mejora de la situación.

A los tres siglos de haberse levantado el templo de San Pablo fué demolido, 1880, figurando hoy en el mismo sitio el Teatro Municipal. Desde entonces la virgencita de Copacabana fué robada, ignorándose dónde estaba hasta ha poco, que fué trasladada á la Basílica de Santa Ana. Demolido San Pablo, ha concluído en Caracas el culto de Nuestra Señora de Copacaba-

na, quedando sólo el refrán de «Salir como la Copacabana», que á su turno tendrá también que desaparecer.

La Virgencita de Copacabana no volverá á salir en procesión por las calles de Caracas. ¡Cómo cambian los tiempos y las civilizaciones!

## VII

### EL CARNAVAL DEL OBISPO

Cuando fueron anunciadas con mucha anticipación las fiestas del Centenario de Bolívar, en 1883, una de las disposiciones del Gobierno fué que todos los edificios de Caracas debían tener, para el 24 de Julio, las fachadas pintadas; es decir, que la capital tenía que exhibirse en el día indicado, vestida de gala, destruyendo por completo los andrajos que llevaba á cuestas, desde tiempo inmemorial, y las numerosas arrugas ocasionadas por los años. De dicha llenos y de entusiasmo se felicitaron los farmacéuticos y pintores, al enterarse de tal disposición, pues se les presentaba á los unos la ocasión de salir de los vetustos barriles de pinturas que tenían almacenados, y á los otros la de hacerse de algunas monedas por embadurnar paredes, puertas y ventanas, al gusto de los moradores de Caracas.

Al amanecer del 23 de Julio, víspera del 24,

fecha del nacimiento del Libertador, Caracas apareció vestida de limpio y ataviada, desafiando al más pintiparado de los numerosos visitantes que llenaban los hoteles, casas de pensionistas, rancherías, ventorrillos, y se presentaban igualmente empaquetados y á la moda, obedeciendo á los impulsos del entusiasmo. Por la primera vez y quizá sea la única, en el espacio de trescientos diez y seis años, la ciudad de Losada ostentaba las gracias de su juventud, como Ven us surgiendo de las espumas del mar: por la primera y única vez, en la historia de Caracas, ésta contemplaba al sol cara á cara, y sonreía y coqueteaba con sus pobladores, al verse limpia, elegante y hasta poética, pues ella se decía:

Ayer maravilla fui,  
Hoy sombra de mí no soy.

Desde esta fecha, Caracas perdió para siempre uno de los distintivos de su pasada historia; dejó de narrarnos á lo vivo, lo que era el carnaval antiguo, desde épocas remotas, cuando la barbarie estableció que había diversión en molestar al prójimo, vejarlo, mojarlo, empaparlo y dejarlo entumecido. Y hasta las paredes de los edificios participaban de este baño de agua limpia ó sucia, pura ó colorida, pues el entusiasmo no llegaba al colmo, sino después de haber ensuciado, bañado y apaleado al prójimo, dando por

resultado algunos contusos y heridos, y degradados todos.

A proporción que se deslizaban los años, las manchas de todos colores que dejaba cada carnaval en las paredes de los edificios de la ciudad se multiplicaban, lo que daba á Caracas cierta fisonomía repelente. Dos cosas llamaron la atención de un viajero que visitó la capital, hará como cincuenta años: la hierba y arbustos desarrollándose en los techos, calles más públicas, y aun en los barrotes de hierro de las ventanas y campanas de los templos, y las numerosas manchas de todos colores, que sobresalían sobre las paredes del caserío. Lo primero le pareció como prueba evidente de la fuerza vegetal; del ningún tráfico de la población y de la ausencia completa de policía urbana; lo segundo, después de conocer la causa, como muestra de una sociedad bárbara que desconocía por completo la cultura de las diversiones públicas.

¡Cosa singular! En la historia de nuestro progreso, el carnaval moderno es una de nuestras bellas conquistas, porque acerca las familias, da ensanche al comercio, perfecciona el gusto, despierta el entusiasmo, aproxima los corazones y trae el amor, alma del matrimonio. El carnaval antiguo era puramente acuático, alevoso, demagogo, siempre grosero, infamante; el carnaval moderno es riente, artístico, espontáneo, honrado y republicano. Aquél fué siempre amenazan-

te, invasor, terrible. Caracas tenía que cerrar puertas y ventanas, la autoridad las fuentes públicas, y la familia que esconderse para evitar el ser víctima de la turba invasora. Las tres noches del carnaval de antaño eran noches lúgubres; la ciudad parecía campo desolado. El carnaval de hoy aspira el aire y el perfume de las flores en presencia de la mujer pura y generosa, siempre resplandeciente, porque posee las dotes del corazón y los ideales del espíritu. Por esto Caracas abre puertas y ventanas, y comparsas de máscaras en coche ó á pie, recorren las calles y visitan las familias. La noche no es fúnebre como en pasados tiempos, sino alegre, bulliciosa, poblada de luces y de armonías. El amor, antiguamente escondido, temeroso, sufrido, es hoy libre, expansivo; espléndido á la luz del día, confidente al llegar la noche.

Dejó de figurar el agua, y con ella aquel famoso instrumento del *Médico á Palos* de Molière, de mango prolongado y punta roma, que tanto llamaba la atención en remotas épocas ¿Qué mortal se atrevería á llevarlo hoy en sus manos? El antiguo carnaval era una ciudad sitiada. El moderno es una ciudad abierta. Si el primero dejaba por todas partes los despojos del huracán, calles sucias, manchas en las paredes, contusos y heridos, el moderno deposita al pie de cada ventana, como homenaje á la mujer virtuosa, ramilletes de flores naturales y arti-

ficiales, grajeas, y quizá el billete perfumado de algún galán imberbe. El carnaval de antaño era económico; el moderno es fastuoso. ¿Y qué importa que el crédito tome creces y se aumente en los libros del comercio la partida de pérdidas y ganancias, si los corazones se unen y la humanidad se multiplica?

No tienen los dos carnavales de común, sino la mala intención: la de lanzarse cada prójimo cuanto proyectil pueda haber á las manos, con toda la fuerza de que es capaz el cuerpo humano. Así son los campos de batalla: el que sale con gloria, no es el muerto, sino el que sobrevive, con un ojo de menos, con dañada intención de más.

Entre los dos carnavales de que acabamos de hablar, está el carnaval religioso creado en los días en que se amarraban los perros con longanizas. En la época del obispo Diez Madroñero, 1757 á 1769, Caracas no tenía jardines, ni paseos, ni alumbrado, ni médicos, ni boticas, ni modistas ni cosa que se le pareciera, ni carretas ni coches, sino magnates y siervos. Distinguíase el carnaval de aquellos días no sólo en el uso del agua, en el baño fortuito, intempestivo, que se efectuaba en *ciertas* familias del poblado, cuando el zagalejo entraba de repente en el patio, cogía con astucia á la zagaleja, y ambos se zambullían en la pila como estaban, sino en algo todavía más expresivo, como lo eran los juegui-

tos de manos entre ambos sexos, los bailecitos, entre los cuales figuraban el fandango, la zapa, la mochilera y compañía.

En el estudio que hizo el prelado, de la sociedad caraqueña, no dió importancia al uso de los proyectiles de azúcar ó de harina, con los cuales cada jugador quería sacarle los ojos a su contrario; tampoco se ocupó en si se mojaban con betún ó con agua, ó si se embadurnaban con harina ó pinturas. Lo que llamó toda la atención del prelado fueron los baños de los zagalejos en las casas de *ciertos* moradores de Santiago de León, y los retozos y bailecitos populares, los tocamientos y morisquetas de los sexos, los juegos de la «gallina ciega», la «perica», el «escondite», y el «pico-pico». Que se lancen balas, si quieren, decía el obispo; pero que no se acerquen, pues no conviene tanta incongruencia. ¿Qué hacer? Concibió entonces el proyecto de sustituir el juego del carnaval con el rezo del rosario. Invitó á reunión general los magnates de la ciudad, hacendados, comerciantes, industriales, curas de las parroquias, etc., etc., y les dijo: «Voy á acabar con esta barbarie, que se llama aquí carnaval; voy á traer al buen camino á estas mis ovejas descarriadas, que viven en medio del pecado; voy á tornarlas á la vida del cristiano por medio de oraciones que les hagan dignas del rey nuestro señor y de Dios, dispensador de todo bienestar.» Y después de explicar su pen-

samiento y de obtener la venia de la numerosa asamblea, lanzó á la luz pública cierto edicto con el cual enterró á la zapa y demás bailes populares. En seguida quiso hacer su ensayo respecto del carnaval, y como vió que le había producido admirable resultado, lanzó á la faz de todos los pueblos del obispado el siguiente edicto, con el cual acabó, durante los diez años de su apostolado, con el carnaval de antaño:

*«Nos, Don Diego Antonio Díez Madroñero, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, obispo de Caracas y Venezuela, del Consejo de Su Majestad.*

»Entre los muchos y singulares efectos que como favor especialísimo celebramos haber causado en los piadosos ánimos de sus devotos súbditos, la Madre Santísima de la Eterna Luz, Divina Pastora de esta ciudad y obispado, son muy notables y maravillosos (si maravilla es, que á los dulces silbos y armoniosas voces de María hasta los efectos, obedientes se sujetan á la razón y la razón á Dios) cuantos admiramos, particularmente en las carnestolendas del año próximo pasado, las semanas precedentes á ellas y en el siguiente santo tiempo de Cuaresma, en que convidados por la Santa Iglesia á penitencia, á una devota tristeza y al ejercicio de las virtudes cuando el mundo, ostentando escenas de sus teatros como lícitas, las más vivas y arti-

ficiosas expresiones de libertad en juegos, justas, bailes, contradanzas y lazos de ambos sexos, contactos de manos y acciones descompuestas é inhonestas y cuando honestas indiferentes, siempre peligrosas, llamaba á los deleites corporales aquellos nuestros súbditos, fieles siervos de Nuestra Señora, combatiendo y despreciando constantemente hasta los atractivos halagüeños de semejantes diversiones profanas, admitieron gustosos aquel convite espiritual, prefiriendo entre sí mismos con santa emulación por participar de las delicias celestiales preparadas en los sagrados banquetes y espectáculos representados, ya en las iglesias, donde estuvo expuesta Su Majestad Sacramentada, ya en las procesiones de Semana Santa, ya en los rosarios convocatorios, ya en los demás ejercicios piadosos repetidos en los días de Cuaresma, habiendo asistido todos dando recíprocos ejemplos con su más fervorosa devoción y compostura, sin excepción de los niños y párvulos que abstenidos de las travesuras pueriles de que el enemigo común solía valerse para perturbar y retraer de las iglesias á los devotos, no fueron los que menos edificaron, advertidos, sin duda, de sus párrocos, maestros prudentes y devotos, padres de familia de cuidado, celo y eficacia en el cumplimiento de sus muchas y gravísimas obligaciones, pende muy principalmente la universal santificación de este pueblo y obispado, á que espe-

ramos nos ayuden unos y otros cooperando en cuanto les sea respectivo, perseverantes en la soberana protección necesaria, y en los medios y ejercicios santos practicados el año precedente que haremos notorio, se les facilitaron repitiéndolos, y que nuevamente les invitamos, satisfechos en la constancia de sus santas resoluciones y buenos propósitos, con que desterrados perpetuamente el carnaval, los abusos, juguetes feroces y diversiones opuestas á nuestro fin, se radiquen más y más las virtudes y buenas costumbres; aumenten en los piadosos estilos é introduzcan firmemente como loable el de continuar la custodia de esta ciudad para que, fortalecida con el número inexpugnable de la devoción de María, Señora Nuestra, y quitado embarazo el domingo, lunes y martes de carnestolendas, permanezca defendida y concurren los fieles habitantes de María, sin estorbo á adorar á Su Divina Majestad Sacramentada, en las iglesias, donde se expondrá á la veneración de todos, convocados por sus Santos Rosarios que salgan de las respectivas, donde se hallan situados á las cuatro, según ordenamos á todas las cofradías, congregaciones ó hermandades y personas á cuyo cargo están; los dispongan y saquen en las tres tardes en el inmediato carnaval, dirigiendo cada cual el suyo por las cuadras que circundan las iglesias de su establecimiento, sin juntarse con otro, volviendo y concluyendo en

la misma forma con la plática mensual en que, confiamos del fervor y facilidad de los predicadores, tocarán algún asunto conducente á desviar á los fieles de las obras de la carne y á traerlos á la del espíritu con que templen la ira de Dios irritada por las culpas de las carnestoendas y Semana Santa.—En testimonio de lo cual damos las presentes, firmadas, selladas y refrendadas en forma en nuestro Palacio Episcopal de Caracas, en catorce de Febrero de mil setecientos cincuenta y nueve.—DIEGO ANTONIO, *Obispo de Caracas*.—Por mandato de Su Señoría Ilma. mi Señor.—*Don José de Mejorada*, Secretario.—Letras congratulatorias, invitatorias y exhortatorias por las que ordena Su Señoría Ilustrísima la repetición de rosarios en los tres días del carnaval, confiando no se manifestarán menos devotos en este año, sus muy amados y piadosos súbditos, que lo ejecutaron en el pasado, hasta los niños» (1).

Así se celebró el carnaval en Caracas, durante el pontificado del obispo Díez Madroñero. Las procesiones, llevando á la cabeza un cura de almas, recorrían las calles del poblado, sin

---

(1) Con este edicto comenzó el obispo Díez Madroñero las reformas que llevó á cabo en la sociedad caraqueña. Al posponer en el orden cronológico este cuadro á los que preceden, se comprenderá que ha sido para dejar coronada de modo más interesante la relación histórica de aquel pontificado.

tropiezos, sin desorden, y con la sumisión y mansedumbre de fieles ovejas. De manera que en aquella época, se rezaba el rosario todos los días, por las familias de Caracas; en procesión cada dos ó tres noches, é igualmente, durante los tres días de carnaval.

¿Era todo esto efecto de una alucinación epidémica, ó debía considerarse á la sociedad caraqueña como un pueblo de ilotas? Sea lo que fuere, en dos y más ocasiones, el Ayuntamiento de Caracas, durante este obispado, escribió al monarca español diciéndole: «No tenemos paseos, ni teatros, ni filarmonías, ni distracciones de ningún género; pero sí sabemos rezar el rosario y festejar á Maria, y nos gozamos al ver á nuestras familias y esclavitudes, llenas de alegría, entonar himnos y canciones á la Reina de los Angeles» (1).

Así pasaban los años, cuando el obispo murió en Valencia en 1769. A poco comienza la reacción, y la sociedad de Caracas, á semejanza de los muchachos de escuela en ausencia del maestro, da expansión al espíritu y movimiento al cuerpo. El rezo del rosario, en la época del carnaval fué desapareciendo, hasta que volvieron los habitantes de la ciudad Mariana al carnaval de antaño. Tornaron los bailes populares y los

---

(1) Actas diversas de los Ayuntamientos de esta época.

jueguitos de manos, y el zambullimiento de los zagalejos enamorados en las fuentes cristalinas. Resucitó el famoso instrumento de Molière, llenáronse las calles de embadurnadores, recibieron las paredes del poblado innumerables proyectiles, salieron, finalmente, de las jaulas, los pajarillos esclavos, y se comieron los perros las apetitosas longanizas. La reacción es siempre igual á la acción.

## VIII

### CIENTO TREINTA Y TRES AÑOS DESPUÉS

Caen los imperios y derrúmbanse las sociedades, de la misma manera que se desprenden las hojas de los árboles. Todo nace y muere, todo pasa y nada es estable, porque tal es el destino al cual sometió la Providencia las cosas sublunares.

¿Dónde están los patronos y abogados de Caracas? Demolidos fueron los conventos de mujeres y de hombres, lo mismo que los templos de San Pablo, San Felipe, San Lázaro, San Mauricio y la Trinidad. Demolidas fueron también las capillas y ermitas del Calvario, la Soledad, el Rosario y los Dolores; pero han surgido Santa Teresa, la Santa Capilla, San José y las capillas del Calvario, de Lourdes y de la Trinidad.

Con la extinción de los conventos y de las capillas desaparecieron las cofradías y herman-

dades, y con éstas, las procesiones nocturnas del rosario, las fiestas de Corpus, los octavarios, las procesiones de Semana Santa y los retablos de las esquinas. Ya los santos no salen por las calles, ni éstas se entoldan ni hay cortinas que engalanen puertas y ventanas. Ya el Viático para los enfermos y moribundos no sale en procesión, bajo de palio, ni bajo de paraguas, precedido de la esquila del templo. Esta ceremonia exige el misterio, para no estar en contacto con el bullicio de las ciudades.

Desaparecieron los santeros que por los cuatro vientos tenía Caracas, siempre en solicitud de los creyentes; pero abundan los petardistas, los pedigüños, los ociosos y holgazanes.

Ocultóse la Copabacana; dejó de ser esta Virgen la protectora de las lluvias, y tuvo que refugiarse en la Basílica de Santa Teresa, después de haber recibido culto durante tres siglos. Pero si esta virgencita desaparece, la de Lourdes surge y guía á los peregrinos en dirección de Maiquetía. Desapareció el patrono de las flechas envenenadas, y también el de la langosta, la cual se presenta cuando quiere, se ríe de los hombres y de las cosas, y desaparece para volver cuando le place. La Virgen de las Mercedes cesó de ser la abogada de las sementeras de cacao, de los terremotos y la patrona de Caracas. Los agricultores se olvidaron de ella, en tanto que el terremoto de 1812 destruyó el hermoso convento de

la Redentora de Cautivos. Desapareció San Pablo el Ermitaño, y se quedó sin templo; San Jorge no tiene ya culto, y gracias que Santiago sea obsequiado anualmente con una misa pontifical, homenaje que recibe, no como patrono de Caracas, sino por ser uno de los discípulos más notables que tuvo el Divino Maestro. Desapareció, finalmente, *Nuestra Señora Mariana de Caracas*. Ya nadie la rinde culto, ya ninguna corporación firma *Mariana de Caracas*, sino simplemente *Caracas*. De la Virgen protectora de la ciudad, con cuyo nombre fueron bautizados tantos párvulos en los últimos años del pasado siglo, sólo queda en el Museo el retablo que figuró durante ciento doce años en la esquina de la Metropolitana.

Los oratorios privados y los que figuraron en los establecimientos agrícolas de las cercanías de Caracas, están cerrados, convertidos los primeros en despensas y los segundos en graneros. Dejó el esclavo de rezar el rosario en comunidad, desde el momento en que recuperó su libertad. Ya no hay siervos en Venezuela.

Ya no figuran expósitos en las puertas de los templos, que hospicio tienen los huérfanos; ya no está cerrada la puerta de la casa de Dios á los cadáveres de los pobres de solemnidad, que sociedades benéficas protegen á todos los desheredados; ya no se afeita á los cadáveres ni se visten, calzan y adornan, sino se amortajan; ya

no hay banquetes ni octavarios fúnebres, aunque quieren algunos resucitar las antiguas parrandas epicúreas en los días de duelo. Esta es la vanidad que con forma halagadora penetra en todos los hogares, estimula el amor propio y trata de nivelar todas las fortunas. Si algo debe tener presente la familia pobre en estos días de tribulación, en los cuales la competencia es causa de ruina, es aquella sublime sentencia del Divino Maestro: *Los primeros serán los últimos, y los últimos los primeros.*

En las solitarias calles de Caracas, ahora ciento treinta y tres años, no se veía una carreta ni un coche ni aun el alumbrado público, porque las luminarias de los santos patronos en las esquinas y zaguanes de las casas era suficiente para que los moradores de la ciudad pudieran pasearla en las noches oscuras.

¿Qué queda de aquellos días en que Caracas fué convertida en convento? Los ejercicios de San Ignacio en el colegio episcopal. Todavía las campanas de los templos tocan todas las noches la hora de los muertos y la hora de los agonizantes; todavía al nacer y al ocultarse la luz, las campanadas del *Angelus* son las compañeras de los que sufren y esperan.

La civilización, en su constante obra de derumbamiento de progreso, va cambiando de forma y de ideas, siempre bajo el influjo de intereses mundanos, que cada sociedad sabe reves-

tir con tendencias más ó menos lisonjeras. Cayó la colonia y surgió la república. Si ésta llega á desaparecer, alguien llegará á contemplar el *caos primitivo*, de que nos habló el gran Bolívar.



III

ORÍGENES DE LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA  
EN VENEZUELA



## I

**Conducta del Gobierno de España respecto de la instrucción pública en América.—Causas que influyeron en el adelanto y atraso de las colonias.—Venezuela. Causas de su decadencia durante la época de la Colonia.—Primeras escuelas en Caracas.—El primer Bolívar, agente de instrucción pública.—Encargo del clero en la instrucción pública.—El primer Seminario fué mandado crear por Felipe II.—Fundación de él en 1642.—Su erección en 1673.—Primeras exigencias respecto de la fundación de la Universidad de Caracas. Instalación de ella en 1725.—Sus primeros catedráticos.—Orígenes de cada clase.—Orígenes de los estudios médicos y matemáticos.—Desórdenes.—Sepárase el Seminario del Rectorado de la Universidad.—Colegio de los Jesuitas.—Primer colegio de niñas en Caracas (1).**

Es un hecho que el Gobierno de España no siguió una misma pauta de conducta respecto de las colonias que fundó en el Nuevo Mundo y sostuvo durante tres centurias: si liberal y aun

(1) Este estudio está dedicado al señor doctor don Agustín Aveledo.

espléndido aparece con unas, respecto de otras se muestra indiferente y hasta negado; celoso del ensanche y prosperidad de las ricas, supo enviarles gobernadores activos que tuvieran por objeto el engrandecimiento de España en América, de acuerdo con las aspiraciones de cada pueblo; dejando á las pobres entregadas al capricho de mandatarios ineptos, que más fueron las trabas que pusieron al progreso que los beneficios que dejaron á la sociedad que les fué encomendada.

¿Qué causas influyeron para que Venezuela, así como otras secciones de la América española, estuviesen hasta la revolución de 1810 en el más completo estado de atraso científico y literario, cuando las otras colonias de América poseían academias, colegios é institutos, con hombres competentes tanto españoles como americanos?

¿Por qué la instrucción pública, y con ésta el surgimiento de hombres conspicuos en todos los ramos del saber humano, fué más fructífero en el Perú, Cundinamarca y Méjico que en Venezuela y otras colonias sud-americanas? ¿Y por qué el Gobierno de España fué más liberal respecto de unos países, en detrimento de los demás que había fundado en el mismo continente?

Tres causas nos parece que obraron en el ánimo del Gobierno español, en cuanto las con-

cesiones que hiciera á sus colonias en el Nuevo Mundo: el poderío de los pueblos indígenas, que hallaron los conquistadores con gobierno civil y eclesiástico, monumentos, artes, rudimentos de ciencia, escritura simbólica, jeroglíficos, quipos, costumbres, tradiciones, historia, y cuanto puede hablar en pro de sociedades que habían sabido conservarse al través del tiempo y de las revoluciones. A esta primera causa debemos agregar la riqueza mineral del suelo, revelada por los ídolos y objetos de oro encontrados en todos los templos y en poder de los Emperadores, Cipas é Incas, y confirmados luego por las minas; causa poderosa del incremento de las poblaciones indígenas en las altiplanicies andinas y del aflujo á éstas de la emigración europea, más ávida de riquezas que de aventuras. La llegada á América de espíritus ilustrados, de mandatarios activos, de hombres emprendedores y de aliento, á los que se unieron las aspiraciones naturales de cada sociedad en presencia de las necesidades materiales, morales y sociales de la familia americana, fueron también causas que contribuyeron, en unos pueblos más que en otros, al incremento y desarrollo de la instrucción pública. Esto explica el por qué antes de la revolución de 1810 la instrucción pública apareció con resultados más prácticos en las colonias andinas, centros de la antigua civilización indígena, que en aquellas que estuvieron en

las regiones despobladas del mismo continente.

Pobre, muy pobre, aparece la educación pública en Venezuela durante el prolongado período de la Colonia. La ausencia completa de las causas que influyeron en el adelanto de una gran porción de la sociedad americana, contribuyó entre nosotros al estado incipiente de la instrucción general. Departamos.

En primer término, Venezuela no fué en su época indígena sino una reunión de tribus salvajes, ignorantes, sin centro de gobierno, sin industrias, sin monumentos, sin arte; muchedumbres incipientes, sin memoria de sus progenitores y con escasos rudimentos de la familia. Nada dieron al conquistador, que tuvo que hacerlo todo, desde el hogar y cultivo de la tierra, hasta la estabilidad y educación de la tribu. La ausencia de metales preciosos, cuya posesión fué siempre el estímulo del conquistador, contribuyó, por otra parte, á que las poblaciones venezolanas permanecieran estancadas durante siglos. Después de la explotación de la perla en las islas de Cubagua y de Margarita, que tanto aflujo de aventureros trajo á las comarcas orientales, éstas quedaron solitarias, sin aliciente de ningún género para la inmigración europea. La explotación minera, emprendida sin fruto en varias regiones de Venezuela, contribuyó á ahu-

yentar los deseos de los especuladores que de todas partes acudían á América, con el único objeto de explotar la tierra. Debe agregarse á esto que, hasta mediados del siglo último, no había concluído todavía la guerra entre los castellanos y los indígenas, y que éstos, ocupando grande extensión en Venezuela, no llegaron á reducirse sino por medio de los misioneros: causas poderosas que retardaron el adelanto y ensanche de un gran número de pueblos.

El primer mandatario de la antigua provincia de Venezuela que se ocupó en plantar en ésta la instrucción primaria y elemental, fué aquel Simón de Bolívar, comisionado del Ayuntamiento de Caracas ante Felipe II, por los años de 1589 á 1590, para recabar del Monarca todo cuanto redundara en beneficio de la Colonia y de su capital. Entre las reales cédulas que consiguió Bolívar figuran: la de 22 de Junio de 1592, por la cual se manda establecer en Caracas un Seminario, y la de 14 de Septiembre del mismo año, en que se crea un preceptorado de gramática castellana. Ordenaba el Soberano que, en la provisión de los colegiales, se tuviese particular cuenta y cuidado de preferir á los hijos y descendientes de los primeros descubridores (1); pero no habiéndose podido entonces

(1) Estas Reales cédulas, desconocidas de los historiadores venezolanos, tienen alta importancia cronológica é histórica.

llevar á cabo el pensamiento de Felipe II, ya por falta de recursos y de población, ya por lo prematuro que hubiera sido fundar un colegio en población tan reducida como la de Caracas, la cual en aquellos días no podía dar alimento á sus necesidades materiales, el rey accedió al deseo de que se estableciera en la nueva ciudad el preceptorado de gramática castellana, de acuerdo con la real cédula de 14 de Septiembre de 1592. De manera que á los veinticuatro años de haber sido fundada Caracas comienza la instrucción primaria con una escuela, cuyo preceptor ganaba la cantidad de doscientos treinta pesos anuales.

Al surgir el siglo décimoséptimo aparecen en la capital de la antigua Venezuela los conventos de frailes. Los preladados y los religiosos franciscanos y dominicos fueron los primeros catedráticos del idioma latino, de moral y de rudimentos de la ciencia teológica. Sin disputa alguna, la instrucción elemental y de idiomas comienza en Caracas con los conventos y con los preladados, los que, desde 1606, abandonaron la ciudad de Coro, donde residía el cabildo eclesiástico, por la de Caracas, que les brindaba comodidades y más seguridad. La cooperación del clero, como agente de instrucción, descuella no sólo en el desarrollo del Seminario, y des-

pués en la Universidad de Caracas, sino también en las escuelas de primeras letras, regentadas por los frailes en los mismos conventos, con el carácter de educación privada y gratuita. Y mientras que esto pasaba en los conventos de Caracas, los obispos, en sus visitas diocesanas, se entretenían en enseñar el castellano, la moral y los rudimentos del idioma latino, en tanto que los misioneros generalizaban la doctrina y los primeros rudimentos de gramática castellana entre los jóvenes de cada tribu. Todavía más: el primer colegio de niñas durante la Colonia, instituto que aun se conserva, fué, como veremos más adelante, obra de un clérigo, del presbítero Malpica; y los estudios matemáticos se abrieron en la Universidad de Caracas bajo el dictado de un sabio capuchino, del Padre Andújar, uno de los maestros que tuvo Bolívar antes de su salida de Caracas en 1798. Las bibliotecas de los conventos y de la obispalía fueron, por otra parte, un foco de enseñanza para los jóvenes sedientos de luces, los cuales encontraron en aquéllas modelos de los clásicos latinos y españoles, y muchas obras de la patristica antigua, tan llena de bellezas como de pensamientos consoladores.

El primer Seminario conciliar de Caracas fué mandado erigir por cédula de 1592, como hemos dicho; pero el deseo del primer Bolívar, favorecido por Felipe II, no pudo llevarse á cabo sino

cincuenta años más tarde, en 1641. Débese al obispo Mauro de Tovar la fundación del primer Seminario, aunque de una manera incompleta, pues este plantel no llegó á erigirse sino en 1673, bajo el pontificado del obispo González de Acuña, y á ensancharse en 1682, bajo el de Diego Baños y Sotomayor.

La primera petición elevada al monarca de España, por la cual se solicitaba la creación de una Universidad en el Seminario conciliar, data de los años de 1696 á 1697. Por real cédula de 30 de Enero de 1698, el rey da las gracias al obispo de Caracas por el aprovechamiento de los colegiales del Seminario, y le encarga *que cuide y fomete el Instituto*. Por oficios de 30 de Diciembre de 1697 y 14 de Enero de 1700, niégase la solicitud. Un año más tarde impetra el Seminario licencia para conceder grados y evitar así la ida á Santo Domingo, donde existía la primera Universidad creada en América; pero fué igualmente negada, limitándose el rey á pedir informes. La Universidad de Caracas no llegó á instalarse sino bajo el reinado de Felipe V. Por real cédula de 22 de Diciembre de 1721, concedióse al fin el permiso para erigir en Caracas una Universidad, cuya instalación se realizó el 11 de Agosto de 1725 en la capilla del Seminario, acto que fué presidido por el obispo Escalona y Calatayud.

La Universidad se abrió con las siguientes

clases: *Teología de prima*.—*Teología de vísperas*.—*Cánones*.—*Instituto de leyes*.—*Teología moral*.—*Filosofía*.—*Medianos y mayores*.—*Gramática de menores y música*.—Después vinieron las clases de *Escritura*.—*Filosofía escolástica de dominicos*.—*Medicina y Mínimos de gramática* (1). De estas doce cátedras pocas fueron favorecidas por el monarca; unas traen su origen del Seminario y otras fueron creadas por la Universidad. En papeles antiguos, que remontan al año de 1785, encontramos el origen de cada una de ellas.

*Las primeras letras* se enseñaban en el Seminario Tridentino desde los primeros años del siglo último. Suprimida la escuela hacia mediados del mismo siglo, volvió á instalarse en 1772. Por disposición testamentaria de don Bartolomé Iturralde, de Navarra, su albacea don Fernando de Echeverría, vecino de Caracas, impuso á censo la suma de dos mil pesos, para pagar con su rédito un maestro de escuela que debía enseñar gratis cierto número de niños pobres, debiéndose preferir á los huérfanos. Abrióse de nuevo el plantel con 21 alumnos en 1772, en la misma sala del Seminario donde había estado.

Las clases de *gramática latina* que se comprendían bajo los denominados de *menores*, *me-*

(1) Véase, para más pormenores, el Estudio acerca de este Instituto, publicado en 1876 en los *Apuntes Estadísticos* del Distrito Federal.

*dianos y mayores*, datan de 1592, cuando, por real cédula de Felipe II, se creó la clase de gramática castellana. Esta cédula, que fué ratificada por otras de 8 de Noviembre de 1608, 19 de Octubre de 1687, 24 de Septiembre de 1692 y 18 de Junio de 1698, pone de manifiesto el interés que los monarcas de España tuvieron desde los orígenes de Caracas, para que la primera materia de enseñanza pública fuese el habla castellana. Durante los primeros tiempos la clase fué pagada por los oficiales reales, quienes, por disposición regia, entregaban al profesor real doscientos pesos anuales; á esta suma, en la cual quedaron comprendidas más tarde las clases de gramática latina, se agregó desde 1750 la cantidad de ciento cincuenta pesos, lo que hacía un total de trescientos cincuenta pesos para los dos *catedráticos* encargados de la enseñanza de los idiomas latino y castellano. En 1773 el bachiller **Moreno** ofreció leer la cátedra de *Mínimos* durante tres años, con la condición de que se le concediese gratis la borla de maestro. La nueva cátedra, después de haber sido aprobada su creación por el soberano, quedó erigida en 1778; y cuando en 1783 cesó el compromiso del bachiller **Moreno**, se asignaron al nuevo profesor ciento cincuenta pesos.

De la primera clase de *Filosofía*, cuya dotación era de ciento cincuenta pesos anuales, correspondían al Seminario treinta, y los ciento

veinte restantes fueron dotación, antes de 1727, de don Pedro Laya Mújica, por capital que entregó para este objeto; pero desde 1750 la Universidad aumentó en veinticinco pesos el fondo de la cátedra. La segunda clase de *Filosofía* fué erigida en 1741, á petición del reverendo padre fray Pedro González Figuera, prior del convento de Dominicos. Los religiosos de este convento se comprometieron á leer gratis la cátedra, con la condición de obtener dos borlas de Doctor, además de las otras dos que estaban encomendadas á su religión. Tal solicitud fué aprobada por el Rey en 1742, con la adición de que, al haber renta, la clase fuese dotada. En 1765 la Universidad la favoreció con cincuenta pesos.

La cátedra de *Medicina* parece haber sido creada en 1763, época en que el Doctor Campins y Ballesteros se obligó á leerla durante seis años, con la única recompensa de que se le dieran gratis las borlas de Maestro en artes y Doctor en Medicina. Aceptada la proposición, leyóse diariamente de las nueve á las diez de la mañana y de las cuatro á las cinco de la tarde, además de las conferencias dadas los martes y viernes de cada semana. Después se fijó una y cuarta hora diarias, y una conferencia semanal. La erección de esta cátedra fué aprobada por el Monarca en 21 de Octubre de 1765, con la adición de que, al concluir los seis años, se la do-

tase con cien pesos tomados de los fondos de la Universidad.

La ciencia del Doctor Campins se reducía á nociones de anatomía y de fisiología, á la patología de aquella época y al conocimiento de la terapéutica y materia médica, que desde remotos tiempos se enseñaba en las aulas de España. Sin modelos y laminarios de anatomía, sin textos, sin bibliotecas científicas, el estudio de la medicina no podía pasar de ser rudimentario. Una capital despoblada, sin imprenta, sin comercio con el mundo, presa del contrabando, y, aunque situada casi á orillas del mar, muy distante de la civilización universal, mal podía avanzar en el estudio de una ciencia que necesita, además de textos, de modelos, de laminarios y de catedráticos hábiles, comunicación con el mundo ilustrado y conocimiento de las conquistas del espíritu: en una palabra, el cambio constante de las ideas con la sociedad del Viejo Mundo.

En 1777 fué creado, por Real cédula de Carlos III, el Protomedicato de Caracas, recibiendo el Doctor Campins los títulos de Protomédico interino, de médico de los Reales hospitales de Caracas y del Colegio conciliar, y además, la propiedad de la cátedra que regentaba (1). Desde esta época, con Francisco Molina y Felipe Tamarís, comienza la serie de médicos que figu-

(1) *Boletín de la Facultad Médica de Caracas*, 1880.

raron en Caracas desde fines del último siglo, y que continuaron después de la revolución de 1810. Como el estudio de las ciencias matemáticas, el de la medicina no podía ser creado de una manera fecunda y trascendental, sino después de Colombia y al surgir Venezuela en 1830.

La cátedra de *Moral* fué fundada y dotada por el obispo Rincón en 5 de Julio de 1715, con la condición de que el profesor fuese teólogo ó jurista.

La de *Instituta* la fundó y dotó el mismo Prelado en 1716, y en 1721 acrecentó la renta de esta cátedra el obispo Escalona y Calatayud, así como también la de *Cánones*.

La de *Teología de prima* la dotó el Doctor don Sebastián Mora en 1706, y después corrieron con ella la Universidad y el Colegio Seminario. La de *Teología de vísperas* fué regentada desde sus orígenes por los obispos, hasta que en 1707 Monseñor Diego de Baños y Sotomayor la dotó de la renta de los bienes del presbítero Vilches Narváez, de la ciudad de Trujillo, corriendo con ella más tarde la Universidad y el Seminario. Su renta fué aumentada en 1755 por don Ruy Fernández.

Tales son los orígenes de las cátedras que tuvo la Universidad de Caracas durante el último tercio del siglo pasado (1). Hasta mediados del

(1) *Razón puntual de las cátedras del Seminario y Universidad de Caracas: su erección y renta.* Informe inédito.

mismo, este plantel de enseñanza no era favorecido sino por un corto número de hombres espectables. El señorío de Caracas prefería para sus hijos, antes que un título científico, un grado militar, posponiendo así el estudio de las bellas letras y de las ciencias al ejercicio de la equitación y de las armas. En casi todas las colonias de la América española se nota, durante esta época, una tendencia más ó menos pronunciada hacia el estudio de las ciencias, menos en Venezuela. Exceptuando las carreras del episcopado y de la jurisprudencia, las demás eran repudiadas. Hubo abundancia de teólogos y de filósofos, en tanto que los barberos desempeñaban el encargo de cirujanos y los hierbateros el de *médicos*, y pasaban como insignes arquitectos científicos los alarifes. Para tener una ligera idea de lo que fué la educación científica y literaria en las pasadas épocas de nuestra historia, no hay sino leer lo que acerca de la instrucción pública escribió en 1810 el notable abogado doctor don Miguel José Sanz (1). Las apreciaciones de este espíritu ilustrado hablan muy alto acerca del atraso en que estuvieron Caracas y Venezuela durante la Colonia; atraso que era sostenido por los notables del país, cuyas opiniones respetaron siempre los monarcas de España. El desarrollo presentado en 1785 por el doctor don Domingo Bri-ceño.

(1) Véase á BARALT: *Historia antigua de Venezuela*.

llo intelectual de toda sociedad necesita en todo tiempo del factor individual, que es, en la generalidad de los casos, la fuerza que guía, se abre paso, vence los obstáculos, crea y fecundiza. Al penetrar en los orígenes de los estudios científicos de Caracas, ora en ciencias médicas, ora en ciencias matemáticas, no debemos omitir noticia alguna que nos ilustre y sirva de punto de partida á los futuros historiadores de Venezuela.

La fecha más remota que conocemos referente á la creación de los estudios matemáticos en Venezuela, remonta al año de 1760. Eran los días del gobernador Ramírez de Estenoz, cuando el coronel de ingenieros señor don Nicolás de Castro, deseando establecer en su casa (1) una Academia de geometría y fortificación, exclusivamente para los oficiales de su mando, elevó al Gobierno de Caracas la siguiente solicitud en 24 de Julio de 1760:

*• Señor gobernador y capitán general.*

» Considerando lo conveniente que será tener útilmente divertida la juventud de oficiales y ca-

---

(1) La casa solariega de la familia del señor Ramón de Castro, nieto del coronel y padre de nuestro amigo el conocido ingeniero señor José Cecillo de Castro, es la situada en la calle Oeste 2, núm. 1.

detes del batallón de mi cargo, y lo que más es, el gran provecho que se puede seguir al rey de tener en poco tiempo abundante acopio de ingenieros en esta provincia, de que al presente totalmente carecemos, tengo resuelto, permitiéndolo US., establecer en mi casa una Academia de geometría y fortificación, con cuyo intento he estado de algunos meses á esta parte, refrescando las especies que por falta de uso tenía algo remotas en esta facultad y que perfeccionaré con el trabajo de enseñarla; por lo que suplico á US. se sirva concederme este permiso, de que resultará tanta utilidad en el posible acontecimiento de una guerra. Favor que espero de la benignidad de US.

»Caracas, 24 de Julio de 1760.

»*Don Nicolás de Castro.*»

A esta solicitud contestó el gobernador Ramírez de Estenoz con el siguiente oficio:

«Caracas, 25 de Julio de 1760.

»Teniendo la idea del comandante por muy conveniente al servicio del rey, no sólo concedo la licencia que pide, sí que también de dar los auxilios que necesitare, y á S. M. cuenta de esta disposición y de la aplicación de cada uno, para que sean atendidos, correspondiendo á su adelantamiento.

»*Ramírez.*»

Elevadas ambas piezas á la consideración del Monarca, el gobierno de la Península comunicó al coronel Castro la siguiente resolución, con fecha 16 de Julio de 1761:

«*Señor Don Nicolás de Castro.*

»Por la carta de usted de 10 de Marzo de este año y el papel que incluye que le escribió el gobernador de esa provincia Don Felipe Ramírez de Estenoz, queda el rey en inteligencia de los progresos de la Academia de geometría y fortificación que usted estableció en su casa para oficiales y cadetes del batallón de su cargo; y ha sido de la aprobación de S. M. el celo con que usted se dedica á promover las dos utilidades tan propias de la mejor inteligencia de esos oficiales para practicar el servicio, de que participo á usted para el suyo. Dios guarde á usted muchos años.—Madrid, 16 de Julio de 1761.

»El Bailío, *Fray G. Julián de Arriaga.*»

Los textos de este Instituto fueron redactados por el coronel Castro. Todavía existen algunos de estos cuadernos, ilustrados con muy buenos dibujos, que llevan por título: *Fortificación de Campaña, Fortificación Regular, Geometría*, los cuales han podido conservarse en la misma casa donde se estableció la Academia. Esta tuvo de existencia siete años, pues en Septiembre de 1768

el coronel Castro dejó á Caracas, para trasladarse, como teniente del rey, á Panamá, donde murió en 1772.

El coronel Castro, natural de Ciudad Rodrigo y fundador en 1755 de una de las más honrosas familias de Caracas, bajo todos conceptos, fué un espíritu ilustrado, que contribuyó con sus talentos al brillo de la época en que figuró. Entre los diversos trabajos que dejó inéditos figura su obrita intitulada *Máximas de la guerra*, la cual consideró el general Miranda en 1810 como un trabajo de mérito sobresaliente, digno, como éste escribe, de su sabio autor (1).

Sin Academia y en abandono continuaron en Caracas, después de la partida del coronel Castro, los estudios matemáticos que con tanto entusiasmo se habían fundado desde 1761, cuando en 1785 el Padre Andújar, capuchino aragonés de mucha erudición, propuso al Capitán general interino, don Manuel González, regentar gratis una cátedra de Matemáticas, con el único objeto de aclimatar en el país este ramo de los conocimientos humanos. Por el momento accedió el gobernador, con la reserva de que fuese apoyado por el Monarca de España, cuando años después llegó á Caracas la Real cédula de Carlos IV negando la licencia, porque *no convenia ilustrar á los americanos*. La cátedra fué sus-

(1) Esta obrita fué impresa después de la muerte del coronel Castro.

pendida cuando ya comenzaba á dar opimos frutos (1).

Esta frase de Carlos IV no pasa de ser una solemne necesidad, hija de la ineptitud de aquel monarca. Aunque con restricciones frecuentes, el Gobierno de España patrocinó los estudios científicos en América como veremos más adelante.

Por cuanto acabamos de decir se comprende cuán limitados estuvieron los estudios científicos en los dos planteles de enseñanza superior que tuvo Caracas en las pasadas épocas. Ni la física, ni la química, ni las ciencias exactas, ni las naturales, ni el derecho de gentes, ni la historia, ni la ciencia geográfica, ni la ciencia del hombre fueron conocidas. A las poderosas causas generales que obraron en Venezuela sobre el grande atraso de instrucción pública, debemos agregar la amalgama de dos institutos en un mismo edificio; el cúmulo de controversias y de disputas

(1) Cuando á principios de 1817 las flecheras españolas entraron en el pueblo de Parapara—regiones del Orinoco—el Padre Andújar, establecido allí como misionero, habla muerto hacia poco tiempo. Su hermosa librería y sus instrumentos de física fueron lanzados á la calle y destruidos por la soldadesca invasora, alegando ésta que aquella casa había sido visitada días antes, y con veneración, por el Estado Mayor del general Piar.

que, desde sus orígenes, tuvieron los dos planteles; la lucha, en fin, de la mayoría ignorante contra la minoría ilustrada. Dos bandos esgrimieron sus armas, durante mucho tiempo y por aspiraciones individuales, en pro de intereses mezquinos y en contra del progreso de los estudios.

Y á tal grado llegaron los desórdenes promovidos por los encargados de la instrucción pública en Caracas, que el monarca, en conocimiento de lo que pasaba, hubo de prohibir á los obispos que se ingiriesen en negocios de la Universidad. Todo esto hubo de traer, al fin, la separación de las dos Academias, lo que se efectuó durante el apostolado de Martí, en 1775. Escuchemos cómo el obispo de Tricala refiérenos uno de los más curiosos incidentes de aquellos días:

«La paz de que se gozaba en el largo Pontificado del Ilustrísimo señor Martí, vino á ser interrumpida por un suceso altamente desagradable.

»Es conveniente dar á conocer el personaje que lo ocasionó. El presbítero don Lorenzo Fernández de León, abogado, vino de España como provisor del ilustrísimo señor Balverde. No era más que bachiller en Derecho. Era sujeto de capacidad, de rectitud y justiciero, pero de un carácter fuerte y sostenido. Quiso graduarse de Licenciado en Derecho canónico, y en conside-

ración á su categoría, se le dispensó para que practicase el examen con la reserva posible, celebrándose la Tremenda nocturna en el salón de la biblioteca del Seminario. Tuvo competencia con el cabildo eclesiástico, al cual entró más tarde por una prebenda; después obtuvo por oposición la canongía doctoral, y últimamente la dignidad de maestro-escuela, á la cual estaba unida la cancelaria de la Universidad conforme á una cédula real. Como cancelario ejerció una autoridad desconocida hasta entonces: se declaró juez en las causas de los alumnos matriculados en la Universidad, y tocándole presidir las Tremendas para los grados de Licenciado en todas las facultades, se ingería en los argumentos, reconvenía á los doctores replicantes, etc.

»Llegó á hacerse tan temible, que algunos cursantes no quisieron pretender grados durante el tiempo de la Cancelaría del señor León. El rectorado de la Universidad estaba unido desde su fundación al rectorado del Seminario, que era de libre nombramiento del prelado. Al crearse la Cancelaria se reservó á ésta la colación de los grados mayores de maestro, licenciado y doctor, dejándose al rector la colación de grados de bachiller, la presidencia del Claustro pleno y de las fiestas religiosas de los patronos, y la visita de Cátedras.

»Era rector del Seminario, y por consiguien-

te de la Universidad, el presbítero doctor Domingo de Berroterán: por una falta que no hemos podido averiguar, fué preso en su habitación del Seminario por el cancelario señor León, y suspenso de las funciones rectorales universitarias. El vicerrector de la Universidad convocó Claustro pleno de maestros y doctores, para elevar queja al rey por las demasías del cancelario. Súpolo éste, se presentó en el Claustro, y con la autoridad imponente de que ya tenía dadas pruebas, trató de impedir toda resolución.

»El Claustro, viéndose oprimido, envió á suplicar al señor obispo viniese á contener al señor León. El ilustrísimo señor Marti se dirigió por el interior del Colegio á la puerta de la sala de la Universidad, avisó el bedel la llegada de Su Señoría Ilustrísima, y el cancelario dijo con voz fuerte: «si es doctor de esta Universidad, que entre». El señor obispo no lo era; iba como conciliador, y rechazado tan brusca y descortésmente, regresó á su palacio. Inmediatamente salió de la sala el cancelario á acompañar á Su Señoría, quien esquivó con desdén la compañía.

»Nos es muy penoso referir los tristes y deplorables resultados del desaire hecho al venerable prelado y la arbitrariedad é injusticia de la corte de España con respecto al señor obispo. Por consecuencia de este acontecimien-

to, separó el rey el Seminario del rectorado de la Universidad.»

Otro establecimiento científico del siglo último fué el *Colegio de Jesuítas*, fundado desde 1731, y á cuya creación contribuyó el cabildo eclesiástico. Este plantel, dedicado exclusivamente á la educación eclesiástica, no fué sino un nuevo Seminario. Extinguido el poder de los jesuítas por real cédula de Carlos III en 1767, el Ayuntamiento de 1768 opinó porque aquel plantel fuese convertido en *Colegio de nobles*, hijos de Caracas, al cual podían venir los jóvenes distinguidos de las provincias. Creyó el Ayuntamiento que, entre los estudios que debían figurar en el nuevo instituto, debían tener preferencia las ciencias matemáticas y naturales, enseñadas por profesores hábiles. Pero los buenos deseos del Ayuntamiento, sostenidos por la aprobación del gobernador Solano, quedaron en proyecto después de la partida de este célebre mandatario.

No pudo Solano, á pesar de toda su voluntad y sus esfuerzos, ensanchar el estudio de las ciencias matemáticas que con tan buen éxito había comenzado el coronel Castro; pero sí dejó como timbre de su gobierno la creación del primer instituto de señoritas que entonces tuvo Caracas.

Por real permiso de 30 de Julio de 1768, el licenciado Simón Malpica, dignidad tesorero de la catedral de Caracas, fundó el *colegio de niñas educandas* en una casa de su propiedad, poniendo la obra bajo la protección de la autoridad civil.

El fundador tituló este colegio de *Jesús, María y José*, y lo destinó para educar en él niñas huérfanas ó pobres, de edad de seis hasta quince años, para cuyo efecto recogió veinticuatro que puso bajo la dirección de dos maestras que debían enseñarles labores de mano.

«El patronato de esta casa—dice un cronista antiguo—lo reservó el señor Malpica á su propia persona y á quien él mismo la sustituyese donando todos sus bienes á este establecimiento, los que consistían en catorce casas, fuera de la del Colegio, sitas en esta ciudad, con el valor de diez y nueve mil pesos, que producían entonces una renta de seiscientos diez pesos. Habiendo muerto de repente el señor Malpica en 28 de Septiembre de 1776, el Capitán general, que entonces lo era Don José Carlos de Agüero, de acuerdo con el ordinario eclesiástico, el Provisor Doctor Don Gabriel José Lindo, solicitó un sacerdote que se encargase extrajudicialmente de la casa del finado, y registrase entre sus papeles si había alguna disposición acerca del destino de sus bienes, y se encontró inmediatamente un testamento cerrado en la forma debida

otorgado en 17 de Diciembre de 1761; y habiéndose procedido sin pérdida de tiempo á la diligencia de su apertura, se vió que dejaba á su alma por heredera universal de sus bienes; y y con este motivo la autoridad eclesiástica atrajo á su conocimiento y jurisdicción la causa mortuoria de Malpica.

El Capitán general y todo el público, admirados de una disposición tan extraordinaria y contradictoria con la inversión que había dado en vida á su caudal y renta, mandó se registrasen los archivos de las escribanías, para saber si en ellos se encontraba alguna otra disposición; y en efecto, se encontró la escritura de fundación y dotación de la dicha casa de enseñanza, otorgada en 27 de Junio del año de 1768 ante el escribano público y de gobierno Francisco Antonio de Paúl, conteniendo cláusulas derogatorias de cualquier otra anterior disposición, acerca del destino de sus bienes, cuya circunstancia, y la de estar dicha casa bajo la protección de la autoridad civil y magistrados seculares, obligó al dicho Capitán general á exhortar al expresado provisor, para que mandase al sacerdote encargado de la casa del difunto entregar las llaves, y que por tanto, suspendiese la autoridad eclesiástica todo conocimiento en este asunto.

Empero, el discreto provisor se denegó á la solicitud del Capitán general, y se estableció una

reñida competencia, que terminó sobreseyendo las pocas luces de la débil autoridad civil, á la ilustrada y nerviosa preeminencia que gozaba entonces la autoridad eclesiástica. Sin embargo, se dió cuenta al rey de esta ocurrencia, y la piadosa majestad de Carlos III tuvo á bien contemplar la influencia de la mitra de Caracas, conviniendo en que continuase el provisor en el conocimiento de la causa mortuoria y aseguramiento de los bienes del presbítero Malpica, como consta de las reales cédulas expedidas en 11 de Mayo de 1769 y 19 de Octubre de 1779\* (1).

En los mismos días en que el padre Malpica solicitaba permiso para fundar un colegio de niñas, doña Josefa de Ponte impetraba igualmente del monarca licencia para fundar un colegio ó convento de religiosas que se dedicaran á la educación de señoritas, donando al efecto sus bienes y caudal. Carlos IV opinó, y así lo consultó con la autoridad de Caracas, por reunir las donaciones Malpica y Ponte, y fundar un establecimiento de enseñanza lo más completo posible.

A poco andar, murió aquel soberano, y la autoridad eclesiástica, en posesión de ambas donaciones, disfrutó de su renta. Después de la independencia de Veuezuela, Bolívar, en 1827, destinó los fondos mencionados al incremento de

---

(1) *El Nacional*, de Caracas, número 70.—1835.

la instrucción pública. Ultimamente, por decreto del Gobierno nacional, las antiguas donaciones han entrado en un fondo común, cuya renta se dedica á la instrucción pública, comprendiendo en ésta escuelas, colegios, institutos y universidades.



## II

Estado de la instrucción pública en Caracas á la llegada de Humboldt en 1799.—Esperanzas de la Universidad de Caracas.—Carta de Humboldt al doctor Montenegro respecto de la creación de ciertas clases.—Estado de la instrucción primaria á fines del último siglo. Estado de la instrucción después de la partida de Humboldt.—Los ingenieros españoles.—Primeros pasos respecto de la instrucción pública dados por el Gobierno de la revolución de 1810.—Estado floreciente de algunas de las colonias españolas de América para 1810.—Venezuela.—El ensanche de la instrucción pública comienza de 1827 á 1831.—Época actual.

Humboldt encontró á Caracas á fines del último siglo en el estado más completo de atraso respecto de estudios científicos. Los nuevos instrumentos de matemáticas que tenía el sabio llamaron la atención, no sólo de los curiosos, sino también de los ingenieros españoles. El único espíritu científico, con nociones exactas de la astronomía moderna, que halló el viajero en Caracas, fué un fraile franciscano: el padre

Puerto. «Nuestros instrumentos le interesaban vivamente—escribe Humboldt—y un día vimos, con grande sorpresa, llenarse nuestra casa de todos los frailes de San Francisco, que deseaban ver una *brújula de inclinación*.

Para la fecha en que Humboldt visitó á Caracas, puede decirse que la Universidad se preparaba á recibir reformas provechosas, debidas á los esfuerzos de Marrero, Escalona, Montenegro y otros jóvenes ilustrados que, impelidos por las necesidades de la civilización, comenzaban la propaganda de las nuevas ideas. Los libros importados durante los últimos años de aquel siglo, la visita de viajeros ilustrados y de naturalistas que precedieron á Humboldt, el desarrollo del comercio con las naciones extranjeras, la introducción de periódicos y hasta las mismas ideas revolucionarias importadas á América, fueron otras tantas causas que contribuyeron á levantar el espíritu de una juventud que destinaba la Providencia á representar un gran papel en los destinos de la patria.

La corta estada de Humboldt en la capital de Venezuela, si bien no dejó enseñanza, alentó por lo menos á los espíritus ilustrados. Las cartas cambiadas entre el sabio viajero y el doctor Montenegro, ponen de manifiesto los propósitos de algunos hombres y las tendencias de aquella época. «La provincia de Caracas—escribe Humboldt á Montenegro con fecha de Enero de 1800,

es uno de los países más bellos y más ricos en producciones naturales que se han conocido en ambos mundos. Deséase instruir la juventud, no solamente en las matemáticas y según los principios elementales, conforme á los cuales se divide y mide un terreno, ó la altura de una montaña, ó se construye una máquina; sino que se pretende igualmente comunicar los conocimientos relativos á la agricultura y á las artes, al modo de beneficiar el añil, el azúcar y el café, fabricar ladrillos, etc., etc. Solicítase un profesor á quien se pueda recurrir para tomar de él la instrucción necesaria en lo relativo á la utilidad que pueda sacarse de una producción vegetal, del jugo de una raíz, y sobre el valor de un mineral que se descubre. He aquí las ideas que han conducido á los sujetos respetables que han contribuído á dotar la nueva cátedra. Para llenar, pues, los deseos patrióticos de estos mismos señores, es necesario distinguir entre el fin que se proponen y la elección de la persona que para ello ha de solicitarse.

• Apenas habrá dos ó tres hombres en Europa que puedan, á un mismo tiempo, desempeñar un curso de Química (Física-química) y de Matemáticas. El sabio que es instruído en la construcción de una máquina, no sabe discurrir sobre el añil: y tan raro es el que estas dos cosas se hallen reunidas en un solo hombre, como encontrar en un abogado un buen médico. Me pa-

rece, pues, que sería muy útil dotar, á un mismo tiempo, dos cátedras en lugar de una, constituyendo un profesor de *Matemáticas* (mecánica, arquitectura rural, fortificaciones) y otro de *Química* y de Física experimental. Los miembros del Instituto nacional de Francia no tienen sino ochocientos pesos por año, no siendo muy subido el precio de las víveres en esta ciudad, juzgo que con aumentar la cantidad en cuatrocientos pesos se conseguirían dos profesores, de los cuales, cada uno tendría la renta de mil doscientos pesos, pensión muy buena y bastante apetecible. Sin embargo, en el caso de que absolutamente no se quiera más que un solo profesor, me parece, *atendiendo á las necesidades de la provincia*, que un profesor de Química y Física aplicada á las artes y á la agricultura, es mucho más necesario que el profesor de Geometría, especialmente cuando no faltará en esta ciudad algún sujeto instruído en las Matemáticas elementales para enseñar la juventud.

»En cuanto á la elección del sujeto que ha de ser el maestro ó profesor, sería una cosa muy irregular el abandonarla á la casualidad, dejando en manos de alguno que, ocupado en asuntos más importantes y separado de los sabios del país, encargase un negocio como éste á personas capaces, quizá, de obrar por intereses personales. La España tiene al presente, en Química, tres hombres de primer rango, á saber: el

Profesor Proust, residente en otro tiempo en Segovia y ahora en Madrid, calle del Turco, fábrica de cristales; Don N. Fernández, ensayador de la moneda real, y Don Juan Manuel de Areyula, en Cádiz.

»Para la elección de un profesor de Química es necesario ocurrir al profesor Proust, miembro del Instituto Nacional de París, quien goza de una particular protección del señor Don N. Urquijo. Aquél es un caballero muy amigo de servir y uno de los primeros químicos de Europa. Será necesario hacerle presente la necesidad de la provincia, esto es, la *química aplicada á las artes*, y suplicarle que ejercite, durante algunos meses y en su laboratorio, á la persona que escogiere.

»Por lo que toca á las Matemáticas y á la Mecánica, se deberá consultar al caballero Betancourt, quien goza de una gran reputación en Francia y en Inglaterra (vive en el Buen Retiro), ó á Don José Chay, profesor del cuerpo cosmográfico, en el cual tiene ya formados excelentes discípulos.

»Pero estos sujetos serán desde luego inútiles si vienen sin instrumentos. Es indispensable que traigan un pequeño aparejo químico de los conocidos: balanzas, barómetros, termómetros, higrómetros, etc. Por seiscientos ó mil pesos puede conseguirse una bella colección de ellos.»

No obstante las aspiraciones tan justas como

necesarias de Montenegro y de sus amigos respecto del adelantamiento de la Universidad, ésta continuó sin poder libertarse del todo de las trabas y abusos adquiridos durante su existencia. Así fué que sus *vejámenes* no desaparecieron sino poco tiempo después de la revolución de 1830, y las cátedras de Griego, Ciencias naturales é Historia no han sido establecidas sino setenta y cinco años después de la partida de Humboldt (1).

La instrucción primaria participó igualmente de las nuevas ideas que comenzaron á germinar al concluir el siglo último. Al frente de aquélla figuraba, en primer término, un hombre de bastante erudición: el señor Simón Rodríguez, que había sido maestro de Bolívar.

En el Ayuntamiento de 1794 Rodríguez presentó los manuscritos de una obra inédita cuyo título era: *Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas y medio de lograr su reforma por un nuevo establecimiento*. Después de haber sido estudiado el manuscrito por cada uno de los miembros del Ayuntamiento, éste acordó, en 20 de Junio

---

(1) Véase la interesante crítica sobre los *Antiguos Vejámenes*, escrita por el doctor Alamo.—Colección Blanco y Azpurúa, tomo II.

de 1795, aumentar el número de las escuelas y establecer una en cada parroquia; mas como Rodríguez quedara disgustado aun después de acogido su sistema de enseñanza y renunciara la dirección del plantel que regentaba, el Ayuntamiento limitóse entonces á darle un testimonio por escrito de lo mucho en que tenía sus méritos y buenos oficios en pro de la juventud caraqueña (1). A pesar de esta aprobación, lleno de desengaños dejó á Caracas en 1796 el maestro de Bolívar, mentor de éste en Europa desde 1803 hasta 1807, y luego amigo venerado del discípulo que, el día en que llega al pináculo de la gloria, le reconoce y acata como al consejero de su infancia.

Después de la partida de Humboldt el estudio de las ciencias no llegó á tener en Caracas ningún representante. Desde que el proyecto de una nueva Academia fué enterrado por Carlos IV, nadie se atrevió á hablar de estudios científicos. A pesar de esto, no faltaron ambiciones justificadas, jóvenes talentosos que aspiraron á adquirir nociones de la ciencia del ingeniero. En Cumaná se fundó mucho antes de 1810 una pequeña escuela de carácter privado, á cargo del ingeniero español Don Juan Pires, quien durante algún tiempo dió lecciones de matemá-

---

(1) Véanse las actas del Ayuntamiento de Caracas referentes á esta interesante materia.—1795.

ticas, entre otros venezolanos, á Sucre, Avendaño, Sojo, etc.; mientras que en Caracas las recibían de otro ingeniero, José de Salcedo, Tirado, Piñango y algunos jóvenes más; y tan útiles fueron los conocimientos que adquirieron estos venezolanos, que todos figuraron más tarde como militares instruídos.

Los ingenieros españoles dejaron en Venezuela la grande copia de trabajos importantes. La revolución de 1810 halló en los archivos de la antigua Capitanía planos corográficos de gran mérito. Entre los diversos autores de esos trabajos, que figuraron antes de 1810, está el señor Don Pedro Donato y Carranza, primer piloto de la carrera de Cádiz, cuyas cartas náuticas y planos de diversos lugares de la antigua Capitanía, comprueban la sólida instrucción de aquel empleado del Gobierno español. El encargo de primer piloto de la carrera de Cádiz parece que lo había tenido su padre, igualmente ingeniero notable, pues en la bibliografía española del siglo último encontramos: «CARRANZA—*Descripción de las costas, puertos, etc., de las Indias españolas, particularmente de Cuba.*—Publicada en 1740, en un volumen con mapas, y traducida al inglés en la misma época.»

¿Cuál fué el curso que tomaron los estudios matemáticos después de la revolución de 1810? En la *Gaceta de Caracas* de 7 de Septiembre de este mismo año encontramos el siguiente decre-

to, sin fecha, por el cual se creó en aquella época una Academia de *Matemáticas*. Dice así:

*Al Gobernador Militar de Caracas.*

«La Suprema Junta de Venezuela, que sólo aspira á la felicidad de sus habitantes, atendiendo á la absoluta escasez que hay en estas provincias de sujetos inteligentes en las ciencias exactas, no sólo para el mejor estado de los oficiales de su ejército, sino para proporcionar á la juventud aplicada los medios de ser útiles al Estado en cualquiera carrera que emprendan, ha dispuesto que se establezca en esta ciudad una Academia militar de *Matemáticas*, cuya apertura se verificará el 3 de Septiembre próximo venidero, admitiéndose en ella gratuitamente, con preferencia á los militares, desde la edad de doce hasta la de treinta y dos años, y con sujeción á la misma, á todos los demás jóvenes que por su clase y circunstancias puedan asistir decentemente. En consecuencia, los militares que quieran dedicarse á tan útil ocupación, solicitarán el permiso de S. A. por medio de sus jefes, y los paisanos se presentarán para obtenerlo al subinspector de Ingenieros, bajo cuyo cuidado y dirección se establece la expresada Academia. Téngase entendido y comuníquese á quienes corresponda.—*Clemente.*»

Este proyecto no tuvo por el momento nin-

gún efecto trascendental. En las épocas de convulsiones políticas, la enseñanza pública desaparece: así sucedió durante la revolución desde 1810 hasta 1825.

No debe juzgarse del estado de la educación científica en las diversas colonias de la América española, por lo que pasaba en Venezuela. No; mientras que en ésta no se conocían las Ciencias exactas, ni las Ciencias Naturales, ni la Química y la Física tenían adeptos, en algunas de las otras se habían formado núcleos de hombres competentes, á cuyas luces el espíritu científico cosechaba abundantes frutos. Aquéllas florecían desde el siglo último, tanto en Méjico como en Nueva Granada, Perú y Ecuador. Desde fines del reinado de Carlos III y durante el reinado de Carlos IV, el estudio de las Ciencias Naturales—escribe Humboldt—había hecho grandes progresos no sólo en Méjico, sino también en todas las colonias españolas.

Las Bellas Artas existieron en Méjico, y las rentas de su Academia llegaron a 24.500 pesos, de los cuales pagaba el Gobierno 12.000; el Cuerpo de mineros mejicanos, 5.000; y el Consulado, más de 3.000. «No puede negarse—dice Humboldt—el influjo que ha tenido este establecimiento en formar el gusto de la nación; haciéndose esto visible, más principalmente en la regularidad de los edificios, en la perfección con que se cortan y labran las piedras, en los orna-

tos de los capiteles y en los relieves de estuco» (1).

Humboldt se quedó admirado al ver los edificios de Méjico, muchos de ellos de valor de 300.000 pesos, los cuales podrían figurar, según el mismo viajero, en las mejores calles de París, Berlín y San Petersburgo. La arquitectura y la escultura estuvieron en Méjico á la altura de los adelantos europeos.

Respecto de los estudios botánicos en América, basta recordar las expediciones científicas patrocinadas por el Gobierno español: la de Mutis en Nueva Granada, la de Ruiz y Pavón en el Perú y la de Sesé y Moziño en Méjico, la cual costó á la nación española cerca de cuatrocientos mil pesos.

Refiriéndonos á uno de los ramos científicos, las ciencias matemáticas, es necesario hacer justicia al gobierno de la colonia en las tres secciones del continente de que acabamos de hablar. En 1762 abrió el sabio Mutis, en Bogotá, una clase de Matemáticas y Astronomía en el colegio del Rosario. Para esta fecha existían en Bogotá siete colegios. Los virreyes de Nueva Granada supieron recabar del Gobierno español los recursos necesarios para plantar en Bogotá los estudios matemáticos.

Messía de la Cerda, Caballero, Góngora, Es-

(1) HUMBOLDT: *Ensayo político sobre la Nueva España*.

peleta, y, por último, Mendinueta, dejaron en Nueva Granada recuerdos imperecederos de sus gobiernos liberales y progresistas. El Observatorio de Bogotá, uno de los más notables que figuran en la América del Sur, fué patrocinado por Medinueta.

Se comenzó en Mayo de 1802 y se concluyó en Agosto de 1803.

Inútil nos parece recordar los servicios de los hombres de ciencia que acompañaron á Mutis y ayudaron á Humboldt. Basta leer la *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, por Vergara y Vergaga, para comprender el adelanto que tuvieron en esta sección de América las ciencias naturales y exactas, debido en mucha parte á las luces de los profesores y escritores neogranadinos.

En el Perú, el astrónomo americano Gabriel Moreno, redactor de *El Mercurio*, fué un notable matemático; y supo calcular, para Humboldt, á principios del siglo, el paso de Mercurio por el disco del Sol. El estudio de la Cosmografía, según Paz Soldán, hubo de comenzar en Lima desde 1657, época en que fué fundado el establecimiento llamado *Cosmografiato*.

Quito llegó á tener dos Universidades y muchos colegios.

La célebre expedición científica de Ulloa, La Condamine y Bouguer, contribuyó en mucho á ensanchar en el Ecuador los estu-

dios matemáticos. Y á pesar de la ignorancia en que estuvieron sumidos algunos de los pueblos del Ecuador durante la época colonial, sobresalieron como notabilidades en Matemáticas, Astronomía y Ciencias naturales, Anagoita, José Maldonado, Guerrero, Ignacio Flores, Falconi y Pedro Maldonado, quien llegó á ser miembro de la Academia de Ciencias de París y de la Real Sociedad de Londres, según Villavicencio.

Por lo que concierne á Méjico, los estudios matemáticos se enseñaron en esta colonia tanto en la Universidad como en la Escuela de Minas.

Ninguna sección del continente ha dado á la ciencia tantos varones ilustres como el antiguo imperio de los aztecas. Baste recordar los nombres de Sigüenza y Góngora, de Velázquez y Gama, de Álzate y otros más. Sigüenza figuró no sólo como matemático sino también como un hombre de letras. Su fama, como dice Castellanos, llegó hasta Luis XIV, protector de las ciencias y las artes, quien le escribió invitándole para que pasase á París, á iluminar esta nación donde florecían tantos hombres eminentes, brindándole con honores y pensiones que el modesto filósofo mejicano no aceptó, prefiriendo el título de cosmógrafo regio que se apresuró á enviarle Carlos II de España. Llenas están de elogios á este sabio matemático muchas obras europeas. Nada más rico que la Bibliografía me-

jicana: en ella resplandecen centenares de autores que escribieron durante la colonia sobre todos los ramos del saber humano.

Sábese que la imprenta fué introducida en Méjico en 1546, y á poco siguió á Lima, en 1583. Las primeras obras impresas en América fueron escritas en lenguas americanas. Esto es admirable.

«Tres sujetos distinguidos, Velázquez, Gama y Alzate, ilustraron á Méjico á fines del último siglo—dice Humboldt—. Los tres hicieron un sinnúmero de observaciones astronómicas, especialmente de los eclipses de los satélites de Júpiter. Alzate, el menos sabio de ellos, era corresponsal de la Academia de Ciencias de París. El geómetra más señalado que ha tenido la Nueva España después de la época de Sigüenza—añade Humboldt—, ha sido don Joaquín Velázquez Cárdenas y León. Todas las tareas astronómicas y geodésicas de este sabio infatigable llevan el sello de la mayor exactitud.»

Es necesario leer á Castellanos y á los historiadores de Méjico para conocer el mérito de los colonos mejicanos que se dedicaron al estudio de las ciencias.

En el estudio de la Bibliografía americana no figura un sólo venezolano que haya escrito sobre ciencias durante la época colonial. Cuanto se publicó en España ó en América pertenece á las otras secciones del continente. Todavía más:

mientras que la creación de universidades en las capitales americanas remonta á los años del siglo décimosexto, la de Caracas data del siglo último.

¡Cuánta diferencia entre el estado floreciente de los países de que acabamos de hablar y la Venezuela intelectual del siglo décimooctavo! No puede negarse que la ausencia de iniciativa por parte de nuestros antiguos gobernantes, hombres escasos de luces, y la falta de celo patriótico que caracterizó á nuestra sociedad desde los más remotos tiempos, fueron, más que nuestra pobreza, las causas que contribuyeron á nuestro atraso científico.

Un celebrado escritor de la antigua Colombia, García del Río, publicó en *El Repertorio Americano* de Octubre de 1826, una interesante «Revista del estado anterior y actual de la instrucción pública en la América antes española».

En este trabajo, tan rico en datos y apreciaciones generales, puede palpase el estado de atraso y de miseria á que llegó la instrucción pública en algunas de las colonias que tuvo España en el continente americano. Nos parece inútil remontarnos á las diversas causas que contribuyeron á sumergir á la mayoría de aquéllas en un estado de supina ignorancia, cuando la madre España y casi todas las naciones de Europa adolecían durante la época colonial de igual atraso.

Lo que debe admirarnos es ver cómo al empuje dado por la independencia de los países hispano-americanos, continuó durante mucho tiempo el fatal sistema de enseñanza que heredamos de la Colonia. Cuando más tarde departamos acerca del origen de los partidos políticos en Venezuela, demostraremos cómo la influencia de estos círculos sociales puede paralizar, en muchos casos, no sólo las aspiraciones naturales del individuo, la ambición individual en el camino de la instrucción, sino las mismas aspiraciones sociales, de las cuales tanto necesitan los círculos políticos y los intereses individuales en todos los países. En el antiguo atraso de nuestra instrucción pública, tuvo más influencia la presión de los magnates caraqueños que figuraron siempre al lado de la primera autoridad peninsular, que la incuria ó indiferentismo de los gobiernos peninsulares. La presión individual absorbente llegó en Caracas, durante la época colonial, á ejercer un poder dictatorial, superior al del monarca español.

«Las ciencias exactas, el diseño y la pintura, dice Humboldt refiriéndose á Caracas, no tienen aquí grandes establecimientos como los que Méjico y Santa Fe deben á la munificencia del Gobierno español y *al celo patriótico de los nacionales.*»

Si indolentes anduvieron las autoridades peninsulares en Venezuela, indolentes fueron los

prohombres del país, más políticos que científicos.

Humboldt ha dicho: «Me ha parecido que en Méjico y en Bogotá hay una inclinación decidida por el estudio profundo de las ciencias: en Quito y en Lima, más gusto por las letras y por todo lo que puede lisonjear una imaginación ardiente y viva: en la Habana y Caracas, mayores conocimientos de las relaciones políticas de las naciones, y miras más extensas sobre el estado de las colonias y de las metrópolis.»

El ensanche de los estudios no podía comenzar en Venezuela sino con la gran Colombia, creada por Bolívar y visitada por Boussingault, Stephenson y otros sabios. El desarrollo del comercio, el nacimiento de nuevas industrias, el movimiento de la prensa, la creación de la República, exigían el incremento y mejoría de la instrucción pública.

El estudio de las matemáticas, á pesar de tantas causas que se opusieron á su desarrollo, tuvo, sin embargo, en los últimos años de Colombia, un representante en Caracas, que contribuyó con su ilustración y constancia á sembrar la semilla que debía fructificar más tarde. Nos referimos al señor Rafael Acevedo, que se dedicó durante algún tiempo á la enseñanza del primer bienio de matemáticas, y formó alumnos que le acompañaron en 1831 á establecer la

Academia militar de matemáticas, bajo la sabia dirección del célebre don Juan Manuel de Cajigal.

Las ideas de Bolívar en 1827, cuando con aliento civilizador desarrolló el plan de estudios en Venezuela, no tuvieron una solución completa sino en los momentos de la desmembración de Colombia. Por el decreto del Constituyente de la República dado en Valencia á 14 de Octubre de 1830 se creó una Academia de Matemáticas en Caracas, la cual fué instalada en 4 de Noviembre de 1831 en la antigua capilla del Seminario.

Con el estudio de esta ciencia surgía el de la medicina, á cuya cabeza se hallaba Vargas. A este impulso siguieron la Academia de dibujo y la creación del Colegio de la Independencia, que abrió el camino á los planteles de instrucción superior y adelantó la corriente que desde entonces ha venido engrosándose hasta la época actual, en la cual la Universidad ha sido enriquecida con cátedras de ciencias naturales, de historia, de griego, etc., etc.

Es un hecho que el incremento y desarrollo de la instrucción pública en todos los pueblos, están en relación con las conquistas políticas y sociales, con el empuje del comercio que, abriéndose nuevos mercados, favorece toda inmigración provechosa y acerca todas las nacionalidades. En los países estacionarios la instrucción

es defectuosa; parece más bien un hábito que una necesidad.

La conquista y establecimiento de la paz, armada de todos los arreos del progreso moderno, es el agente más poderoso de toda instrucción pública.

FIN



## INDICE



## INDICE

Páginas.

### I

#### EL ELEMENTO VASCO EN LA HISTORIA DE VENEZUELA

- I.—Introducción.—El pueblo vasco.—Su antigüedad.—Su historia.—El elemento vasco en la historia de Venezuela.—El tirano Aguirre.—Historia de este loco. 9
- II.—Fundación en Caracas de la Compañía Guipuzcoana.—Historia de este monopolio.—Su influencia.—Sus triunfos.—Decadencia y fin de la Compañía. . . . . 35
- III.—Comienzo en Caracas de la revolución de 1810.—El patronímico Bolívar, desde el primer Bolívar en 1588 hasta nuestros días.—Sitios geográficos que lo llevan en ambos mundos.—El último Simón Bolívar.—Grandeza de este varón.—Resumen histórico de su vida.—Familias venezolanas de origen vasco.—Conclusión. . . . . 51

## II

## CARACAS FUÉ UN CONVENTO

I.—La Caracas de antaño.....	99
II.—Los antiguos patronos de Caracas.....	118
III.—Nuestra Señora Mariana de Caracas....	124
IV.—Habilidad del obispo.....	137
V.—La abogada de los terremotos.....	145
VI.—Salir como la Copacabana.....	155
VII.—El carnaval del obispo.....	165
VIII.—Ciento treinta y tres años después.....	177

## III

ORÍGENES DE LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA  
EN VENEZUELA

- I.—Conducta del Gobierno de España respecto de la instrucción pública en América.—Causas que influyeron en el adelanto y atraso de las colonias.—Venezuela.—Causas de su decadencia durante la época de la Colonia.—Primeras escuelas en Caracas.—El primer Bolívar, agente de instrucción pública.—Encargo del clero en la instrucción pública.—El primer Seminario fué mandado crear por Felipe II.—Fundación de él en 1642.—Su erección en 1673.—Primeras exigencias respecto de la fundación de la Universidad de Caracas.—Instalación de ella en 1725.—Sus primeros catedráticos.—Orígenes de cada clase.—Orígenes de los estu-

Páginas.

dios médicos y matemáticos.—Desórdenes.—Sepárase el Seminario del Rectorado de la Universidad.—Colegio de los Jesuitas.—Primer colegio de niñas en Caracas.....	185
II.—Estado de la instrucción pública en Caracas á la llegada de Humboldt en 1799.—Esperanzas de la Universidad de Caracas.—Carta de Humboldt al doctor Montenegro respecto de la creación de ciertas clases.—Estado de la instrucción primaria á fines del último siglo.—Estado de la instrucción después de la partida de Humboldt.—Los ingenieros españoles.—Primeros pasos respecto de la instrucción pública dados por el Gobierno de la revolución de 1810.—Estado floreciente de algunas de las colonias españolas de América para 1810.—Venezuela.—El ensanche de la instrucción pública comiienza de 1827 á 1831.—Época actual.	213

BIBLIOTECA DE AUTORES CELEBRES

(EXTRANJEROS)

Últimos tomos publicados.

- XIII.—EÇA DE QUEIROZ: *Antero de Quental, Victor Hugo y otros ensayos.*  
Traducción, prólogo y notas de Andrés González-Blanco (obra inédita en castellano).—3,50 ptas.
- XIV-XV.—STENDHAL: *Pascos por Roma.*  
Traducción de la única edición completa, aumentada con prefacios y fragmentos totalmente inéditos, por Andrés González-Blanco.—Los dos tomos 8 pesetas.
- XVI.—*Las bellezas del Talmud.*  
Prólogo, selección y traducción de R. Cansinos-Assens (obra inédita en castellano).—3,50
- XVII.—OSCAR WILDE: *De profundis.*  
Traducción de A. A. Vasseur (obra inédita en castellano).—3,50
- XVIII.—BALZAC: *Tratado de la vida elegante.*  
Traducción y notas de A. González-Blanco (obra inédita en castellano).—3,50
- XIX.—JUAN PAPINI: *Historias inverosímiles.*  
Traducción de José Sánchez Rojas (obra inédita en castellano).—3,50
- XX.—SAINTE-BEUVE: *Los cantores de la Naturaleza.*  
Versión de María Enriqueta (obra inédita en castellano).—4 pesetas.
- XXI.—EÇA DE QUEIROZ: *País.*  
Traducción del portugués y prólogo por Andrés González-Blanco. (Obra inédita en castellano.)  
4 pesetas.
- XXII.—EUGENIO DE CASTRO: *Belkiss.*  
Traducción del portugués por Luis Berisso. Precedida de una noticia crítica por el mismo y de un discurso preliminar por Leopoldo Lugones.  
3,50 pesetas.
- XXIII.—EÇA DE QUEIROZ: *Notas Contemporáneas.*  
Traducción directa y notas de A. González-Blanco.—2,50 pesetas.

# BIBLIOTECA DE AUTORES VARIOS

(ESPAÑOLES Y AMERICANOS)

## Tomos publicados últimamente:

- III.—RAFAEL ALTAMIRA: *España y el programa americanista.*  
Precio: 3,50 pesetas.
- IV.—POESÍAS INÉDITAS de Herrera el divino, Quevedo Lope de Vega, Argensola (Lupercio), Góngora, Marqués de Ureña y Samaniego, María Gertrudis Hore, Alvaro Cubillo de Aragón, Juan de Matos Frago, Cristóbal del Castillejo, Luis Gálvez de Montalvo, Zaida (poetisa morisca), Tirso de Molina, Baltasar de Alcázar.  
Precio: 3 pesetas.
- V.—PEDRO DE RÉFIDE: *Los espejos de Clio.*  
Precio: 3,50 pesetas.
- VI.—ANTONIO MANERO: *México y la solidaridad americana.*  
Precio: 3,50 pesetas.
- VII.—EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO: *Voltaire.* (Su biografía.—Su característica.—Su labor.)  
Precio: 4,50 pesetas.
- VIII.—E. GÓMEZ CARRILLO: *Tierras mártires.*  
Precio: 3 pesetas.
- IX.—MANUEL MACHADO: *Sevilla y otros poemas.*  
Precio 2,50 pesetas.
- X.—EMILIO CASTELAR: *Vida de Lord Byron.*  
Precio: 3 pesetas.
- XI.—R. CANSINOS-ASSENS: *Poetas y prosistas del novecientos.* (España y América.)  
Precio: 4 pesetas.
- XII.—R. BLANCO-FOMBONA: *Pequeña Ópera lírica.—Trovadores y Trovas.*  
Precio: 3,50 pesetas.
- XIII.—RAFAEL LASSO DE LA VEGA: *El corazón iluminado y Otros poemas.*  
Precio: 3,50 pesetas.
- XIV.—JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS: *Paisajes y cosas de Castilla.*  
Precio: 3,50 pesetas.
- XV.—EMILIO CASTELAR: *Recuerdos de Italia.*

